



Maximilien
Heller

Henry Cauvain

Lectulandia

Imaginemos la larga silueta de un joven. Es un detective privado prodigiosamente dotado para la observación y la deducción lógica, misántropo, adicto a las drogas y experto en química y en las ciencias forenses de la época. Así mismo, es un gran maestro en el arte del disfraz y sus audaces hazañas son narradas por su amigo y confidente, un médico. Otro doctor aterroriza y fascina por igual a nuestro héroe. El joven se ve involucrado en un caso de asesinato cuando su vecino, Jean-Louis Guérin, es acusado de haber envenenado con arsénico a su señor, el banquero Bréhat-Lenoir.

Lectulandia

Henry Cauvain

Maximilien Heller

Misterios de Época - 4

ePub r1.0

Titivillus 30.06.2017

Título original: *Maximilien Heller*
Henry Cauvain, 1871
Traducción: Eva María González Pardo
Introducción: Susanna González & Rosa Sahuquillo Moreno
Ilustraciones: Iván Cuervo Berango

Editor digital: Titivillus
Escaneado y colaboración: Grupo LDS
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com





INTRODUCCIÓN



Los orígenes de la novela de detectives se pierden en la noche de los tiempos. Podemos pensar en principio que una novela de estas características se fundamenta en el relato de una investigación para el esclarecimiento de un delito. Y es en base a esta idea que a menudo se considera como primera «novela policíaca» de la historia a *Edipo Rey* de Sófocles (496-406 a. C., escrita probablemente alrededor del 420 a. C.), donde somos testigos de las investigaciones de Edipo para encontrar al asesino del rey Layo. La obra nos presenta a Edipo en su momento de mayor esplendor, como rey de Tebas y esposo de Yocasta. Para salvar a la ciudad, comienza a investigar la muerte del rey anterior, Layo. A medida que avanza en las investigaciones, el propio Edipo descubre la identidad del asesino, que no es otro que él mismo. Layo era su padre, y su esposa, Yocasta, es al mismo tiempo su madre. Así pues, el Edipo de Sófocles realiza una investigación, por así decirlo, contra sí mismo, del mismo modo que la realizada por Chéri-Bibi —el famoso personaje de Gastón Leroux—, siglos más tarde.

Ahondando en la idea, podríamos pensar, así mismo, que el propio Hamlet —protagonista de la novela homónima de Shakespeare publicada a principios del siglo XVII—, desempeña en cierto modo el papel de «detective» cuando trata de resolver el misterio de la muerte de su padre.

Avanzamos hasta principios del siglo XVIII para encontrar la obra anónima *Tres casos criminales resueltos por el Juez Di*. El texto cumple con la definición de «novela criminal histórica», puesto que se trata de una historia de detectives imaginaria ambientada en un pasado —la acción tiene lugar diez siglos antes de la fecha en que fue escrita— anterior a la vida del autor. En el relato se describe un misterioso asesinato y se detallan las pesquisas de un sagaz investigador inspirado en el propio Juez Di (Di Yen-tsie), que fue un personaje histórico que vivió en China entre los años 630 a 700, bajo la Dinastía Tang. En un principio se convirtió en una celebridad en su época —por el desempeño de su labor profesional y su capacidad para la deducción— y más tarde por su actuación como ministro en la Corte Imperial de la Emperatriz Wu. Finalmente, a principios del siglo XVIII, pasó a formar parte de la Historia de la Literatura China al transformarse en héroe popular en la obra mencionada.

Cierto es que, desde la propia Biblia hasta *Las mil y una noches*, encontramos anécdotas dignas del más ingenioso detective;^[1] no obstante, muchos estudiosos de la literatura están en contra de todas estas teorías que consideran testimoniales. Para ellos, una novela de detectives no solo tiene como base una línea de investigación, sino que también necesita de una puesta en escena, un clima y una tensión dramática específicas de este género, que se entremezclan con el estilo propio de cada autor. El crítico inglés Georges Bates añade, incluso: «¿Cómo podría hablarse de novela policíaca, antes incluso de la aparición de la policía?».

Son las aglomeraciones urbanas las que fomentan la aparición de la policía, y aunque algunos textos antiguos nos hablan de la existencia de agentes en grandes

urbes como Bagdad, El Cairo o algunas ciudades chinas, la policía profesional aparece como tal en Francia en el siglo xvii —más exactamente en el año 1667—, en que se nombró el primer teniente de policía, Gabriel Nicolas de la Reynie (1625-1709), considerado desde entonces como el fundador de la primera fuerza policial moderna.

El siglo xix abre un camino mucho más amplio al género de la novela de detectives. La obra de William Godwin, *Caleb Williams*, publicada en Inglaterra en 1794, deja ya entrever los métodos de Poe y pone de manifiesto las figuras de perseguido y perseguidor.

Entretanto, en Francia, Napoleón ampliaba considerablemente la policía, creando incluso un ministerio para la misma, que continuó desarrollándose durante la Restauración.

En 1809, Eugène-François Vidocq (1775-1857), antiguo falsificador de moneda, impostor y presidiario evadido, se convirtió en confidente de la policía dejando atrás su pasado delictivo. Pronto es nombrado jefe de brigada, y más tarde el propio Vidocq sugirió la formación de la unidad de policía, llamada *Brigade de Sûreté* («Brigada de Seguridad») que posteriormente se convirtió en la *Sûreté Nationale* («Seguridad Nacional»), que encuentra su equivalente en Gran Bretaña con la célebre «Scotland Yard». Estaba al mando de doce detectives, de los que muchos habían sido criminales como él. En 1814, a comienzos de la Restauración Francesa, Vidocq y la *Sûreté* trataron de controlar la situación en París. También actuaron contra aquellos que se aprovechaban de la situación post-revolucionaria para reclamar falsos títulos aristocráticos que les habían sido arrebatados durante la Revolución. Como cuenta Philip John Stead en *Vidocq; a Biography* (1953), en 1817 llevó a cabo 811 arrestos, entre los que se incluían quince acusados de asesinato. Su renta anual ascendía a 5 000 francos y también trabajaba como investigador privado gratuitamente.

A Vidocq se le atribuyen multitud de avances en el campo de la investigación criminal, con la introducción de los estudios de balística, el registro y creación de expedientes con las pesquisas de los casos (entre ellos un sistema de registro de criminales) o la propia criminología. Fue el primero en utilizar moldes para recoger huellas de la escena del crimen y sus técnicas antropométricas serían la base de las utilizadas en el futuro. Así mismo diseñó un formulario para tomar las huellas digitales y desarrolló los métodos de vigilancia para perseguir delincuentes, entre tantas otras técnicas que detalló como procedimientos en el manual de la *Sûreté*.

Naturalmente, la antigua policía lo consideraba con recelo, y fue acusado de inventar falsos crímenes para poder «descubrirlos» posteriormente. La animadversión crecía conforme los éxitos de Vidocq se multiplicaban; éxitos de los que se da buena cuenta en sus *Memorias*, escritas en 1827.

Finalmente, en 1832, y a raíz de una diferencia de criterio con sus jefes. Vidocq abandonó definitivamente la *Sûreté*, para organizar la primera agencia de detectives del mundo.

Entre los amigos íntimos de Vidocq encontramos a grandes escritores como Honoré de Balzac y Víctor Hugo. El detective Vidocq habría sido un referente para la creación del Inspector Vautrin, un personaje recurrente en varias novelas de Balzac, entre ellas *El Padre Goriot* (1834) y, así mismo, habría servido de inspiración para crear los personajes de Jean Valjean y el Inspector Javert en *Los Miserables* (1862) de Víctor Hugo, en donde se relatan los esfuerzos de un antiguo convicto por rehacer su vida.

Del mismo modo, se piensa que Edgar Allan Poe se inspiró en Vidocq para crear al detective C. Auguste Dupin, en 1841.^[2] También supuso una gran influencia para Émile Gaboriau a la hora de crear el personaje del detective *Monsieur Lecoq*, un investigador caracterizado por su constante uso del método científico.

Las ramas de la novela policíaca clásica

La postura mayoritariamente aceptada entre los estudiosos del tema policíaco atribuye a Edgar Allan Poe la paternidad del relato detectivesco. En los años 40 del siglo XIX Poe publicó *Los crímenes de la calle Morgue* (1841), *El Misterio de Marie Rogêt* (1843), y *La carta robada* (1844), trilogía protagonizada por Dupin, quien encarna la figura del detective aficionado no perteneciente a la policía ni a ningún cuerpo organizado; poseedor de unas extraordinarias cualidades deductivas y de observación, tiende a mostrarse despectivo con respecto a la capacidad y métodos de la policía.

En base a estas características se puede definir una primera rama de la novela policíaca en la cual podemos incluir al detective solitario y brillantemente dotado que se convierte en personaje principal indiscutible de la novela, desplazando así al criminal y al policía profesional. En esta familia colocaríamos a Dupin (Poe), Maximilien Heller (Cauvain), y Sherlock Holmes (Conan Doyle).

Una segunda familia sería aquella en la que la historia se centra en la propia sociedad. Si hay delito existe investigación, pero el investigador no es el protagonista de la trama. En esta familia podemos reunir las obras de Balzac, Alexandre Dumas y Paul Féval (padre), entre otros. La policía profesional adquiere en este caso un papel más protagonista que en la primera rama. El propio Balzac, autor que manifestaba cierta predilección por los criminales, publica en 1841 *Un asunto tenebroso*,

narración ampliamente considerada como una de las obras precursoras de la novela policíaca moderna.

Existe una tercera rama, aquella que incluye las novelas en las que aparece la figura de un investigador, pero con unas cualidades muy distintas de las que poseen los detectives de la primera rama. Generalmente se trata de hombres maduros, robustos y equilibrados, muy alejados del prototipo de superhombre, y en contraposición al detective joven delgado y neurótico que representan Dupin, Maximilien Heller y Sherlock Holmes.

Algunas novelas de Wilkie Collins pertenecen a esta familia: entre ellas podemos destacar *La dama de blanco* (1860) y *La piedra lunar* (1868), en la que su sargento Cuff, policía profesional, tiene poco en común con los detectives de la primera rama.

Algunos autores han sido capaces de jugar con distintos ingredientes de varias ramas, como es el caso de Émile Gaboriau en *El caso Lerouge* (1866) o *El crimen de Orcival* (1867).

Maximilien Heller

Poco se sabe sobre la vida de Henry Cauvain, autor de *Maximilien Heller*. Nacido en París el 1 de febrero de 1847, Cauvain era hijo de un famoso abogado del Tribunal de París, Henry-Alexis Cauvain (1815-1858), que también era periodista.

Con respecto a su trabajo se dispone de algo más de información. Cauvain llevó una doble vida como alto funcionario y escritor. Su carrera como novelista comenzó con la obra que nos ocupa, *Maximilien Heller*, publicada por primera vez en 1871, que obtuvo un éxito considerable y fue reimpresa repetidamente en años posteriores. Seguidamente publicó una serie de novelas históricas entre las que destacan *Le chariot d'or* (1875), *Le Roi de Gand* (1877) y *Le Grand Vaincu* (1883); y escribió, así mismo, otras novelas de misterio entre las que podemos destacar *Un cas de folie* (1882) y *La Main sanglante* (1886). Cauvain también colaboró con varios periódicos a lo largo de su vida, aunque su actividad principal siempre fue la de alto funcionario de Hacienda, carrera que concluyó como tesorero general en Annecy y Evreux. Murió en Lausana en 1899, a los 52 años.

Maximilien Heller fue, su primera novela, escrita cuando apenas contaba veinticuatro años. Su protagonista encuentra su filiación específicamente en Dupin, y por extensión en la familia perteneciente a la primera rama, tanto en la forma como

en el fondo.

El señor Heller es un enigmático joven, melancólico y exaltado, cuya mente está en perpetua ebullición. En su buhardilla escribe tratados filosóficos y económicos que podrían salvar el mundo, pero se obstina en mantenerlos inéditos porque se ve a sí mismo como un incomprendido atrapado en una sociedad degenerada en la que los genios no tienen lugar. Estos tratados no consiguen calmar la fiebre mortal que le devora.

Es también un hombre de ciencias exactas y experimentales. Representa el rigor de la escuela metódica y la lógica implacable contra la charlatanería de su rival, el enigmático y maléfico *Dr. Wickson*, médico inglés de ascendencia india versado en las «polvos invisibles» que subyugan a la burguesía parisina.

Heller tiene un único propósito, como él mismo señala: «Yo solo busco una cosa: los hechos. Cuando los tenga todos en mi mano, entonces, y solo entonces, en medio de todas esas inverosimilitudes que en un principio parecen tan insólitas, surgirá la verdad tan resplandeciente como el sol».

Se trata de un detective de fuerte personalidad, con una capacidad de concentración tan extraordinaria que a menudo le impide el sueño; para calmar la fiebre mental que le consume recurre a la droga. Nunca revela con anticipación el resultado de sus pensamientos o sus planes de acción, hasta el punto de poner en riesgo su propia vida.

No obstante, tiene un confidente, un médico, que narra las audaces hazañas de su brillante amigo. Este narrador anónimo de la novela conoce a nuestro protagonista, Maximilien Heller, cuando lo visita en calidad de paciente. En su primer encuentro nos descubre a un joven de treinta años, millonario y bien parecido, que no ha salido de su habitación desde hace dos años. Vive rodeado de libros, en perpetuo desorden, y no tiene más compañía que la de su gato. Ese mismo día, la policía arresta a Guérin, un criado que vive en la habitación contigua a la suya. Se le acusa de haber envenenado con arsénico a su señor, el banquero Bréhat-Lenoir. Convencido de su inocencia, el depresivo Heller abandona su actitud resignada y su voluntario retiro para desenmascarar al verdadero culpable, en un desafío a la sociedad y los métodos judiciales de la época.

Heller no adivina, aplica un método. Y, al igual que su primo de Baker Street, su mente deductiva asombra a su confidente y a sus lectores. Al releer las páginas de la novela, el lector atento es consciente de que, efectivamente, las evidencias estaban ahí, y la resolución del misterio es absolutamente lógica.

En esta precursora novela de detectives, la atención del lector se centra en la personalidad del investigador y el criminal, nunca en la víctima. Y el criminal no es un loco o un tonto que evidencie sus locuras, sino una especie de gemelo malvado del detective, casi tan brillante como él.

La novela constituye un magnífico relato detectivesco que desde las primeras líneas nos subyuga con su clima de misterio y nos mantiene enganchados hasta la

última página.

Como subraya Michael Lebrun, «la historia es excelente. Incluye un criminal ingenioso, un misterioso caso de asesinato, y un investigador privado con una lógica implacable».

Claude Mesplède, francés experto en detectives de ficción, escribió en el *Dictionnaire des Littératures Policières* (Joseph K., 2003): «Heller es un misántropo neurótico. [...] El hecho de que el héroe sea adicto a las drogas, maestro en el razonamiento deductivo y tenga un médico como confidente, nos podría llevar a sospechar que su autor, Henry Cauvain, habría plagiado el Sherlock de Conan Doyle. Nada más lejos. La novela fue publicada dieciséis años antes de la primera aparición del famoso detective británico».

En efecto, Maximilien Heller presenta ya muchos de los rasgos del futuro Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle.

Nuestro protagonista es un detective privado adicto a las drogas, misántropo, prodigiosamente dotado para la observación y la deducción lógica, experto en química, y en las ciencias forenses de la época. Maestro del disfraz, sus audaces hazañas son narradas por su amigo y confidente, un médico. Otro doctor, su escurridizo y maléfico rival, aterroriza y fascina por igual a nuestro héroe...

Contrariamente a las apariencias, este retrato no es el de Sherlock Holmes, ni tampoco nos referimos al Dr. Watson o al Dr. Moriarty, las inmortales criaturas creadas por Doyle. El retrato describe al héroe de la novela francesa que nos ocupa, *Maximilien Heller*, publicada en Francia un 1871, casi dos décadas antes de que vieran la luz las primeras investigaciones de Holmes en 1887 con *Estudio en escarlata*.

Los señores Lacourbe, Bourgeois, Fooz y Soupart, se refieren a Henry Cauvain en su bibliografía clásica *1001 Chambres Closes* (*Semper Aenigma*, 2013) en los siguientes términos: «Su detective prefigura a Sherlock Holmes... Al igual que Holmes es aficionado a la química, tiene tendencias misántropas, es un maestro del disfraz y es experto en el razonamiento deductivo».

El célebre crítico literario francés, Michel Lebrun, escribió: «Heller es amante de los gatos, como Holmes. También es drogadicto, como él; y al igual que Holmes, practica el razonamiento lógico riguroso, y tiene un amigo y confidente, el narrador de la historia». (*Jean Tulard, Dictionnaire du roman policier; Fayard, 2005*).

Sabemos que Doyle leía en francés, y es de sobra conocido que siempre estuvo muy influenciado por la literatura francesa. No solo devoraba a Émile Gaboriau, a mediados de la década de 1880, sino que también era lector de Alexandre Dumas, y Fortuné de Boisgobey. En 1876 visitó a su tío abuelo y padrino, Michael Conan, que vivía en París. Un año antes se había reeditado una novela que tenía mucho éxito en Francia desde hacía unos años: *Maximilien Heller*. Había sido publicada por primera vez en 1871 y contaba con varias reediciones sucesivas, una de ellas, en 1875. Se cree que en esa visita Doyle tuvo acceso a la novela de Cauvain y la leyó. Por tanto,

¿fue Maximilien Heller la inspiración de Sherlock Holmes?

Hace unas semanas nos pusimos en contacto con el Sr. Thierry Saint-Joanis (*Presidente de la Sociedad Sherlock Holmes en Francia [www.sshf.com]*) en referencia al libro *Maximilien Heller*, y unas declaraciones suyas de febrero de 2003 —siendo ya presidente de dicha Sociedad—, en las que planteaba la posibilidad de que Maximilien Heller y el detective de Baker Street fueran una misma persona, y que la novela de 1871 fuera la primera investigación del detective inglés.

Queríamos saber si dichas afirmaciones eran ciertas, y si el señor Thierry Saint-Joanis se reafirmaba en las mismas a día de hoy.

Su respuesta^[3] fue la siguiente:

Sí, en esta novela hay muchos elementos que fueron utilizados más tarde por Conan Doyle en la creación de Sherlock Holmes.

La pregunta que surge es: ¿Había leído Conan Doyle este libro antes de escribir Sherlock Holmes?

Pudo, ciertamente, porque leía perfectamente en francés. Pero por el momento, no hemos encontrado ninguna prueba que confirme esta hipótesis. En cualquier caso, sigue habiendo muchos hechos en el libro de Cauvain que se encuentran en los de Conan Doyle.

Si fuera cosa del azar, sería algo realmente increíble, aunque todo es posible.

Un ejemplo:

Maximilien Heller es un filósofo.

En el borrador de la primera novela de Holmes, Conan Doyle, el autor, describe a su personaje como «Sherrinford Holmes... un joven de ojos somnolientos, y filósofo...».

Finalmente el personaje será únicamente investigador privado.

Pero, ¿de dónde le vino la idea de crear el personaje de un filósofo Investigador? ¿Había leído a Heller?

¿Por qué no mantuvo esa primera idea? ¿Por temor a ser acusado de plagio?

Algunos datos básicos más:

Maximilien Heller es detective aficionado y vive en un apartamento indescritiblemente desordenado. Es alto, delgado y pálido; toma opio y se dedica a sentarse en un sillón de la mañana a la noche mirando el techo; escribe un sinnúmero de monólogos sobre temas complicados y oscuros; es

un experto en el disfraz y un tirador extraordinariamente bueno. Y sus aventuras son narradas por su buen y leal amigo, que resulta ser un médico. ¡Igual que Sherlock Holmes!

*Thierry Saint-Joanis,
Presidente de la Sociedad Sherlock Holmes de Francia
(www.sshf.com). Miembro de BSI (Nueva York), SHS London, y JHWS,
etc.*

Sea como fuere. Henry Cauvain merece ser recordado y visibilizado, y pasar a ocupar su lugar en la Historia de la novela de detectives como eslabón perdido entre Dupin y Holmes.

Tal como plantea Lydwine Helly, los lectores aficionados al género no desean asistir a un enfrentamiento entre Maximilien y Sherlock. El lector disfrutará de ambos, con sus similitudes y sus diferencias. No existe ganador en el duelo entre los dos detectives. Se puede amar al legendario Sherlock y al misterioso Maximilien; uno muy célebre, y el otro todavía por descubrir.



BIBLIOGRAFÍA



Bolívar Galiano, Víctor. *Autopsia de la novela negra*. Córdoba: Berenice. (2007).

Cerqueiro, Diana. *Sobre la novela policíaca* [en línea]. (2010).

Helly, L. *Maximilien Heller*. Lausanne. L'Age d'Homme. (2008).

Hoveyda, Fereydoun. *Histoire du roman policier*. París. Éditions du Pavillon. (1965).

Lacourbe *1001 Chambres Closes*. Semper Aenigma. (2013).

Martín Cerezo, I. *Poética del Relato Policiaco*. Murcia: Universidad de Murcia. (2006).

Mesplède, Claude. *Dictionnaire des Littératures Policières*. Joseph K. (2003).

Narcejac, T. *Una máquina de leer: la novela policíaca*. México: Fondo de Cultura Económica. (1986).

Tulard, Jean. *Dictionnaire du roman policier*, Fayard. (2005).



PRIMERA PARTE



I



Conocí al señor Maximilien Heller el tres de enero del año 1845, a las ocho de la tarde.

Días antes había sido abordado en plena calle por uno de sus amigos, Jules H..., quien, tras un intercambio inicial de cumplidos, me dijo con particular insistencia:

—Hace tiempo que quería visitarle en su casa, querido doctor, para pedirle un gran favor. Uno de mis antiguos colegas abogados, el señor Heller, quien reside muy cerca de aquí, se encuentra en un alarmante estado de salud. En un principio, sus amigos y yo creímos que se trataba de una afección más mental que física. Probamos todos los medios de distracción posibles e intentamos proporcionar alimento a su intelecto —que en otro tiempo se reveló tan admirable y brillante—. Debo decir que todos nuestros esfuerzos resultaron vanos, y no nos queda más que implorar el auxilio de la ciencia. Ya que nuestra amistad nada ha podido resolver, su autoridad de doctor quizá lo consiga. Maximilien posee un enérgico carácter y únicamente cederá, creo, ante una razón superior. Vaya pues a su casa una de estas tardes, querido amigo, y analice de qué modo puede ayudar al pobre muchacho. Le estaré inmensamente agradecido por la ayuda que le pueda proporcionar.

A la semana siguiente, por condescendencia hacia los deseos de mi amigo, y a pesar de que aquella visita me incomodaba un poco —pues había oído hablar del señor Maximilien Heller como un desagradable excéntrico y un hombre tremendamente huraño—, me presenté en casa de mi nuevo paciente.

Residía en una de las tortuosas calles de la colina de Saint-Roch.

La casa que habitaba era muy estrecha —únicamente dos ventanas en la fachada —; pero, en compensación, su altura era desmesurada. Tenía cinco pisos y dos buhardillas superpuestas. En la planta baja había una tienda de frutas pintada de verde que daba a la calle. Una puerta baja, con un enrejado en su parte superior, daba acceso al interior de la casa. Tras atravesar un largo y sombrío corredor, cuyo entarimado cedía a cada paso, se alzaban repentinamente dos carcomidos escalones que apenas podían percibirse en la oscuridad, y con los que resultaba inevitable tropezarse.

El ruido que ocasionaban estos traspies advertía al portero de la presencia de algún visitante en su inmueble. Ciertamente, era un ingenioso modo de ahorrarse el coste de una campanilla.

Embargado aún por la desagradable sensación que siguió al inesperado paso en falso que di en la oscuridad, escuché una voz agria, como la de una bruja, salir de una especie de nicho encastrado bajo la escalera.

—¿Qué quiere usted? ¿A dónde va? —gritó el invisible conserje.

—¿Se encuentra en casa el señor Maximilien Heller? —pregunté, volviendo la cabeza hacia el lugar de donde provenía la voz.

—¡Sexta planta, puerta de la derecha! —respondió lacónicamente el fantasmagórico portero.

Comencé la ascensión. Ya fuera por ignorancia o por simplificar su trabajo, el arquitecto no había conferido la característica curvatura que de ordinario tiene una escalera. Se componía de una serie de escalones perpendiculares que acababan en angostos rellanos, sobre los cuales se abrían las ennegrecidas puertas de las habitaciones.

Finalmente llegué a la sexta planta. Un resplandor al fondo del estrecho corredor me sirvió de guía. La luz provenía de una pequeña lámpara humeante que, fijada con un clavo, se encontraba próxima a la puerta de la derecha.

«Debe ser esa», pensé.

Llamé con los nudillos suavemente.

—Pase —respondió una voz débil.

Empujé la puerta, cuya única cerradura consistía en un picaporte, y entré en la estancia del señor Maximilien Heller. La habitación presentaba un singular espectáculo. Las paredes estaban desnudas, cubiertas únicamente en algunos puntos con jirones de un vulgar papel. A la izquierda, pendiendo de una barra, una cortina persa de un desteñido color rosa que sin duda ocultaba una cama ubicada en el hueco de la pared. Un fuego de turba ardía en la pequeña chimenea. Sobre una mesa situada casi en el centro de aquel modesto habitáculo, una montonera de papeles y libros se apilaban en el más absoluto desorden.

Maximilien Heller yacía recostado en un gran sillón junto a la chimenea, con la cabeza hacia atrás y los pies apoyados en el morrillo del hogar. Un amplio batín envolvía su cuerpo, delgado como un esqueleto. Ante él, entre las cenizas, una pequeña marmita de hierro blanco parecía conversar con un grillo escondido entre las brasas.

Maximilien era un gran bebedor de café.

Un enorme gato, con las zarpas resguardadas bajo su peluda barriga y los ojos entrecerrados, se hacía sentir con un monótono ronroneo. Cuando entré, se incorporó arqueando su gran lomo. Su dueño, en cambio, no se inmutó. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el techo y sus blancas y afiladas manos apoyadas en ambos brazos del sillón.

Sorprendido ante semejante recibimiento, dudé un instante; finalmente me aproximé hacia aquel singular personaje y le anuncié el objeto de mi visita.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor? —preguntó, volviendo levemente la cabeza hacia mí—. En efecto, me han hablado de usted. Tome asiento, pues. La cuestión es si tengo alguna silla que ofrecerle. ¡Ah! Sí, mire, creo que hay una en ese rincón.

Cogí la silla que me indicaba y fui a sentarme junto a él.

—¡El bueno de Jules! —continuó—. Me vio muy enfermo la última vez que vino a visitarme y me prometió enviar a la Facultad... ¿Es usted la Facultad?

Me incliné sonriente.

—Sí, sufro mucho... Padezco de vértigos desde hace algún tiempo y no puedo soportar la luz... Siempre tengo frío.

Agachó su largo cuerpo sobre la chimenea y atizó el fuego con unas tenacillas. Surgió una llama que iluminó con un rojo resplandor la figura de aquel hombre extraño.

Parecía no tener más de treinta años, pero sus ojos circundados por un borde negro, sus pálidos labios, su canoso cabello y el temblor de sus miembros, hacían de él casi un anciano.

Se dejó caer pesadamente en su sillón y me tendió la mano.

—¿Tengo fiebre, verdad? —preguntó.

Su mano ardía, su pulso era rápido e irregular.

Le hice todas las preguntas de rigor, a las que respondió con voz débil y sin volver la cabeza.

Una vez concluido mi examen, pensé para mis adentros: «He aquí un hombre desahuciado».

—Estoy muy enfermo, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo cree que me queda? —me dijo mirándome fijamente.

No respondí ante aquella singular cuestión.

—¿Sufre desde hace mucho? —pregunté.

—¡Oh! ¡Sí! —dijo con un tono que me hizo estremecer—. ¡Oh! Sí... así es —añadió tocándose la frente.

—¿Quiere que le prescriba algún medicamento?

—Con mucho gusto —respondió distraído.

Me acerqué a la mesa, que estaba, como ya he dicho, sobrecargada de libros y manuscritos, y bajo el oscilante resplandor de una vela escribí velozmente la receta.

Cuál fue mi sorpresa cuando, una vez concluida, vi a mi paciente, de pie junto a mí, ojeando con extraña sonrisa las pocas líneas que había escrito. Cogió el papel, lo estudió detenidamente durante algún tiempo y se encogió de hombros.

—¡Fármacos! —exclamó—. ¡Siempre fármacos! ¿Realmente cree, señor, que esto pueda curarme?

Y pronunciando estas palabras, me miró fijamente con sus grandes y melancólicos ojos; luego arrugó el papel entre sus manos, y lo arrojó a la lumbre. A continuación se apoyó en la chimenea y tomó mi mano.

—Perdóneme —dijo con una voz que se tornó dulce de repente—, perdone tan violento arrebató; pero, ¡Dios mío, ha tenido una idea tan singular! Es usted joven —continuó con su eterna sonrisa—, y cree que su medicina es todopoderosa.

—¡En efecto, señor! —repliqué secamente—. Opino que lo mejor será someterle a un tratamiento y a una dieta conforme a su estado...

—¿Se refiere a mi estado mental? Piensa que estoy loco, ¿verdad?... Bueno, está usted en lo cierto. En mí, la mente lo domina todo y no deja espacio al resto; está en perpetua ebullición. Este fuego que me consume no me deja reposar ni un Instante... ¡La mente!... ¡La mente!... ¡Ah! ¡Señor, es un buitre que me corroe sin cesar!

—¿Por qué no intenta liberarse de ese yugo cruel? ¿Por qué no concede un momento de reposo y distracción a su mente?

—¡Fármacos, distracciones! —interrumpió con vehemencia—. ¡Todo es lo mismo! Se adquieren unos en la farmacia y los otros a las puertas de los teatros, ¿no es cierto? Y así es como uno se cura... Si no se cura, se debe uno morir... Y la Facultad nada tiene que reprocharse...

II

No tiene parientes o amigos?
Me interrumpió de nuevo.

—¿Parientes? ¡No! Mi padre murió muy joven, poco después de mi nacimiento. Mi pobre madre —me pareció advertir que su voz se quebraba al pronunciar la palabra—... mi pobre madre trabajó durante veinte años para educarme, para ofrecerme una instrucción brillante y liberal; ¡murió de puro cansancio! ¡Ironías de la vida! Ocho días después de su muerte heredé una pequeña fortuna de un anciano tío de cuya existencia apenas tenía conocimiento. ¿Amigos? Sí, tengo algunos. Jules, por supuesto; un buen muchacho, pero se ríe demasiado y su risa me hace daño. Luego están todos los que usted conoce, y que han tenido la bondad de encomendarme a sus minuciosos cuidados. También me toman por loco, y cuando estoy con ellos soy el blanco de sus burlas. ¡Me he convertido en su diversión, en su bufón, con mis grandes ojos, mis largos cabellos, mi nariz prominente y mi aire melancólico! ¡Esos son mis amigos! ¿Ve usted los libros que están sobre la mesa, la pila de manuscritos? Son la prueba de mis intentos por volcarme en el trabajo para olvidarme de mí mismo. Me gradué como abogado, incluso ejercí como tal. Pero pronto advertí que todo mi esfuerzo, todo mi trabajo, únicamente servían para enriquecer a bribones o para exonerar del cadalso a quienes lo merecían. ¡Me avergüenzo de mi profesión! Escribí, escribí mucho para aliviar esta pobre cabeza mía y apagar este fuego que me abrasa. Pero el remedio no surtió efecto. ¿Qué quiere? ¡Soy filósofo y moriré filósofo!

Hizo una larga pausa.

—No crea, sin embargo —retomó por fin la palabra—, que siento odio hacia la humanidad. ¡Dios mío, no! Pero encuentro inútiles a los hombres. Me aburren sus reflexiones, sus trabajos, su naturaleza... Sí, esas pocas brasas que ve usted ahí, en la chimenea, el borboteo de mi marmita y el ronroneo de mi gato, me inspiran versos mil veces más hermosos que los de cualquiera de sus grandes poetas; pensamientos mil veces más ingeniosos que los de sus moralistas; reflexiones más profundas y sublimes que las de cualquiera de sus ilustres predicadores. ¿Por qué, entonces, debería leer las obras de esos hombres? ¿Por qué debería escuchar sus discursos, si jamás estarán a la altura de los que afloran en mi interior? Así pues, y desde hace mucho tiempo, mi vida transcurre en esta habitación, en este sillón... y pienso, siempre pienso. Es un trabajo incesante. Tengo aquí... —continuó, posando un dedo sobre la frente—, tengo aquí varios tratados de economía política que podrían regenerar su arruinada y depravada sociedad. ¡He creado doctrinas filosóficas que reúnen en un solo índice todos los conocimientos humanos, ampliándolos y

liberándolos de las cadenas con las que la rutina de sus profesores los retienen! He diseñado planos de mansiones más confortables que aquella en la que usted vive; proyectos agrícolas que podrían transformar a Francia en un inmenso jardín, donde cada habitante aportaría su parte productiva; códigos en los que la equidad y la justicia gozarían del espacio del que carecen en los suyos. Pero, ¿por qué debería sacar todo esto a la luz? ¿Acaso se convertirían en mejores hombres? ¡Qué me importa! ¿Me sentiría aliviado? No. Vea los miles de manuscritos que abarrotan mi buhardilla; han salido de mi mente... y sin embargo, sufro tanto...

Se recostó en su butaca y continuó con vehemencia:

—¿Quiere saber por qué esta llama interior es todavía tan ardiente y devoradora? ¡Porque jamás he llorado! No, nunca. ¡Jamás una lágrima empapó mis mejillas! Fíjese en el contorno negro de mis ojos: es por eso, estoy seguro. Fíjese en las arrugas de mi frente, la palidez de mis labios... Porque jamás el benéfico rocío de las lágrimas ha bañado mi dolor y aliviado mi sufrimiento; todo permanece en mi interior, nada emerge de mí.

Y aquí su voz se alteró.



—El resto de los hombres, cuando sufren, se arrojan a los brazos de un amigo para encontrar consuelo. Pero yo no; no puedo hacerlo. Yo soy, como le decía antes, lo que aquel buitres infernal era para Prometeo^[4]: ¡el pensamiento incesante, dominador y cruel! ¡Mi dolor es como un hierro afilado que, cuando trato de lanzarlo

lejos de mí, se vuelve contra mi pecho con más violencia, y hiere mi corazón! Veamos, no sé por qué usted me inspira confianza y voy a contárselo todo. Además, quizá no viva mucho tiempo y no quiero que mis secretos mueran conmigo. Todo lo que quiero decirle está ahí...

Y me indicó una pila de papeles polvorientos tirados en una esquina de la habitación.

—Pero, ¿qué puede importarle a usted, después de todo?

—No, no, continúe —me apresuré a decir—. ¡Si supiera usted cuánto me interesa!

Realmente estaba muy emocionado.

—¿Qué estaba diciendo? ¡Dios mío! ¡Qué calor hace aquí! ¡Me va a explotar la cabeza! Me haría bien un poco de aire... ¿Quiere abrir la ventana?

Me levanté para satisfacer sus deseos. Cuando regresé junto a él, sus ojos se habían cerrado, su respiración era sibilante y un ligero sudor perlaba sus sienes: se había dormido.

Observé largo tiempo al infeliz durmiente, cuyo violento esfuerzo le había dejado sin energía y yacía ante mí, pálido, inmóvil, inánime.

El fuego proyectaba sus últimos resplandores alumbrando el rostro de Maximilien Heller, confiriéndole una belleza singular, casi irreal.

Era un extraño y triste espectáculo aquel filósofo que, antes de cumplir los treinta años, se había exiliado de los hombres por encontrarlos inútiles; aquel soñador a quien su sueño había extinguido; aquel pensador cuyo exceso de meditación le había condenado a morir de laxitud.

Las pocas palabras que había intercambiado con Maximilien me habían inspirado quién sabe qué misteriosa simpatía por aquel desdichado joven. Observándolo atentamente, me pregunté si realmente las invisibles cadenas que atan al hombre a sus semejantes se habían quebrado en él y, durante algunos instantes, busqué pensativo el modo de rescatarlo de aquella dolorosa enfermedad moral que consumía su alma y su cuerpo.

III

Estaba a punto de retirarme, prometiéndome volver a visitar a tan interesante paciente pasados unos días, cuando escuché unos pasos firmes que subían la escalera lentamente; agudicé el oído. Los pasos se aproximaban. ¿Era una ilusión? Incluso me pareció escuchar algún sollozo.

Finalmente un golpe seco hizo temblar la puerta y una ruda voz gritó:

—¡Abran, en nombre de la ley!

El gato, sobresaltado, se mostró agresivo, y Maximilien abrió los ojos dolorosamente. Su primera mirada recayó sobre mí.

—¡Ah! ¡Bueno! Ya recuerdo —dijo con voz apagada—. Pero, ¿por qué me ha despertado, señor, aporreando la puerta si...?

Un segundo golpe resonó contra las apolilladas tablas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Maximilien, frunciendo el ceño—. ¿Quiere abrir, doctor?

Abrí la puerta.

Un hombre corpulento, embutido en una bufanda tricolor, apareció en el umbral. Varias personas con cara de pocos amigos asomaron al fondo.

—Disculpe, señor —dijo el recién llegado, inclinando la cabeza en repetidas ocasiones—, por visitarle a una hora tan intempestiva. Pero ya sabe: el deber me llama... Imposible posponerlo para mañana. ¿Es usted el señor Maximilien Heller?

Maximilien se levantó, y observó con mirada serena al hombre de la bufanda.



—¡No, señor! —respondió, dando un paso al frente—. Yo soy Maximilien Heller.

—¡Ah! Mil perdones, señor, no le había visto. Es un poco sombría su casa, joven. Comenzaré por tranquilizarle asegurándole que la visión de mi bufanda no debe inspirarle temor alguno.

—Señor —dijo el filósofo con tono descortés—, estoy muy enfermo. Así pues, le ruego exponga brevemente el motivo de su visita para poder disfrutar seguidamente del reposo tan necesario en mi estado.

La bufanda tricolor que aderezaba las redondeces del desconocido indicaba claramente su condición. Era un respetable comisario de policía en el ejercicio de sus funciones. Temí por un instante que la brusquedad de Maximilien provocara una tosca respuesta por parte del funcionario.

Afortunadamente, el comisario parecía poseer las virtudes de la serenidad, la paciencia y la cortesía de quien tiene una dilatada experiencia en el trato con las personas. Acostumbrado, por el ejercicio de su profesión, a tropezarse con los caracteres más bruscos e indisciplinados, el comisario había adquirido un sorprendente control de sí mismo. Su corazón debía mostrarse insensible e inerte ante cualquier sentimiento humano que pudiera derribar aquella inmutable serenidad del alma que, tanto la justicia como la religión, requieren de aquellos que eligen servirlos.

—Tenga la bondad de seguirme, señor —respondió cortésmente el comisario—. Le retendremos el menor tiempo posible, pero su testimonio nos es muy necesario.

Maximilien se levantó nuevamente de su asiento. Estaba tan débil que solicitó permiso al funcionario para acompañar al enfermo y prestarle el apoyo de mi brazo.

El señor Bienassis —así se llamaba el digno representante de la autoridad— consintió amablemente.

Atravesamos el largo y sombrío corredor, y llegamos a una puerta que apenas se distinguía en medio de aquella oscuridad.

Un agente tomó el candil, y lo aproximó a la cerradura que un operario —a quien había hecho llamar el comisario— hizo saltar en un abrir y cerrar de ojos.

Una bocanada de aire gélido entumeció nuestros rostros.

—¡Uf! —gruñó un agente a mis espaldas—. ¡Tendría que haber cerrado su ventana antes de salir!

—¡Gustave! —dijo el señor Bienassis, girándose hacia uno de los hombres que le seguían—. Encienda una vela y cierre esa ventana.

El agente obedeció aquella orden. Entramos en una buhardilla todavía más pequeña que la ocupada por Maximilien; por todo mobiliario, una mesa, dos sillas y una cama con un mugriento jergón de paja.

En una esquina del cuarto podía entreverse una caja negra cerrada con un candado.

El comisario tomó asiento junto a la mesa, desplegando ante él un montón de papeles que extrajo de una gran carpeta; tras invitar al señor Maximilien a que tomara asiento junto a él, hizo un gesto a un agente, quien se dirigió inmediatamente a la puerta para decir en voz alta:

—Hagan entrar al acusado.

Yo permanecí en pie detrás del señor Heller.

Un rumor de pasos se escuchó en el corredor; acto seguido apareció en la puerta de la buhardilla un hombre pálido, con los cabellos despeinados y caminando con dificultad entre dos agentes que le sujetaban bajo el brazo.

—¡Acérquese! —dijo el señor Bienassis, quien observaba detenidamente al recién llegado por encima de sus anteojos llorados.

El hombre, asistido por sus dos acompañantes, avanzó algunos pasos por la habitación.

—¿Se llama usted Jean-Louis Guérin? —preguntó el señor Bienassis.

El pobre infeliz miró con desconcierto al comisario sin responder.

—¿Estaba usted al servicio del señor Bréhat-Lenoir desde hacía ocho días?

Ninguna respuesta. El comisario prosiguió con calma:

—¿Conoce usted el delito del que se le acusa? Es sospechoso de haber envenenado a su señor. ¿Qué tiene que decir a esto?

Un temblor convulsivo se apoderó del acusado. Abrió dos o tres veces la boca para responder, pero el terror le agarrotó la garganta y solo pudo emitir sonidos ininteligibles.

—Veamos, Guérin —reanudó el comisario, apartando por un momento la mirada del rostro del acusado para posarla sobre los papeles que tenía ante él, fingiendo que los ordenaba—, nosotros no somos ni jueces ni verdugos, y no pretendemos causarle ningún daño. Hable sin miedo; diga lo que quiera, pero hable. Tal vez sea inocente, pero los cargos que pesan sobre usted son muy graves. Debo advertirle que su silencio y ofuscación pueden ser malinterpretados y constituir una prueba en su contra. ¿Admite haber comprado arsénico en el establecimiento del herbolario Legras antes de ayer?

El acusado hizo un violento esfuerzo por liberarse de las manos de sus captores; pero fue en vano. Comprendió que sus intentos eran inútiles, que la fuga era imposible. Entonces las lágrimas brotaron de sus ojos y, con la voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡Soy inocente! ¡Oh! ¡Señores, soy un hombre honrao, lo juro! Vengo d'un pueblecito, puén preguntar allí... ¡Soy un hombre honrao! Mi pobre madre es mu'anciana..., vine a París pa'ganar un poco de dinero, porque ella está enferma y no pué trabajar. ¡Yo! ¡Un asesino! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Juntó sus manos esposadas e hizo un gran esfuerzo por alzarlas hacia el cielo... e inmediatamente después le abandonaron las fuerzas. Exhaló un profundo suspiro; si los agentes no le hubieran sujetado se habría dado de bruces contra el suelo de la buhardilla.

—Llévenlo a la cama —dijo el señor Bienassis, indicando el camastro colocado en un rincón de la reducida estancia.

Maximilien posó su larga y escuálida mano sobre el hombro del comisario y, con una sonrisa llena de amargura, preguntó:

—¿Dice usted, señor, que este hombre es un asesino?

El señor Bienassis se volvió sorprendido y sacudió la cabeza.

—Tenemos abrumadoras pruebas contra él —respondió con voz tan suave que únicamente nosotros pudimos oírle—. Sin embargo, no tiene el aspecto de un criminal. Señor, yo que sé mucho de eso le diré dos cosas: o bien este hombre es completamente inocente, o un vil bellaco y un gran comediante.

El señor Bienassis hizo una seña a otro de los agentes para advertirle que tuviera vigilado al acusado, pues el desvanecimiento bien podría ser fingido. Y, volviéndose a continuación hacia el cerrajero, que permanecía en pie esperando órdenes, le dijo:

—Abra ese baúl y apresurémonos.

El cerrajero rompió el candado que atrancaba la caja negra a golpe de martillo. Entonces se acercó el señor Bienassis, vela en mano, y levantó la tapa.

El baúl estaba repleto de prendas rústicas de campesino y ropa de cama, pero las prendas estaban escrupulosamente limpias y las sábanas, de un blancor deslumbrante, exhalaban el perfume campestre de la lavanda. Todas aquellas míseras cosas estaban ordenadas con tal meticulosidad que sin duda testimoniaban que la mano de una mujer —una madre primorosa y previsora—, había presidido aquellos humildes preparativos.

El desdichado Guérin se había recuperado de su desvanecimiento; le habían sentado en una silla. Con los ojos llenos de lágrimas seguía los movimientos de los agentes, quienes revolvían todo aquel impecable orden desdoblado todas las pertenencias del pobre muchacho, sacudiéndolas, registrando los bolsillos y palpando los dobladillos.

—¡Miren! ¡Una lazada! —gritó de repente uno de los agentes, sacando de una esquina del baúl un ramillete seco envuelto en cintas de color rosa.

Lo tiró riendo a uno de sus colegas.

—Cógelo, Gustave —dijo—; regálaselo a tu prometida.

El señor Bienassis lanzó una mirada colérica a su agente. Al escuchar aquella burla cruel, el acusado se levantó de su asiento y apretó sus manos esposadas, una contra otra.

Maximilien Heller también se había levantado y contemplaba la escena con tristeza.

—Señor comisario —dijo el detenido con tono suplicante—, ¿me permite *usté* quedarme con las flores?

—Enséñeme eso —dijo el señor Bienassis.

Examinó atentamente el ramillete, lo palpó, pareció dudar un momento y, finalmente, ordenó que se lo entregaran al detenido.

Mientras tanto, los agentes prosiguieron sus pesquisas bajo la atenta mirada del comisario; mas, a pesar de esmerarse en buscar y rebuscar entre las ropas y pasar los dedos por todas las esquinas de la caja, no parecían encontrar lo que estaban buscando.

—Dejen esa caja —dijo finalmente el señor Bienassis cuando comprobó el infructuoso resultado de la búsqueda—. Examinen el jergón. Tal vez se encuentre ahí el dinero.

El colchón fue volteado y desenfundado en vano.

A pesar de ello, el comisario no se desalentó; ordenó a sus agentes que inspeccionaran con suma meticulosidad las baldosas que pavimentaban la habitación; hizo romper los maderos de las sillas que podrían haber sido perforados para ocultar el oro. La mesa fue desmontada, las paredes exploradas a golpe de martillo y se registraron las cenizas de la chimenea.

Finalmente, tras haber dedicado más de una hora a tan minucioso trabajo, los agentes se detuvieron exhaustos, mirándose unos a otros tan desmoralizados como aquellos cazadores que baten el monte durante toda una jornada sin encontrar el más mínimo rastro de la presa.

—¡Es inconcebible! ¡Inaudito! —murmuró el señor Bienassis sujetándose la cabeza con ambas manos—. ¿Dónde puede haber ido a parar ese dinero? Este hombre no tiene amistades en París, no tiene cómplices, eso es evidente. ¡El crimen fue cometido ayer, lo hemos arrestado hace una hora y no hay modo de dar con el dinero robado!

El filósofo no parecía prestar atención alguna al monólogo del comisario de policía; tenía su mirada fija en Guérin, observando con interés su angustiado semblante.

Tras algunos minutos de reflexión, el señor Bienassis decidió intentar una nueva estrategia con el acusado.

—El resultado de nuestra búsqueda le favorece a usted —dijo—; pero no crea que la justicia renunciará a continuar con la investigación. Una considerable suma fue sustraída la noche del asesinato; es preciso encontrarla y se encontrará. Graves sospechas recaen sobre usted, todo le apunta como el asesino del señor Bréhat-Lenoir. Las pruebas son palpables, evidentes. Únicamente le resta un modo de salvarse: la confesión. Admita su crimen, revele el lugar donde ha ocultado el dinero robado y delate a sus cómplices; la justicia tomará nota de su sinceridad y podrá escapar a la pena capital que se cierne sobre usted.

El detenido susurró con voz quebrada:

—¡Soy inocente!

—Recapacite; quizá mañana sea demasiado tarde. La justicia descubrirá lo que intenta esconder y ya no habrá confesión que valga.

—¡Soy inocente!

—Está bien; desde este momento no volveré a dirigirle la palabra. Será el juez de instrucción quien lo haga.

El señor Bienassis, volviéndose hacia Maximilien Heller, dijo:

—Le ruego me disculpe, señor, por obligarle a presenciar semejante espectáculo, pero su testimonio puede ser muy valioso para nosotros. Le pido que me diga todo cuanto sabe del acusado. Ha pasado ocho días en la habitación contigua a la suya antes de encontrar empleo. ¿Ha notado algo sospechoso en su comportamiento?

—¡Ah! ¿Por eso me ha hecho venir?

—Por supuesto; cuando uno vive durante algún tiempo al lado de un hombre, no puede dejar de advertir sus costumbres y sus amistades. ¿Recibió alguna visita durante su breve estancia aquí? ¿Ha escuchado voces? ¿Salía de día o de noche?

El filósofo se levantó sin responder y se aproximó a Guérin, a quien había estado observando con mirada serena y profunda.

—Iba a casarse cuando regresara a su pueblo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el detenido, abriendo los ojos con sorpresa.

—¡Pues bien! Puede usted encargarse de su traje de novio. En cuanto a ustedes —continuó con voz tajante, dirigiéndose a los agentes de policía que le contemplaban boquiabiertos—, miren bien a este hombre; ¡en menos de dos meses estará libre!

Y cubriéndose con su larga capa oscura, Maximilien Heller abandonó la habitación con la misma arrogancia de Don Quijote desafiando a los molinos de viento. Me volví entonces hacia el comisario quien, recogiendo velozmente sus papeles, murmuró:

—¡Qué extraño! Todo esto es ciertamente extraño.

—Quisiera disculpar a mi amigo, señor —dijo un poco avergonzado—; está sufriendo y usted entenderá...

—Señor, su amigo se explicará ante el juez de instrucción, o eso espero —replicó el comisario con un ligero tono de despecho—; por lo que a mí concierne, mi misión ha terminado y debo presentar mi informe.

Y con estas palabras, salió acompañado de su grupo de agentes, que rodeaban al acusado.

El ruido de sus pasos se fue desvaneciendo poco a poco en la escalera, y todo quedó en silencio.

IV

Me apresuré a alcanzar al señor Heller.
Le encontré sentado en su sillón, atizando con las tenacillas un fuego agonizante.

—Y bien —dije—, ¿qué opina usted de todo esto?

Se encogió de hombros.

—Lesurques^[5] y Calas^[6] tendrán un nuevo compañero en el martirologio de la justicia humana —respondió con serenidad.

—¿Cree usted que ese hombre es inocente?

—Sí, lo creo... pero, después de todo, ¿acaso importa?

Se recostó en su butaca y cerró los ojos. A pesar de aquella aparente indiferencia, se podía adivinar fácilmente que le embargaba una singular emoción. Sus manos, sacudidas por un continuo temblor, se deslizaban febrilmente una y otra vez a lo largo de los brazos del sillón.

Obviamente, su mente trabajaba de un modo frenético; su ardiente imaginación pensaba aún con tristeza en el espectáculo que acababa de acontecer ante sus ojos.

—¿Es consciente —dije sonriendo—, de que su comportamiento ha podido levantar ciertas sospechas en el ánimo de ese digno comisario? ¿No teme que el hecho de negarse a dar testimonio pueda hacerle pasar por cómplice? En otros tiempos, semejante conducta habría sido suficiente para hacerle arrestar.

—Sí. ¿Y es usted consciente de que, en otra época, las líneas de la mano de un hombre constituían prueba suficiente para que un célebre policía pudiera condenarle? Eso puede explicarle mi silencio.

En aquel momento, repicaron en el reloj de Saint-Roch las campanadas de medianoche.

—Está cansado —le dije a Maximilien—; le dejo reposar.

—En efecto, esta noche me siento más débil que de costumbre. Voy a acostarme y tomar un poco de opio para intentar dormir; lo necesito mucho.

Cuando me despedía me dijo con notable insistencia:

—Vuelva mañana temprano, le estaré esperando; debo hablarle. Vendrá usted, ¿verdad?

—Se lo prometo.

A continuación estreché su mano y me marché, embargado aún por la emoción de cuanto había vivido aquella tarde.

Al salir de la casa del señor Maximilien Heller, compré el periódico vespertino y encontré el siguiente artículo en la sección de sucesos:

Un misterioso episodio ha consternado al barrio de Luxembourg. El señor Bréhat-Lenoir, célebre banquero retirado del mundo de las finanzas desde hace años tras amasar una inmensa fortuna, fue encontrado muerto en su cama antes de ayer por la mañana. En un primer momento su muerte se atribuyó a un ataque de apoplejía, pues el señor Bréhat-Lenoir sufría de obesidad y llevaba una vida sedentaria: pero pronto se descubrió que se trataba de un asesinato. El señor Castille, sobrino del difunto, declaró que el escritorio del señor Bréhat-Lenoir había sido forzado y sus papeles registrados. Se encontró una copa en una mesa contigua y, al realizar el análisis químico de las gotas de licor que contenía, se hallaron restos de arsénico. El difunto no redactó sus últimas voluntades, por lo que su inmensa fortuna pasará íntegramente a manos de su hermano, el señor Bréhat-Kerguen.

Y un poco más adelante:

Podemos afirmar, al cierre de esta edición, que la justicia ha descubierto al asesino del señor Bréhat-Lenoir. Se trata de un criado de nombre Guérin que el difunto tenía a su servicio desde hacía apenas ocho días. Guiado por la más infame de las codicias, este miserable individuo envenenó a su señor; fingiendo una plaga de ratas en sus aposentos, compró el arsénico para —presuntamente— verter el veneno en la bebida que el señor Bréhat-Lenoir acostumbraba a tomar cada noche. Su coartada es tan imprecisa que, a pesar de la proclamación de inocencia del culpable, y su manifiesto analfabetismo —al parecer fingido—, se ha emitido una orden de arresto contra él. En estos momentos se encuentra en manos de la justicia. De este modo se reduce a un simple caso de robo un crimen que parecía rodeado de extrañas circunstancias y detalles escabrosos. Aún no se ha encontrado el testamento.

V



El día siguiente, sobre las diez, recibí la visita de mi sabio maestro, el doctor B... Parecía cariacontecido y preocupado.

—¿Ha oído hablar del caso Bréhat-Lenoir? —me preguntó tras los saludos de rigor, mirándome a través de sus anteojos.

Le enseñé el periódico que había comprado la noche anterior.

—Solo lo que he leído en estas páginas —respondí.

—¡Ah! Sepa usted que es muy grave y, sobre todo, misterioso. Ayer por la tarde fui requerido para realizar la autopsia al cuerpo. ¿Puede usted creer que, tras interminables y pacientes análisis, no he encontrado ni rastro del arsénico?

—Eso confundirá enormemente a la justicia.

—Creo que, cuanto menos, debería estar muy sorprendida y poco orgullosa tras comprobar cómo su sistema se desmorona a las primeras de cambio. Pero aún no se dan por vencidos. Esta mañana he recibido una carta del juez de instrucción, a quien envié mi informe antes de que cayera la noche. Me ruega que repita hoy de nuevo la prueba pericial.

—¿Con qué fin?

—No lo sé. Pero he aquí lo más curioso: ¿sabe usted a quién han propuesto para rebatirme en esta polémica?

—¿A quién?

—¡Al doctor Wickson!

—¿Cómo? ¿Ese intrigante individuo que hizo tanto ruido en París hace diez años con sus polvos invisibles?

—El mismo.

—¿Ese con quien tan valientemente combatió, querido maestro, en nombre de la verdadera ciencia?

—Sí; la Academia me dio la razón, pero la opinión pública me la arrebató dejándose seducir por la medicina indiana. Resumiendo, ese hombre está en París. ¿Por qué extraña coincidencia del destino? No lo sé. Le creía muerto y enterrado y, sin embargo, está más en boga que nunca; además la justicia, como ve, no teme dejarse ayudar por su pretendida ciencia. Si el juez hubiera echado mano de su memoria, no me habría puesto en la tesitura de pleitear con un hombre a quien tan ferozmente he combatido en el pasado. Comprenderá usted que me resulta imposible continuar con la prueba pericial, y por ello cuento con usted para que me reemplace. Sé que ha realizado un profundo estudio en materia de venenos y que es usted tan competente como yo.

Hice una pequeña reverencia ante semejante adulación —aunque ciertamente

interesada— por parte de tan excelente hombre.

—Entonces queda acordado. Deberá presentarse a la una en el número 102 de la rue Cassette. Es la residencia del difunto. Aquí tiene una carta dirigida al juez de instrucción en la que alego un pretexto para justificar mi ausencia. Deberá entregársela usted mismo.

El doctor B... se levantó y, estrechando mi mano con cierta emoción, dijo:

—Vamos, querido muchacho, intente convencer a los magistrados y, sobre todo, no se deje avasallar por el aplomo de Wickson. Piense que nuestro viejo honor profesional está en sus manos; defiéndalo ante la ignorancia y la charlatanería. No olvide informarme del resultado del dictamen apenas termine la prueba pericial.

La voz del doctor B... tembló ligeramente mientras me dirigía estas palabras. Su oscura e intensa mirada brillaba con un resplandor que daba testimonio del vivo interés que mi antiguo profesor sentía por la lucha que estaba a punto de emprender.

Wickson era el único hombre en el mundo por quien el buen doctor sentía odio.

Prometí al señor B... que haría cuanto estuviera en mi mano para asegurar el triunfo de su resolución, y mantener en todo su esplendor los principios de la verdadera ciencia.

Una hora después me hallaba en casa del señor Maximilien Heller.

El filósofo parecía más sereno que la noche anterior; la fiebre había desaparecido casi por completo.

—Esta mañana me encuentro mejor —dijo—; su compañía me ofreció ayer un gran consuelo. Hay momentos, los menos, en que la soledad me hace daño. Y ayer estaba hostigado por un recuerdo, un aniversario... terrible... En fin, cambiemos de tema. ¿Tiene novedades sobre ese misterioso crimen? He estado pensando toda la noche. Evidentemente, ese hombre no es culpable.

Le entregué el periódico, el cual leyó con suma atención; luego murmuró:

—Me gustaría conocer el final de esta historia.

—Si lo desea, puedo introducirle en la casa donde tuvo lugar el asesinato, y hacerle asistir a la autopsia.

—¿De veras? —exclamó el filósofo mirándome sorprendido—; ¿y cómo lo haría? Dígamelo, se lo ruego.

Le relaté la corta entrevista que acababa de mantener con el señor B... y le hablé del rol que había aceptado.

—¡Bien! ¡Le acompañaré! —dijo Maximilien con tono resolutivo—. Necesito saber qué significa todo esto. Es la primera vez en dos años que voy a salir de esta habitación. Creo que comienza una nueva vida para mí. ¿Qué le parecería que salvara a ese hombre del cadalso? Sería curioso, ¿no le parece? ¡Me convertiría en un filántropo! Aunque no, no es el amor a la humanidad lo que me mueve; al contrario, intento demostrarle a la sociedad todo el vicio de su estructura, ya que sin mí, y si las cosas continúan su curso natural, un inocente morirá condenado por la sentencia de los hombres.

No pude evitar sonreír.

—Así pues, ¿está usted seguro de que Guérin no es culpable?

—Sí.

—¿Haría cualquier cosa por demostrar su inocencia?

—Sí.

—¿Y por encontrar al verdadero autor del crimen?

—Sí.

Recorrió la buhardilla a grandes zancadas, como un león impaciente por romper los barrotes de su jaula.

—Sí —exclamó exaltado—. ¡Hoy es el gran día de mi reaparición! ¡Sí, hoy regreso de nuevo al mundo del que voluntariamente me exilié! Hay un misterio que quiero desentrañar, tinieblas que quiero sondear. He resuelto los más intrincados problemas sociales; ¿por qué no resolver este de igual modo? Quiero, el día en que los hombres preparen el patíbulo para ese pobre infeliz, presentarme ante ellos arrastrando al verdadero culpable a mis pies, arrojárselo al verdugo y liberar al inocente. Pero no crea que me interesa ese hombre. ¿Qué me importa si le matan o no?

Maximilien se había transfigurado. Su rostro, hundido y demacrado por un largo sufrimiento, se veía ahora iluminado por una llama sobrenatural; sus miembros, languidecidos por la fiebre, retomaron por completo su vigor; sus gestos eran firmes. Levantó la cabeza con dignidad.

Aún hoy recuerdo, a pesar de los años transcurridos, la viva impresión que me causaron tanto la voz como la actitud de Maximilien Heller. En un principio, provocó en mí una especie de inquieta sorpresa. Temí, lo admito, que aquel énfasis y aquel tono profético no fueran más que una premonitoria señal de algún disturbio cerebral del que, en repetidas ocasiones, creí haber descubierto los primeros síntomas en Maximilien. Tomé su mano: estaba fría; su pulso latía regularmente. Mis ojos encontraron los suyos. Su calma y resoluta expresión me impresionaron. No puedo explicar qué sentimiento de felicidad, de gratitud hacia la Providencia, inundó mi corazón. La verdad se me había revelado; pude leerla en la clara y límpida mirada de Maximilien. Aún sonrío al recordar la amargura, un tanto forzada, que se sintió obligado a otorgar a sus palabras. ¡Pobre filósofo! ¡En vano intentaba engañarse sobre sus verdaderos sentimientos! No, no se trataba de un odio implacable hacia la sociedad y sus leyes lo que inspiraba aquella admirable y generosa resolución. Dios acababa de poner en su camino a un infeliz a quien consolar, un inocente a quien rescatar del verdugo, y el corazón de Maximilien se colmó de piedad ante aquel desgraciado sobre quien la justicia de los hombres estaba a punto de caer con todo su peso. Un interés noble, excelso y poderoso, confería ahora sentido a su vida, una finalidad. Era un fuerte y misterioso vínculo que le ligaba a este mundo; un mundo del que se había exiliado bruscamente, en un día de orgullo, de dolor quizá.

Dejé caer su mano, que se había aferrado durante algunos instantes a la mía.

«¡Alabado sea Dios!», pensé. «¡Maximilien vivirá!».

VI

El señor Heller abrió un pequeño armario, y sacó un largo capote marrón y un sombrero pasado de moda. El filósofo no parecía tener pretensión alguna de elegancia.

—Muy pronto será mediodía —dijo, como para explicarme la impaciencia que traicionaban sus movimientos—; tal vez sea hora de partir.

—Vamos —respondí—; tendremos todo el tiempo del mundo para examinar el lugar del crimen.

—Algo muy importante —murmuró Heller, abriéndome la puerta.

Subimos a un coche, y una media hora más tarde nos detuvimos ante el número 102 de la rue Cassette.

Llamé, y pronto el macizo portón giró sobre sus goznes con un ruido sordo. Entramos en un patio húmedo y mal pavimentado donde la hierba era tan abundante que una manada numerosa podría encontrar allí buen pasto.

Al fondo se elevaba un gran edificio de cuatro plantas con todas sus celosías cerradas.

Tras dar cuatro o cinco pasos llegamos a una puerta de roble con un ventanuco. Atravesaba el patio un grueso alambre, cuya utilidad era la de abrir el portón sin necesidad de salir de aquella casa, que se asemejaba a un castillo de lúgubre aspecto.

Maximilien levantó el pesado aldabón de hierro que, al retumbar, hizo que gimieran los largos corredores. La aspillera se abrió y volvió a cerrarse bruscamente, la puerta se entreabrió, y pudimos ver a un anciano menudo, flaco y endeble, que vestía pantalón corto y observaba con ojos desorbitados el singular traje y el aún más singular rostro del filósofo.

—Señor —le dije para calmar su espanto—, el doctor B..., a quien le resulta imposible asistir a la autopsia que ha de realizarse hoy, me ha pedido que le sustituya.

—¡Ah! Muy bien, señor —dijo aquel hombre menudo, al tiempo que abría la puerta para dejarnos pasar—. ¡Discúlpeme, pero estamos tan conmocionados por este horrible suceso! ¡Pobre señor Bréhat-Lenoir! ¡Era un señor tan bueno! ¡Él, que tanto miedo tenía de los asesinos y que se atrincheraba en su alcoba! Es horrible, ¿verdad, señores? Hagan el favor de entrar en esta sala; les avisaré cuando lleguen los hombres de la justicia.

Nos guio hasta una amplia estancia revestida con una tapicería antigua, cuyas pinturas estaban prácticamente descoloridas. Las cuatro ventanas daban a un triste y sombrío jardín, poblado de grandes árboles y circundado por altos muros cubiertos de hiedra.

El filósofo se dirigió hacia una de las ventanas y apoyó su pálida frente contra el

cristal.

Permanecimos de este modo alrededor de unos diez minutos; yo, observándole en silencio mientras paseaba por la sala; él, con el cuerpo agitado por una febril impaciencia, la frente arrugada, la mirada fija y un profundo brillo en los ojos.

Pronto escuchamos un paso firme e irregular en el corredor. Maximilien levantó la cabeza rápidamente; parecía como si el más mínimo ruido le provocara una gran impresión.

Se abrió la puerta que comunicaba con el jardín, la tierra crujió y un hombre de gran estatura, un poco encorvado y de cabello cano, pasó velozmente bajo las ventanas.

A la vista de aquel hombre, el filósofo se estremeció y retrocedió con la misma celeridad que si hubiese pisado una serpiente.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté, sorprendido ante aquella extraña reacción.

—Nada..., no es nada... —respondió con voz sorda—. Creo que me he mareado.

Retomó su posición junto a la ventana y siguió con la mirada al desconocido, quien, tras cruzar el jardín, salió por una puerta oculta bajo la hiedra. Esperamos algunos minutos más.

Seguidamente apareció en la puerta de la sala la figura paliducha del pequeño intendente, el señor Prosper.

—¿Los señores me han llamado? —preguntó tímidamente.

El buen hombre tenía un ansia manifiesta por entablar conversación, y yo mismo estaba más que dispuesto a dirigirle algunas preguntas.

—¡Qué calor hace aquí! —exclamé—. ¿Podría usted abrir la ventana?

Se subió a una silla con la agilidad de una ardilla y procedió a cumplir lo que le había pedido.

—¡Una hora! —dijo, lanzando una mirada al gran péndulo de cobre colocado sobre la chimenea—. ¡Esos señores se retrasan!

—Dígame francamente, señor intendente —dije, mirándole a los ojos—. ¿Cree que el hombre detenido ayer es culpable?

El rostro del pequeño anciano se iluminó; abrió sus ojos grises como platos y, aspirando un poco de rapé con toda la gracia y majestuosidad de un marqués del antiguo régimen, dijo con su aguda voz:

—Señor, es ciertamente grave acusar a un hombre cuando se carece de pruebas palpables y evidentes. Todo lo que puedo afirmar es que las más clamorosas sospechas planean sobre ese tal Guérin. Aún me parece escucharle diciendo en su argot: *¡Tengo ratas aentro de l'habitación... tengo d'ir al curandero pa'comprá del arsénico ese!*

—¿De veras le dijo eso? —preguntó con presteza Maximilien.

—Tan cierto como que estoy aquí y ahora hablando con usted.

—¡Qué extraño!

Y el filósofo se encerró de nuevo en sus ensoñaciones.

—Y —continuó—, ¿qué es toda esa historia de que hay un testamento de por medio?

La cara de comadreja del pequeño intendente adquirió una maliciosa expresión.

—¡Ah! Le cuento... —respondió—. Sabrá usted que mi señor era, con todos mis respetos, un arrogante sin igual. Estaba enemistado desde hacía cuarenta años con su hermano, el señor Bréhat-Kerguen, otro excéntrico personaje que no había salido jamás de su agujero en Bretaña, y al cual hemos visto esta mañana por vez primera.

—¡Ah! ¿Está aquí?

—Hace un momento pasó bajo estas ventanas; han tenido que verle.

El filósofo murmuró unas palabras ininteligibles.

—Sí —continuó el intendente—, llegó esta mañana. ¿Quién le ha avisado? No lo sé. Tiene el aspecto de una bestia salvaje; no me ha dirigido más que cuatro palabras para decirme que no podrá asistir a la autopsia, porque le haría mucho daño, bla, bla, bla... y se ha marchado.

—Entonces, ¿hay una puerta de salida en el jardín?

—Sí, da a la rue de Vaugirard, cerca del hotel Renard Bleu. Dicho esto y para concluir, todo el mundo imaginaba que, visto el odio que sentía hacia su hermano, mi señor le habría desheredado. ¡Juzgue usted mismo! ¡Un hombre que se asemeja más a un lobo que a una criatura humana; un hombre que ha desposado a su criada! El señor Castille, sobrino del señor Bréhat-Lenoir, contaba con embolsarse la herencia. Pero, ¿puede creer usted que se llamó al juez de paz, que se han removido todos los papeles del difunto y registrado su escritorio, y que no se ha encontrado ni rastro de las últimas voluntades de mi señor? ¡De modo que todos sus millones irán a parar al viejo chiflado de Bréhat-Kerguen! Y yo, que serví a mi señor con total dedicación durante veinte años, que solo tengo unos pocos ahorros... usted ya me entiende...

Maximilien le interrumpió:

—¿Han precintado la habitación de su señor?

—¡Sí! ¡Por supuesto! Y he tenido que poner un guarda, lo cual me causa cierta inquietud, porque, en fin... la responsabilidad... ya sabe usted... ¡Ah! ¡Debería haber escuchado los juramentos que lanzó esta mañana ese jabalí de Bréhat-Kerguen al descubrir que habían precintado la habitación de su hermano!

—¿De veras? —preguntó Maximilien.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué juramentos! Y para calmar su cólera se encerró en su habitación blasfemando.

Escuchamos cómo se detenía un coche en la calle, ante el portón de la entrada.

—¡Aquí está la justicia! —exclamó el intendente.

Maximilien me hizo un gesto que comprendí al instante.

—Señor administrador —le dije al pequeño hombre, a quien dicho título le halagaba visiblemente—, ¿podría indicarnos dónde se encuentra la sala en la que tendrá lugar la autopsia?

—¡Primer piso, a la derecha, al fondo del corredor! —respondió

precipitadamente.

Y se lanzó hacia la puerta al escuchar la estruendosa campanilla, que hizo temblar las vetustas paredes.

Subimos velozmente la gran escalera de madera y entramos en un gabinete cuyas ventanas se abrían al jardín. El cuerpo estaba tendido sobre una mesa de madera blanca y envuelto en una sábana.

Al fondo del gabinete estaba la puerta precintada que comunicaba con la habitación del difunto.

Maximilien Heller se ocultó tras uno de los grandes cortinajes de la ventana: de ese modo podía ver sin ser visto. En ese mismo instante, la puerta del gabinete se abrió y el fiscal, el juez de instrucción y su secretario hicieron su aparición.

VII

El pequeño intendente les introdujo en el gabinete con una agradable sonrisa que se transformó en una mueca de estupefacción cuando se percató de que me encontraba *solo* en la sala.

Pero el fiscal, con magistral dignidad, le hizo un imperioso gesto para que se retirara, el cual obedeció en el acto y sin pedirme explicaciones por la desaparición de Maximilien; explicaciones que tenía sobrados motivos para temer.

Saludé a los caballeros y les entregué la carta en la que el señor B... se excusaba por no poder asistir a la prueba pericial.

—¡Ah! ¡Diantres! —exclamó el juez de instrucción, esnifando un poco de rapé de tabaco—. Había olvidado que el señor Wickson no goza precisamente del favor del señor B... ¿Qué quiere? ¡Me hago viejo! ¡Y tengo tantas cosas en la cabeza! Señor, ¿querrá presentarle mis excusas a su honorable maestro? Aunque, por otro lado, no me arrepiento demasiado de mi error, pues de este modo he tenido el placer de conocerle.

Me dirigió una amable sonrisa mientras decía estas palabras.

El fiscal, un gran personaje de austero y pálido rostro enmarcado por negras patillas, manos aristocráticas y temperamento glacial, examinaba solemnemente las disposiciones que la víspera había sentenciado el doctor B...

Las incisiones en el cadáver se habían practicado siguiendo todas las pautas de la ciencia; los intestinos y las vísceras del difunto se encontraban en recipientes independientes.

—¡Eh! ¡Aún no he desayunado! —gritó de repente el juez de instrucción con su voz rotunda—. ¡Ya va siendo hora de que llegue el doctor Wickson! Estamos aquí por su conveniencia y me resulta extraño que nos haga esperar. Especialmente cuando...

El sonido de la campanilla interrumpió al digno magistrado.

—¡Aquí está! —dijo, bajando la voz.

El fiscal enderezó su alta figura y el juez se levantó el cuello postizo. Yo me sentí como un soldado encaminándose al campo de batalla. Para recuperar la entereza pensé en mi maestro, el cual había depositado toda su confianza en mí, y que a esa misma hora estaría esperando con impaciencia el resultado de la autopsia.

Un profundo silencio reinaba en el gabinete. No se intercambió ni una sola palabra entre nosotros hasta el momento en que el señor Prosper, abriendo la puerta, anunció con su aguda voz:

—¡El doctor Wickson!

Un hombre de unos cincuenta años, de estatura hercúlea, tez sonrosada y cabellos de un rubio rojizo, avanzó hacia nosotros hablando con un ligero acento británico:

—Les pido mil disculpas, señores, por llegar tan tarde a una cita que yo mismo programé. Pero en el momento en que salía de mi casa fui requerido para asistir a un hombre que se estaba muriendo.

—Y que usted habrá salvado, sin duda —dijo el juez de instrucción, que entablaba amistad rápidamente.

—Así es —respondió el inglés con flema imperturbable—. Le he salvado.

Diciendo estas palabras lanzó una mirada a su alrededor, y pareció sorprenderse tras percibir la ausencia del señor B...

—Pero —dijo— no veo a ese venerable doctor que ha de concederme el honor de rebatir mi opinión.

Le expuse el motivo que había pretextado el señor B... para no asistir a la cita. Sonrió imperceptiblemente.

—Señor, ruego transmita mis disculpas —dijo sopesando sus palabras— al doctor B... por permitirme el atrevimiento de contradecir el veredicto que con tanto celo y sapiencia ha dictaminado. Pero he realizado un profundo estudio en materia de venenos, y en particular sobre el arsénico. He aquí el porqué de mi propuesta a la justicia para realizar una segunda disquisición. Mi mayor anhelo, debe creerme, es extraer mis propias conclusiones conforme a las de su erudito y honorable maestro.

Me incliné fríamente y propuse comenzar el examen sin perder tiempo; el rostro descompuesto del juez en ayunas me inspiró sincera piedad.

Los dos magistrados ocuparon su lugar a los pies del cuerpo, del lado de la puerta; el doctor Wickson y yo a la izquierda, frente a la ventana.

A pesar de mi deseo de ahorrar a la sensibilidad de mis lectores el relato de esta autopsia, considero imprescindible entrar en ciertos detalles.

La tarea de la medicina legal se había vuelto mucho más sencilla desde hacía algunos años, gracias a la invención del inglés Marsh. Este químico ideó un ingenioso método para descubrir pequeñas trazas de arsénico en el cuerpo.^[7]

He aquí, en pocas palabras, en qué consiste su instrumento: se trata de un tubo de cristal en el cual se libera hidrógeno. En él, se introduce la sustancia a examinar. El arsénico se combina con el hidrógeno y dicha combinación se libera por el orificio cónico del tubo. A continuación se enciende el chorro de gas y se coloca encima de la llama un platito de porcelana blanca. Si la materia contiene la más mínima partícula de arsénico, unas manchas negras se depositarán sobre la porcelana.



El doctor Wickson sacó de los enormes bolsillos de su abrigo uno de esos tubos. Advertí que el tubo no se veía del todo pulcro y se lo hice notar, pidiéndole que se sirviera del que yo había llevado. Lo examinó largo tiempo con meticuloso esmero, y finalmente aceptó intentando disimular su mal humor.

Me aproximé entonces a los recipientes que contenían las vísceras con el fin de destaparlos; pero el inglés se adelantó, y con cierta impaciencia se desembarazó del precinto.

Observé que no se quitaba los guantes blancos mientras se entregaba a su labor.

—Señores —dijo con voz solemne, dirigiéndose a los magistrados sin levantar la mirada—, sin duda conocen los efectos de este instrumento. Voy a dirigir un chorro de gas contra el vidrio. Si hubiera arsénico en la porción de las vísceras que he puesto en el tubo, el cristal se ennegrecerá inmediatamente.

Avanzó hacia la ventana más próxima a aquella en la que se encontraba oculto el filósofo, y dirigió el chorro de gas encendido hacia el vidrio.

No pudimos reprimir una exclamación de sorpresa. El cristal se cubrió repentinamente de manchas negras. Al mismo tiempo, un fuerte olor a ajo se expandió por la habitación revelando la presencia tóxica.

¡Mi pobre profesor había sido vencido al primer golpe! El juez de instrucción fijó sobre mí una mirada cortésmente irónica:

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó—. ¡Esto es muy relevante y absolutamente a favor de la acusación!

—Este experimento no será concluyente a mis ojos —observé— hasta que no lo

repita yo mismo.

El inglés, cuyo éxito le había dejado impasible, me tendió el tubo con un gesto lleno de gracia.

Realicé el experimento: el cristal se ennegreció de nuevo y con una intensidad que probaba gran abundancia de la sustancia tóxica. Lo repetí en tres o cuatro ocasiones con el mismo resultado.

La cortina tras la cual se ocultaba Maximilien Heller se movió ligeramente. Me estremecí cuando me pareció ver que la mirada del inglés se dirigía con inquietud, durante un instante, hacia aquel lado. No fue más que un destello, porque recobró su sonrisa habitual y volviéndose hacia los magistrados, dijo:

—Me parece que esta vez el resultado es definitivo. Y me gustaría enfatizar —añadió con cierto aire triunfal—, que he utilizado el artilugio del doctor.

—No tengo nada que objetar —dije muy molesto ante aquel resultado tan rápido e inesperado.

—Entonces, señor —dijo el procurador tomando la palabra por primera vez—, ¿está dispuesto a firmar el acta y el informe que determinan la presencia de veneno en el cuerpo del difunto?

Me incliné en señal de asentimiento.

—Secretario —continuó el magistrado, volviéndose hacia un hombrecillo insignificante que garabateaba en un rincón—, ¿puede entregar el acta y el informe? Estos caballeros deben firmarlos.

El doctor Wickson firmó —sin quitarse los guantes— y yo lo hice a continuación. El inglés apenas podía reprimir el deleite que sentía.

Me saludó solemnemente y yo le devolví el saludo no sin cierto disgusto. Antes de salir, Wickson me encargó, una vez más, que le transmitiera al doctor B... toda su respetuosa simpatía.

Señor de Ribeyrac —dijo el juez de instrucción a su majestuoso colega, cuando salían por la puerta—, almorzará conmigo, ¿verdad? Estoy muerto de hambre.

Aquel día, los estudiantes que frecuentaban las clases del doctor B... no supieron a qué atribuir las continuas distracciones, la febril agitación y el mal humor de su viejo profesor.

VIII

Di algunos pasos en el rellano detrás de aquellos caballeros y les saludé por última vez. El señor Prosper les guio de nuevo hasta la puerta y a continuación se dirigió hacia mí con aire misterioso; ardía en deseos de saber qué había sucedido, pero no creí oportuno informarle.

—Aún me quedan algunos trámites que despachar —le dije, subiendo nuevamente la escalera—. Le ruego me deje a solas media hora en el gabinete donde se encuentra el cuerpo.

—¡Por supuesto, señor! Quédese el tiempo necesario —me dijo el pequeño intendente en tono adulator—. Yo subiré a la habitación del señor Bréhat-Kerguen, para ver si necesita algo. Ha cerrado la puerta con doble vuelta de llave, el viejo zorro, y me ha hecho jurar que no tengo una segunda llave. ¡Je! ¡Je! —dijo, sacando un mazo de llaves de su bolsillo—; se lo he jurado. Pero ¡por amor de Dios!, necesito echar una ojeada a su habitación: el señor Castille me advirtió que no permitiese que se deteriorase el inmueble de la herencia.

Cuando abrí la puerta del gabinete, el pequeño anciano, cuyo mayor defecto era sin duda una increíble curiosidad, echó un vistazo a la estancia para asegurarse de que Maximilien Heller seguía allí, y sacudiendo la cabeza como diciendo «tengo alucinaciones», subió al segundo piso.

El filósofo había salido de su escondite y examinaba minuciosamente los recipientes y el tubo que habían servido para la disección.

Levantó lentamente la cabeza y me dijo con una extraña sonrisa:

—¡Vamos! No ha estado muy afortunado, doctor, y definitivamente hay envenenamiento... ¿Por qué diablos no le hizo quitarse los guantes?

Le miré sorprendido ante aquella pregunta.

—Venga aquí.

Me indicó con el dedo el borde de la mesa.



—¿Y bien?

—Mire... acérquese más... ¿lo ve?

Pude distinguir en la madera algunos granos de un fino polvo blanco.

—¡Arsénico! —exclamé estupefacto.

—Exacto —respondió Maximilien—. Ahora, ¿cómo puede explicarse la presencia de veneno en esta mesa? Usted no lo ha colocado ahí, ¿verdad? ¡Entonces ha sido el otro!

—¡Una peculiar deducción la suya!

—¿Vio cómo conservaba puestos sus guantes durante la operación?

—Sí.

—¿Y se fijó en cómo posaba su mano derecha, de forma sistemática y en repetidas ocasiones, en el mismo lugar donde he descubierto el polvo blanco? ¿Y no percibió que, en cierto momento, se llevó la mano a los labios y la retiró con un brusco movimiento de repulsión?

—No.

—Normal, usted no estaba aquí para observar. Pero yo sí lo vi; además de otras muchas cosas singulares. Como esto, por ejemplo: ¿por qué se empeñó en abrir él mismo los recipientes precintados? ¿Por qué cortó él mismo las vísceras con unas tijeras que traía en su propia bolsa? Doctor, en su buena fe, le ha otorgado una

confianza que le honra pero que, a mi parecer, ha sido muy desacertada.

—Así que usted cree...

—Creo, o más bien estoy convencido, de que la justicia, y usted mismo, han caído en una trampa. Ese hombre colocó el arsénico en sus guantes, cuya punta probablemente había agujereado con anterioridad para, de ese modo, envenenar todo cuanto tocaba.

—No veo qué interés pueda tener para engañarnos tan vilmente.

—¡Interés! ¡Interés! ¡Habla usted como un juez de instrucción! —gritó el excéntrico personaje encogiéndose de hombros—. ¿Qué me importa a mí el interés? No intento averiguarlo porque es en este tenebroso punto donde la justicia siempre falla. Yo solo busco una cosa: los hechos. Cuando los tenga todos en mi mano, entonces, y solo entonces, en medio de todas esas inverosimilitudes que en un principio parecen tan insólitas, surgirá la verdad tan resplandeciente como el sol.

Enderezó su desgarbada figura y sus ojos brillaron como diamantes.

—¡La verdad! —gritó, indicando con un gesto enérgico la puerta precintada—. La verdad se encuentra tras esa puerta. Y el día en que pueda cruzarla, la conoceré.

A continuación salió calando el sombrero sobre sus ojos, y le escuché bajar los escalones con paso veloz.

Salí tras él.

Le encontré en la parte baja de la escalera conversando con el señor Prosper; le susurró algunas palabras, me aferró el brazo con uno de sus característicos gestos bruscos, y avanzó hacia la puerta.

Le ofrecí un puro y sacudí el encendedor, pero la llama no ardió; el día era húmedo.

—¡Esperen, esperen! —gritó el servil intendente mientras rebuscaba en sus bolsillos—. Esto les servirá.

Me entregó un papel que prendí y le ofrecí a Maximilien. Este lo llevó a sus labios para encender el tabaco. De repente, abrió los ojos desmesuradamente, sopló la llama con violencia, guardó el papel en su bolsillo y se fue con tal precipitación que el señor Prosper no pudo evitar comentar:

—¡Pobre muchacho! ¡No está bien de la cabeza!

IX

Perdí contacto con el señor Maximilien Heller durante un par de semanas. Abrumado por el torbellino de tareas y ocupaciones frívolas e importantes de las que se compone la vida, comencé a no pensar más en aquel asunto, hasta que una mañana, hacia las ocho, mi criado me informó de que alguien solicitaba hablar conmigo urgentemente.

Di orden de que le hicieran pasar.

Vi entrar en mi habitación a un hombre alto y rubio. En sus asombrados ojos y su sonriente y radiante fisonomía parecía tomar cuerpo ese tipo de criado devoto e ingenuo que estaba tan de moda en los teatros cómicos de la época. Me saludó tres veces torpemente, y se quedó de pie, girando el sombrero entre sus dedos.

Le pregunté qué se le ofrecía.

—*Zeñor* —dijo, ceceando mucho—. Quería encontrar un trabajo. Acabo de *zaber* que el *zeñor* *nececita* un criado...

—¿Y quién le ha recomendado? ¿Tiene una carta...?

No me dio tiempo a terminar; se me escapó un grito de sorpresa cuando ese simplón con aspecto de campesino —quitándose la peluca rubia que le caía sobre los ojos— descubrió de pronto la hermosa frente inteligente y el cabello negro de mi amigo Maximilien Heller.

—¿Cómo? ¿Es usted? —exclamé, absolutamente sorprendido—. ¿Qué significa ese disfraz? ¿Le persigue la policía?

—¡Ah! ¡Ah! —respondió con una discreta sonrisa—. Me cree usted cada vez más loco, ¿no es cierto? Y esta vez no deseará otra cosa que enviarme a Charenton^[8] con mis semejantes, ¿verdad? Le voy a dar una explicación sobre mi conducta que, entiendo, debe parecerle extraña puesto que aún no ha llegado el Carnaval. Así como me ve, estoy trabajando... No abra los ojos tan sorprendido. Esta piel de criado, es la piel del zorro bajo la que me he visto obligado a ocultarme. ¿No adivina usted que estoy al servicio del señor Bréhat-Kerguen?

La incoherencia de sus palabras y su extraña mirada me hicieron creer por un momento que, en efecto, estaba decididamente loco.

Continuó:

—No se asuste demasiado y escúcheme. Sabe que confío en usted. Le contaré todo lo que he descubierto, pero prométame que va a mantener todo esto en la más absoluta confidencialidad. Además, si le revelo mi secreto, es solo porque necesito su ayuda para seguir adelante; de lo contrario, nadie en el mundo conocería las extrañas cosas que he averiguado.

Le hice la promesa que me pedía. Se acercó a la puerta y cerró el pestillo; luego vino a sentarse junto a mí al lado de la chimenea y, después de haber guardado silencio durante algunos instantes, como si quisiera recogerse, comenzó a hablar en los siguientes términos.

—Recordará que la última vez que nos vimos, el día de la autopsia, le dije que el método por el que tenía la esperanza de resolver este atroz misterio sería muy diferente al que la justicia suele utilizar. La justicia busca el móvil del criminal y se esfuerza por reconstruir los hechos de lo desconocido a lo conocido. Pero ese método es esencialmente incorrecto; la detención de Guérin es buena prueba de ello. Yo, en cambio, voy de lo conocido a lo desconocido. Me baso en los hechos y nada más que en los hechos, sin preocuparme del móvil que los inspiró, ni del brazo que los ejecutó. Los contrasto con todas las objeciones que puedan aparecer, y en algún momento se hace la luz. Ahora ya conozco casi todos los hechos, excepto algunos que espero conocer en breve. En esta ocasión, el azar —ese gran maestro—, ¿me ha servido poderosamente! ¿Recuerda usted que cuando quiso encender su cigarro —al salir de la casa de Bréhat-Lenoir— y la humedad le impidió encender la yesca, el señor Prosper —el honesto intendente— le dio una hoja de papel que sacó de su bolsillo?

—Por supuesto.

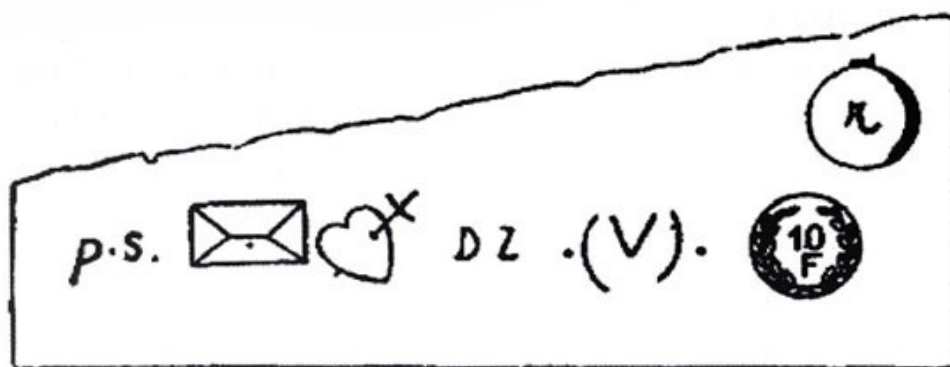
—Después usted me tendió el papel llameante, y cuando lo acerqué a los labios, no pude contener un gesto de sorpresa y salí precipitadamente, dejándole, sin duda, muy desconcertado por lo extraño de mi comportamiento.

—Es cierto.

Sacó del bolsillo de su chaleco un pedazo de papel medio quemado y me lo entregó. Yo le di vueltas y vueltas entre los dedos mientras el filósofo sonreía sutilmente.

—No ve nada extraordinario, ¿verdad?, y le habrá sorprendido singularmente que este pedazo de papel me haya dado, en gran medida, la clave de este enigma... Cójalo con unas pinzas, acérquelo unos segundos al fuego de la chimenea, mírelo con atención, y comprenderá la sorpresa que mostré el otro día.

Hice lo que me decía. A medida que se calentaba, el papel comenzó a enroscarse, y al desenrollarlo pude ver claramente, escritos en tinta azul, los siguientes signos.



—Confieso que sigo sin entender nada —le dije al filósofo, sacudiendo la cabeza—. Espero su explicación a este extraño enigma...

—Hay toda una historia detrás —respondió Maximilien Heller reclinándose en su silla—. Reconozco que yo mismo hubiera tardado en resolver este jeroglífico que se le resiste, y que tal vez no hubiera podido descifrarlo jamás, si no me hubieran ayudado las circunstancias.

»Ya le detallé que era abogado y en el pasado defendí varias causas. Nos remontamos a 1832; en ese año todavía estaba en prácticas y tenía ese ardor y ese celo que, por lo general, devoran a los jóvenes que comienzan su carrera en la abogacía.

»Una de las primeras defensas que se me confió de oficio fue la de un tal Jules Lanseigne, implicado en un misterioso asunto que la justicia nunca consiguió desentrañar. Se trataba de una asociación de malhechores que habían aterrorizado a los habitantes de París en varias ocasiones, con la comisión de distintos robos de una audacia sin igual. Se llevaron a cabo con tal habilidad, que solo muchos años después, y gracias a la genialidad de un célebre policía de entonces, pudieron ser arrestados.

»Sin embargo, no todos sucumbieron bajo la mano de la justicia. Solo tres fueron juzgados. Eran Jacques Pichet, Paul Robert y Jules Lanseigne, apodado *Petit-Poignard*^[9]. El cabecilla que los dirigía se las arregló para eludir todas las búsquedas con una habilidad prodigiosa, y los acusados se negaron obstinadamente a dar su nombre. Solo se pudo averiguar que se le conocía en la banda con el apodo *Boulet-Rouge*.^[10] Además, a uno de ellos se le requisaron unas cartas escritas con jeroglíficos prácticamente indescifrables, de los que solo unos pocos pudieron ser descodificados por el ilustre policía que había detenido a los bandidos.



»El primer acusado fue condenado a muerte, el segundo a veinte años de trabajos forzados, y mi cliente, contra el que no existían pruebas concluyentes, a solo cinco años de prisión.

»Este proceso me interesó en gran medida, y mantuve frecuentes conversaciones con el jefe de policía del que le hablaba. Me explicó con gran detalle todos los incidentes y todas las vicisitudes de la lucha que sostenía desde hacía cuatro años contra esos criminales; lucha que había llevado a tres de ellos al banquillo de los acusados.

»Por desgracia, el pobre hombre murió sin haber tenido la satisfacción de arrestar al líder de la banda, y creo que esta pena apresuró su final. Me explicó con extraordinaria lucidez los signos jeroglíficos encontrados, y es gracias a esas lecciones y mis recuerdos que he podido descifrar el acertijo.

»Se lo explicaré en pocas palabras, pero debe recordar que solo tenemos un fragmento de la carta, una postdata, que viene indicada por las letras p.s.^[11] El cuerpo de la carta, lamentablemente fue consumido por las llamas.

Aquí está la firma: El signo ☉ significa *Boulet-Rouge*. Es el sello de ese astuto bandido quien, por sí solo, fue más hábil y más fuerte que toda la policía junta.

✉ Quiere decir: escribe

☞ Este es el signo que adoptó *Petit-Poignard* (que, como le he dicho, era el apodo de mi antiguo cliente, Jules Lanseigne).

D Z Estos señores cambian las letras por cifras y las cifras por letras. D, que es la

cuarta letra del abecedario, significa 4, y Z, que sería la última, significa 0. Así pues, 40.

•(V)• Estos dos paréntesis entre dos puntos significan una calle de París. Habían catalogado de este modo toda la capital. Cada calle, cada pasaje, cada callejón, eran designados por un signo especial: • () •, que quiere decir, calle. Quedaba por descifrar la V del original. El primer nombre que me vino a la mente fue Vaugirard. Más tarde, con la continuación de mi relato, demostraré que estaba en lo cierto.

Y finalmente llegamos al último signo: ④

Este me dio algún quebradero de cabeza, y no di con su significado hasta después de estrujarme el cerebro durante un buen rato. Tuve que rebuscar en mi memoria, que es como a menudo se llega a la solución, para encontrar el sentido que habría debido aparecer inicialmente. Por fin, y después de varias reflexiones e intentos, interpreté este signo: *Louis*.^[12]

¿Quiere el descifrado de la frase completa? Sería este:

... (firmado) *Boulet-Rouge*

P. S. Escríbeme donde Petit-Poignard, al 40 de la rué de Vaugirard; mi apodo es Louis.

Sin embargo, había que comprobar mis suposiciones. El número 40 de la rué de Vaugirard es el hotel Renard Bleu. Me disfracé lo mejor posible —como puede observar, tengo talento en ese terreno—, y me fui a pasear arriba y abajo por la acera de enfrente al hotel, fijándome atentamente en quiénes iban y venían.

Finalmente, tras media hora de espera, vi acercarse a un hombrecillo algo corpulento, de rostro rollizo e inteligente, y reconocí inmediatamente a mi antiguo cliente, Jules Lanseigne, apodado *Petit-Poignard*. El viejo ladrón, liberado de prisión hace dos años, había escogido la profesión de hotelero para rehabilitarse a ojos de la sociedad. Entró en el hotel, le seguí, y cuando comenzó a subir las escaleras, puse una mano sobre su hombro.

Se estremeció y, volviéndose, me dijo con tono brusco:

—¿Qué quieres de mí?

—Es usted Jules Lanseigne, ¿verdad?

Frunció el ceño y me miró desde arriba.

—Sí —respondió vacilante—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo que decirle dos palabras en privado; permítame unos minutos.

El hotelero, que yo sabía muy flojo, palideció visiblemente y pareció estar pensando en una retirada. Mi traje negro y la gran barba con la que me había decorado la barbilla, sin duda me hacían parecer a sus ojos como un peregrino de la *Rue Jérusalem*.^[13]

Sin embargo, para evitar que se me escapara, lo tomé por el brazo, abrí la puerta

de una pequeña habitación de la planta baja y, después de encerrarme con él, guardé la llave en mi bolsillo.

Chasqueó los dientes. Le vigilaba por el rabillo del ojo y, cuando vi que trataba de meter la mano bajo su chaleco, le dije enérgicamente:

—¡Ten cuidado! Ya ves que te conozco, pues te he llamado por tu nombre; sé que usas la daga con gran destreza, aunque el 18 de agosto de 1832 no fueras condenado a más que cinco años de prisión por falta de pruebas en tu contra.

Saqué una pistola del bolsillo.

—Ponte ahí —continué, colocando una silla en un extremo de la mesa. Yo me senté en el otro extremo, con la pistola ante mí.

—Y ahora —le dije—, vamos a hablar.

X

Se sentó más muerto que vivo. Su mirada se posó alternativamente en la pistola y en mí, con una expresión tan aterrorizada como feroz.

—Como ves, estás en mis manos —retomé con mucha calma—. No puedes huir ni desembarazarte de mí. Esta joyita te puede alojar una bala en el corazón sin apenas ruido incluso antes de que tengas tiempo de pedir ayuda. No obstante, no tengo intención alguna de hacerte daño, pero debes contestar con sinceridad a las preguntas que voy a hacerte. Dime los nombres de todos los viajeros que se alojan en este momento en tu hotel.

—¡Ah! ¡Lo sabía! —dijo con tono huraño, encogiéndose de hombros y sin mirarme—. Quieres comprobar mi registro... ¡Viene tanta gente! Se quedan un día o dos, y después desaparecen... ¡No conozco de memoria los nombres de todos mis clientes!

—Muy bien. En ese caso, necesitarás un poco de ayuda. ¿Quién está en la tercera planta?

—No lo sé.

—¿Una mujer?

—No.

—¿Un hombre solo?

Dudó un instante.

—Sí.

—¿Y no tienes idea de quién es ese hombre?

—Es un viajante... creo. Llegó anoche.

—Bien... ¿Y en la segunda planta?

—Un estudiante de derecho, un empleado del *Luxembourg*...^[14]

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Perfecto. Y en la primera planta, ¿a quién tenemos?

—Un profesor de piano.

—¿Solamente?

—Sí.

—¡Mientes!

El rostro rubicundo del hotelero palideció.

—Debes decirme quién es el cliente que tratas de ocultar.

—¿Quieres ver mi registro?

—No; quiero que hables. No te dejaré salir de aquí. Te conozco y podrías tratar de

escapar.

El hotelero, confundido, no paraba de moverse en su silla. Mi mirada, que no se apartaba de él, parecía mortificarle.

—Te he dicho que quiero una respuesta.

—¿Y si no te la doy?

Tomé la pistola y me dirigí hacia él.



—Te mato como a un perro —dije con frialdad.

Se sobresaltó de miedo y, mirándome con la insolencia de un descarado parisino, dijo:

—¡Ah!, no te atreverás. Me río de tus amenazas... Estás tratando de asustarme... Una pistola hace demasiado ruido. ¡No... no te atreverás a disparar!

—Presta atención —continué con el mismo aplomo, señalando una de las rosas

marchitas que florecían en el papel de la habitación—. ¿Ves esta flor?

Apunté mi arma hacia la pared, se escuchó un ruido apenas comparable al de un golpe de látigo, y la rosa se convirtió en un punto negro.

—Esta mancha es una bala —dije, levantándome—; si dudas en responderme, miserable, te atravesaré el corazón como taladré esta flor, con la misma velocidad y sin apenas ruido. Te lo vuelvo a repetir, ¿quieres responderme?

El hotelero se puso lívido. Su arrogancia había dado paso a un terror indescriptible.

Abrió la boca para hablar; pero, deteniéndose de pronto, estampó su puño sobre la mesa.

—No —exclamó—, ¡no puedo decirlo!

—¡Ah! ¡No puedes decírmelo! ¡Ah! ¡Te niegas a responderme! Bueno, yo sé... yo sé cómo se llama ese hombre... Es el hermano del miserable que apareció contigo en la audiencia y que escapó de Toulon... ¡Su nombre es Joseph Pichet!

—¡No es verdad! —gritó Lanseigne, cuyo rostro se iluminó de pronto—. ¡Su nombre es Louis Ringard!

La respuesta de Lanseigne me demostró que mi artimaña había resultado exitosa.

¡Estaba en lo cierto! Louis era el nombre de guerra del bandido. De un gran salto me acerqué al hotelero, le agarré por el cuello, me volví, y le empujé con fuerza a un rincón de la habitación. Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, yo estaba fuera del cuarto, que cerré con dos vueltas de llave a mi espalda.

Me apresuré a regresar a casa para quitarme el disfraz y volver a la acción.

Maximilien se había animado tanto con su relato, que se detuvo un instante para recuperar el aliento.

—Así pues —le dije tras un momento de silencio—, el autor del crimen, según usted, ¿es el antiguo jefe de la banda?

—No sé... No sé... —respondió con seriedad—. Yo trato de conocer los hechos; sacaré conclusiones más tarde.

»Veamos, pues, un primer resumen de los acontecimientos: en la habitación del señor Bréhat-Kerguen se encontró una carta firmada por *Boulet-Rouge*.

Continué mis investigaciones sin perder tiempo. Compré de segunda mano un traje de campesino. Me corté el pelo, lo cubrí con una peluca rubia, y me afeité el bigote.

Una hora más tarde, me presenté en la mansión Bréhat-Lenoir. Me abrió el señor Prosper, que no me reconoció.

—¿Qué desea? —me preguntó, en un tono que me probó que observaba con menos rigurosidad las reglas de cortesía con respecto a sus inferiores que hacia sus

superiores.

—Busco trabajo —respondí con el aire más estúpido que pude adoptar—, y me gustaría ser empleado como ayuda de cámara.

—¿Alguna vez ha servido?

—Sí, en provincias.

—¡Ah, en provincias! ¡No me gusta la gente de provincias! ¿Cree usted que el señor Bréhat-Kerguen va a tomar por criado al primero que llegue? Recibió una buena educación y tomó buen ejemplo de su pobre hermano, mi difunto amo.

—Pero —dije, insistiendo—, ¿no puedo verle?

—¡Pardiez! ¡Vuelva cuando quiera! Solo que no hace más que entrar y salir, y apenas tendrá la oportunidad de reunirse con él; se lo advierto.

—De acuerdo, volveré —le dije, sacudiendo la cabeza y exhalando un profundo suspiro—. ¡Ah! ¡Los pobres siempre tenemos grandes dificultades para ganamos la vida!

Cuando estaba a punto de retirarme, la campanilla sonó con violencia.

—¡Ah!, espere —dijo el intendente aferrándose al cordón—, probablemente sea el señor Bréhat-Kerguen.

Era él, en efecto. Recordará que le vimos pasar por debajo de la ventana de la sala el día de la autopsia.

El señor Bréhat-Kerguen tendrá alrededor de cincuenta años. Es robusto, con un cuello de toro, los brazos muy largos y enormes manos cubiertas de pelo. Hay algo rudo y salvaje en él. Se sabe que siempre ha vivido lejos de las ciudades en su castillo de Bretaña, en mitad de sus brezales, como un jabalí en su guarida. Su pelo canoso está siempre muy enredado. Un oscuro mechón cae de lado sobre su frente, uniéndose a sus grandes cejas negras que cobijan dos ojos grises muy penetrantes. Su tez es oscura y sus labios muy gruesos. Lleva una barba gris cortada a cepillo y camina arrastrando ligeramente la pierna izquierda. Es, en suma, un individuo bastante desagradable.

Me dirigió su primera mirada.

—¿Quién es? —preguntó al intendente con un gruñido digno de un oso—. ¿Quién es ese?

Prosper hizo tres o cuatro reverencias y le explicó lo que me había llevado allí.

—¿Un criado? —respondió el bretón encogiendo los hombros—. ¿Y qué quiere que haga? ¡Tengo más criados... de los que necesito!

Nos dio la espalda y comenzó a subir las escaleras. Para entonces yo albergaba serias dudas sobre el éxito de mi empresa, cuando el señor Bréhat-Kerguen, cambiando de opinión, se detuvo en un escalón y gritó sin volverse:

—¡Vamos!... ¡Suba conmigo!

Le seguí. Llegamos al segundo piso, sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, presionó el perno cinco o seis veces, como para asegurarse de que nadie había entrado en su ausencia; luego empujó la puerta, y una

vez dentro, la cerró tras de mí.

Me encontré en una habitación sencilla con vistas al patio.

Frente a la ventana, un escritorio; al fondo del cuarto, una gran cama con dosel, un par de sillas y dos sillones tapizados en terciopelo de Utrecht; hasta aquí todo el mobiliario. Cerca de la chimenea, un gran baúl de cuero.

Más tarde me enteré de que, hurgando tras ese baúl de cuero, fue donde el señor Prosper encontró la nota de *Boulet-Rouge*.

El señor Bréhat-Kerguen abrió la ventana, levantó las persianas, que estaban medio cerradas, y la luz del día penetró en la habitación.

Colocó una silla frente al ventanal.

—¡Siéntese aquí! —me dijo.

Luego, se colocó de espaldas a la ventana y comenzó a preguntarme sobre mis antecedentes, mis costumbres, mis conocidos..., con toda la minuciosidad de un juez de instrucción.

Pero yo ya había planeado, de camino allí, una fábula que recité sin vacilar y sin interrupción alguna. Y cuanto más explícitas eran sus preguntas, más me proporcionaba mi mente —excitada por este tipo de lucha— respuestas categóricas y consistentes de acuerdo al rol de criado que estaba desempeñando.

Pareció satisfecho tras el examen, pues, después de pensarlo un momento, caminando a lo largo y ancho de la habitación, se detuvo frente a mí, diciendo:

—De acuerdo, le tomo a mi servicio. Partiremos para Bretaña... tan pronto como sea posible. Baje y dígame al intendente que venga a hablar conmigo.

¡Estaba contratado!

XI

Tres días más tarde, supe por el señor Prosper —que me trataba con una especie de lástima arrogante y me daba buenos consejos cada vez que mi rústica simplicidad atraía la ira de mi amo—, supe, decía, por este honesto intendente, que estaban a punto de retirar los precintos por encargo de Bréhat-Kerguen y el señor Castille, los parientes más próximos del difunto.

De hecho, alrededor de las ocho de la tarde llegó el juez de paz asistido por su escribano, para proceder a esta operación y confeccionar el inventario.

Yo había esperado este momento con una impaciencia indescriptible. Por fin iba a entrar en la habitación donde había tenido lugar el crimen. Iba a cumplir con el propósito por el que me había revestido de tan penoso disfraz. Después de estudiar íntimamente al hombre, iba a estudiar íntimamente sus objetos personales.

Así pues, a las ocho en punto, el señor Prosper exclamó en un tono que denotaba disgusto:

—El señor le llama. El juez y el señor Castille estarán también. Me ofrecí para ayudar y alumbrarles, pero el señor se negó y me pidió que le avisase. Tome esta lámpara... es mejor que la otra. Vaya, pues... imbécil... ¡está derramando el petróleo! Vaya, vaya enseguida, el señor le espera.

El juez había llegado, al igual que el señor Castille, sobrino del difunto.

Entramos en la sala donde se había celebrado la autopsia. El magistrado procedió a retirar los precintos con mucha seriedad. Cuando hubo retirado el último sello y la última tira de papel, Bréhat-Kerguen no pudo reprimir un ligero suspiro de satisfacción. El juez tomó de su bolsillo la llave que se le había confiado, y abrió la puerta.

—Pase primero —me dijo—; alúmbrenos.

La habitación se había mantenido en el mismo estado en que se encontraba el día del crimen. La cama estaba todavía sin hacer y las sábanas colgaban sobre la alfombra.

Era la última estancia de la casa; sus ventanas daban al jardín. Advertí que estaban sólidamente enrejadas. El mobiliario, incluso aquí, era pobre y humilde, en comparación con la inmensa riqueza de la persona fallecida.

A pocos pasos de la cama se encontraba el famoso escritorio. Los cuatro asistentes se dirigieron en primer lugar hacia ese lado.

—Aún no se ha encontrado el testamento, ¿verdad? —graznó el juez.

—No —respondió el señor Castille, que parecía muy nervioso y dirigió a su vecino, el señor Bréhat-Kerguen, una mirada llena de ira contenida.

Él permaneció impasible.

—¡Vamos! —replicó el juez, sin dejar de buscar—. Tal vez tengamos más suerte en esta ocasión.

¿Eran ilusiones mías? Me pareció que una imperceptible sonrisa había asomado a los carnosos labios del bretón.

Los documentos fueron removidos de nuevo, los registros abiertos y examinados con cuidado; y, tras una hora de intensa búsqueda, no se halló ni una palabra que pudiera indicar la última voluntad de Bréhat-Lenoir.

—Verá, señor —dijo el juez de paz al señor Castille—, he hecho todo lo que está en mi poder. Parece claro que su tío no dejó testamento alguno. ¿Tiene conocimiento de que el fallecido pudiera tener más documentos, aparte de estos?

—No, señor —respondió el heredero decepcionado, sobre cuya frente perlaba el sudor—. No. Mi tío me dijo mil veces que guardaba todos sus documentos y todo su oro en ese escritorio.

—¡Oh!, en cuanto al dinero —replicó el magistrado—, suponemos dónde está. Pero es muy extraño que no se encuentre el testamento... No obstante, la mitad de mi trabajo está hecho... Ahora procederé a la elaboración del inventario.

El escribano se dirigió a una mesa, depositó su maletín repleto de papeles y se dispuso, con la pluma sobre la oreja y la nariz levantada, a tomar nota de las indicaciones de su superior.

En ese momento percibí cómo la mirada de Bréhat-Kerguen —al que no había perdido de vista ni por un instante, sin que él lo notara—, se fijaba con preocupación en uno de los lados de la chimenea. Fue solo un segundo, e inmediatamente volvió a su aire indiferente y fiero.

Seguí su mirada.

El reloj del fallecido, un magnífico Breguet de doble caja de oro enriquecido con piedras preciosas, estaba colgado de un clavo junto a la chimenea.

«Qué estúpido ladrón», pensé, «que mata a un hombre para forzar un escritorio en el que sabe que no encontrará más que algunas monedas de oro, y desprecia un reloj de tres mil francos».

Se comenzó por inventariar los muebles, mesas, sillas, sillones...

—¡Veamos ahora esos cortinajes! —dijo el juez, acercándose a la ventana—. Alumbra, muchacho... ¡Hum!... ¡Son de damasco de seda!

El pequeño escribano levantó la vista.

—Yo más bien creo —dijo— que lo que tenemos aquí es damasco de lana. Mi padre y mi tío lo vendían; puedo distinguirlos.

Surgió un debate entre el magistrado y su amanuense por esa grave cuestión. Mientras tanto, yo observaba cuidadosamente las ventanas que, como ya le he relatado anteriormente, estaban provistas de un sólido enrejado; además, el cerrojo estaba reforzado por un grueso candado. «No entró, pues, por aquí», pensé.

Al examinar cuidadosamente la alfombra que llegaba hasta el ventanal derecho, me pareció advertir manchas de barro —no sé si recuerda que el 2 de enero llovió

mucho, y después hizo un frío de perros—. Es como si alguien se hubiera escondido detrás de las cortinas, junto a la ventana, por un tiempo.

Anoté entonces este hecho en mi memoria.

Fue el juez de paz quien ganó. El pequeño escribano terminó por aceptar que en los cortinajes había más de seda que de lana.

—Bien, no hay que olvidar esta alfombra —continuó el magistrado—. Vamos, hijo —añadió, dirigiéndose a mí—, pose la lámpara en el suelo.

Hice lo que me pedía y, tras unos instantes de minuciosa exploración, vi una huella de pisada casi imperceptible, marcada en arena amarillenta sobre la alfombra. Dicha huella partía de la ventana y se dirigía hacia la cama.

—Muy bien... —dijo el juez—... una alfombra muy ordinaria... ¡Ah, para un millonario es bastante sencilla! ¡Y esa cama... de nogal!... ¡Y qué forma! Vea, señor —añadió riendo y volviéndose hacia el señor Bréhat-Kerguen—; su hermano, que tanto temía a los ladrones, dormía en una cama bajo la que podría haberse ocultado toda una banda de cuatros.

Me pareció advertir que las gruesas cejas del bretón temblaron ante estas palabras pronunciadas con indiferencia por el magistrado. Seguidamente se procedió al inventario de los objetos que decoraban la chimenea.

Cuál fue mi sorpresa cuando mis ojos se posaron en el clavo del que colgaba el reloj unos instantes antes. ¡Había desaparecido!

Y, sin embargo, ¡yo no había perdido de vista al señor Bréhat-Kerguen!

Al cabo de media hora el inventario de la habitación estaba terminado, y se procedió a inventariar otras estancias.

A las once, todo había concluido.

XII



¿Aún no había descubierto —dijo Maximilien tras un instante de descanso— la razón por la que el señor Bréhat-Kerguen había decidido tomarme a su servicio. Apenas me había dado una sola orden hasta ese día, cuando me hizo llamar para ayudar al juez de paz y llevar la lámpara. Salvo en esa ocasión, parecía haber olvidado por completo mi existencia.

No obstante, esta razón que yo desconocía se me reveló el día después del inventario. Esa jornada, alrededor de las siete, me encontré con el señor Prosper, cuyo pequeño rostro expresaba el más intenso disgusto.

—Imagínese —dijo—; me envía a entregar esta carta cerca de la Bastilla. No ha querido tomar un recadero, el viejo avaro... Pretende que vaya yo mismo... y sin tardar... con esta nieve y este frío, suficiente para enfermar.

Se alejó murmurando, y luego se volvió:

—¡Ah!, a propósito —dijo—. Quiere que suba usted a su habitación inmediatamente.

Encontré a mi viejo bretón en bata, con la cabeza envuelta en un pañuelo y fumando una gran pipa.

—Coja una escoba y un plumero —me dijo en su habitual tono arrogante—, y acompáñeme.

Tomé los dos objetos solicitados. Bajamos un piso y entramos en la habitación del difunto.

—Todo está en un estado terrible —gruñó mi amo, echando un vistazo al desorden de la habitación—. Debe ordenar, barrer, quitar el polvo... y rápido, ¿me entiende? Empiece por esta alfombra.

Tiró de los cordones de las cortinas. A la luz del día, las huellas eran más visibles todavía. El señor Bréhat-Kerguen pareció notarlo igualmente, y cerró los cortinajes con precipitación.

—Empiece por barrer la alfombra... ¡y hágalo a conciencia!

Y mientras yo realizaba esta tarea bastante lenta y torpemente, como podrá usted imaginar, vi el rostro del viejo bretón enrojecer de repente; después lanzó una impetuosa maldición.

—¡Más rápido!... Le he dicho que tengo prisa... ¡Ah! —continuó a media voz—, si pudiera agacharme yo mismo; si no tuviera este maldito dolor de riñones, hace tiempo que lo habría hecho todo yo mismo...

Cuando me acerqué a la cama, el señor Bréhat-Kerguen pareció dudar un instante.

—Limpie también por debajo de la cama —dijo escuetamente.

Me agaché, y comprendí la renuencia con la que me había dado la orden cuando

distinguí bajo el lecho, netamente dibujadas la una al lado de la otra, dos huellas de polvo amarillento como las que había visto cerca de la ventana y en la habitación.

¡Se había escondido bajo la cama! Las huellas eran las de dos tacones de bota. Fíjese bien en esto: estaban colocadas del lado de la cabecera de la cama, lo que confirmaba y explicaba una observación anterior que yo había hecho, y de la que le hablaré enseguida.

Como comprenderá, puse mucho cuidado en no hacer desaparecer estos acusadores indicios.

—Ahora —dijo mi amo tan pronto hube terminado— quite las sábanas y lávelas tan pronto como sea posible. No me agrada mantener por más tiempo la ropa de cama de un muerto.

Me pareció que hablaba del trágico final de su hermano con cínica indiferencia. Tomé las sábanas, las enrollé y me las puse bajo el brazo.

—Puede retirarse —ordenó el señor Bréhat-Kerguen—. Ordenaré el escritorio yo mismo.

Me fui rápidamente a la habitación que me habían asignado y, después de haberme encerrado con una doble vuelta de llave, me dispuse a examinar las sábanas que había retirado.

Aquí el filósofo interrumpió de nuevo la historia. Parecía cansado, y se lo hice notar.

—Sí, parece que voy a tener una nueva crisis. Siento una fatiga extraordinaria. Durante una semana mi mente ha estado sometida a un trabajo excesivo del que únicamente le relato lo más importante. Si supiera cuántas horas de reflexión he pasado noche y día para llegar a coordinar todos los hechos y sacar una conclusión... ¡Si pudiera llegar al final!

Luego, tras un momento de pausa, me dijo:

—¿No tendrá un vaso de aguardiente de frutas que darme? Creo que me haría bien.

Abrí la despensa de los licores y se lo ofrecí. Bebió uno tras otro tres vasos de ron; después suspiró y reposó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Confieso —dije, tomando asiento frente a él cerca de la chimenea—, que su historia me inspira extrañas dudas. Creo estar asistiendo a un sueño mágico que despliega ante mí figuras extrañas... Ahora que parecía sospechar del viejo líder de una banda como autor del crimen... parece acusar al señor Bréhat-Kerguen del fratricidio...

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del filósofo, que entrecerró los ojos.

—Paciencia —dijo—; usted no ha llegado al final del sueño, y yo no he llegado al

final de la historia. Pronto tendrá más motivos de asombro.

»Todavía no le he hablado del doctor Wickson. Es tiempo de decir dos palabras al respecto.

»Volvamos, si lo desea, al día de la autopsia. Le dije en su momento que mi opinión formal era que tanto la justicia como usted habían sido engañados mediante un hábil ardid. Pero todavía no le he hecho partícipe de otro descubrimiento que vino a convertir esa mera opinión en una firme convicción. Aquel día pude notar que, al acercarse al cuerpo, el primer movimiento del médico indio fue recolocar una esquina de la sábana sobre los pies del difunto. Este gesto naturalmente a usted se le escapó, pero yo pude advertirlo y de inmediato voy a aclararle todo el asunto.

La tarde de aquel día —unas dos horas después de dejarle— volví a la mansión de Bréhat-Lenoir y, pretextando ante el señor Prosper que me había dejado olvidado un documento importante que usted me había encargado que recogiera, subí a la habitación donde yacía el cadáver.

Me acerqué al cuerpo y levanté la tela que cubría sus pies. Me llamó la atención inicialmente la forma tan especial de los miembros inferiores de la víctima. Tenía un empeine deformado por una elevación, una protuberancia del tamaño de un huevo.

Tras un breve examen vi una pequeña mancha negruzca rodeada por un círculo de color púrpura en el talón del pie derecho.

Como no tenía un instante que perder, saqué una navaja del bolsillo y, practicando una incisión en ese lugar, recogí en la caja de mi reloj algunas gotas de un líquido amarronado mezclado con sangre que se escapaba de esta pequeña herida.

Al regresar a casa analicé inmediatamente ese líquido. Sabe que he estudiado química —¡qué no habré estudiado yo!—, pero me fue imposible reconocer cuál era la sustancia que había recogido.



No obstante, no me rendí. Compré un conejo vivo y, tomando una gota del líquido desconocido con el extremo de una aguja, le di un ligero pinchazo en la pata.

Murió fulminado al cabo de diez segundos.

Así pues, ¡ahora ya sabía cuál había sido el arma del crimen!

Se trataba del curare^[15], ese sutil bebedizo que los indios mezclan con el veneno de las serpientes, y cuyos efectos tóxicos son de una velocidad espantosa.

El asesino se había escondido bajo la cama esperando el sueño de la víctima; a continuación, cuando estuvo seguro de que dormía, pasó su mano con la aguja envenenada por debajo de las sábanas, y practicó en el talón de la víctima este sutil pinchazo mil veces más seguro y más terrible que una puñalada en el corazón.

He aquí otro hecho establecido y confirmado por la pequeña mancha de sangre que encontré en las sábanas de la cama, en el lugar donde debían estar los pies de la víctima. Estamos muy lejos, como puede ver, de la historia del arsénico.

Para mí el asesino no es el desventurado Guérin; es el señor Bréhat-Kerguen, y podría, mañana mismo, con las evidencias que he acumulado, hacerlo detener por el tribunal... ¡Pero quiero ir más lejos!

Y, puesto que es necesario asignar a cada crimen un culpable, demostraré que no

se trata del robo de unas cuantas monedas de oro, ¡sino de la ocultación de un testamento y un robo de tres millones!

XIII

La historia de Maximilien Heller me impresionó profundamente. Admiraba aquella maravillosa lucidez, aquella observación categórica y perspicaz, y aquella pasión por la verdad que había conducido a mi extraño amigo a acercarse de ese modo a los flancos del asesino para espiar todos sus gestos, todas sus miradas, y sorprender casi hasta sus pensamientos.

Expresé en términos muy vehementes mi admiración a Maximilien.

—¡Oh! —me respondió, con una sonrisa un tanto melancólica—; no se apresure a felicitarme... aún no he llegado al objetivo. Sé quién es el asesino, sé cuál es el arma del crimen... Pero aún restan tres puntos oscuros: ¿cómo entró el asesino en la habitación de la víctima? ¿Qué relación existe entre el señor Bréhat-Kerguen y *Boulet-Rouge*? ¿Qué papel tiene el doctor Wickson en este crimen? En el futuro daré solución, eso espero, a las dos primeras preguntas. En cuanto a la tercera, pretendo resolverla lo antes posible. Tengo poco tiempo y necesito aclarar este punto antes de marcharme de París.

—¿Cómo? ¿Se marcha?

—Obviamente; acompaño a mi... amo a Bretaña.

—¿Y cuándo se va?

—No lo sé todavía; pero creo que el señor Bréhat-Kerguen tiene buenas razones para querer marcharse lo antes posible... tal vez mañana o pasado... Así que, como ve, no tengo tiempo que perder. He venido a verle, pues, porque usted puede ayudarme a levantar el último velo que me oculta todavía la verdad.

—¿Yo? —exclamé sorprendido.

—Sí. Por eso no tengo duda en pedirle un pequeño servicio, y este preámbulo, que sin duda le habrá parecido demasiado largo, no era más que una introducción a mi petición.

—Hable, mi querido amigo; me hará muy feliz poder serle útil, y contribuir, en la medida de mis posibilidades, al éxito de su valerosa empresa.

—Usted es pariente lejano de la condesa de Bréant, ¿verdad?

—Sí, es mi prima, una mujer encantadora... Espero que no albergue sospechas sobre su participación en el crimen —añadí sonriendo.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Maximilien con una sonrisa—. Tal vez sea un poco cómplice.

—¿De veras? Usted me asusta.

—Dígame..., ¿su prima no da un baile esta noche?

—Sí, e incluso tuvo la amabilidad de invitarme. Pero no voy a asistir.

—Le ruego me disculpe, pero acudirá al baile y, además, me presentará.

—¿Qué? ¿Usted quiere...?

—Le sorprende, ¿no es así? Bueno, usted me entenderá cuando sepa que el doctor Wickson estará entre los invitados.

—¿Y quiere proseguir con sus investigaciones durante esta velada?

—Exactamente. Dado que para llegar a mi objetivo no he dudado en enfundarme la vestimenta de criado, no flaquearé ante la necesidad de vestir el traje de bailarín.

—¿Usted baila...?

—¡Pues claro! Como un joven casadero. Entonces, acordado, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Venga a buscarme esta noche a las diez. Yo me encargo de presentarle a mi hermosa prima.

—¡Muchas gracias! —dijo Maximilien levantándose y estrechando mi mano.

—Pero, ¿cómo se ausentará de la casa esta noche?

—El señor Bréhat-Kerguen se acuesta todos los días a las nueve. Tengo llave del jardín y el callejón. Puedo entrar y salir sin ser visto.

—¡Nos vemos esta noche, entonces!

—¡Hasta la noche!

XIV

Hacia las diez vi llegar al filósofo. No le reconocí en un principio, pues el traje que vestía era un disfraz no menos perfecto que aquel con el que se me había presentado durante el día.

Se atavió con gran refinamiento. Un traje negro delineaba su elegante figura. Llevaba el pelo ondulado con esmero, un fino bigote adornaba sus labios, y su rostro austero había adoptado esa expresión sonriente y llena de frivolidad típica de los hombres acostumbrados a la vida mundana. Una gran camelia florecía en su pecho.

—¿Y bien? —dijo, tendiéndome la mano—. ¿Qué piensa de mi nuevo traje?

—Es usted el hombre más extraordinario que conozco... y le agradezco de antemano las felicitaciones que voy a recibir de mi prima por haberle traído tan digno caballero.

—¿Sí? Tengo buen aspecto... y sin duda le resultará difícil reconocer en mí al febril desdichado que vio hace quince días entre su gato y su botella... ¡Ay! —añadió con un suspiro—, no estoy menos débil ni menos enfermo que aquel día... La energía que me impulsa es ficticia, lo sé bien, y las consecuencias serán terribles. Mi única esperanza, mi único deseo, es poder concluir mi tarea. Y entonces... ¡que pase lo que tenga que pasar!... Moriré en mi buhardilla... Pero veo que está listo. Vamos, ¿no le parece? Soy como un perro de caza y no quiero perder de vista a mi presa ni un solo instante.

Mi primita, la condesa de Bréant, era la más perfecta encarnación de la parisina fina, elegante, delicada y mundana. Estaba casada desde hacía dieciocho meses; aún no tenía veinte años.

El conde de Bréant era un señor muy rico, de buena familia, que había desperdiciado su juventud entre placeres y que, llegado a cierta edad, había recogido los dispersos fragmentos de su corazón para ofrecérselos a la más cautivadora de las damas.



Formaban una pareja encantadora. Édile amaba a su esposo porque era elegante, distinguido, la había convertido en condesa y le regalaba los más ricos adornos y las joyas más hermosas; porque, en pocas palabras, satisfacía todos sus caprichos con la inagotable ternura de un padre que mimaba en demasía a su adorada hija.

El conde de Bréant amaba a su querida Édile porque esta nueva vida, que había comenzado a mitad de su carrera, le llenaba de un gozo inefable y puro, y porque le debía una felicidad desconocida hasta entonces. Cuando ella pasaba brillante y deslumbrante por los dorados salones, los cuales animaba con su alegría y juventud,

le gustaba contemplarla con esa alegría melancólica y dulce que sentía el viajero, cansado y desilusionado de aventuras lejanas, a la vista del campanario de su pueblo y la patria de la que nunca debió salir.

Ella amaba el mundo con locura, pues reinaba en suprema adulación. El conde, que no tenía otra voluntad que la de su esposa, ni otros placeres que los suyos, abrió sus enormes salones, y puesto que su pequeña reina era la más bella, la más admirada y la más celebrada, ¡era feliz!

Esto hacía encogerse de hombros a otros caballeros.

—¡Oh, primo! —dijo Édile, viniendo a sentarse a mi lado y tomando mis manos —, qué amable has sido trayéndonos a este maravilloso bailarín. Acabo de bailar un vals con él y nunca me he sentido tan ligera. He sentido que tenía alas en los hombros... Dime, pues... ¿se quedará mucho tiempo en París?

—No, mi querida Édile, se va en unos días, pero estoy seguro de que su pesar será grande cuando conozca la excelente opinión que tienes de él.

Me hizo una pequeña mueca y desapareció entre una nube de muselinas.

Maximilien llegó cinco minutos después, y me sonrió cuando le hice saber el entusiasmo que había despertado en la reina de la casa. Luego, bajando la voz de pronto, dijo:

—Aquí está. ¡Cuidado!

De hecho, el doctor Wickson acababa de entrar en uno de los salones. El conde de Bréant se apresuró a reunirse con él y le estrechó la mano calurosamente. Diez años antes el médico le había salvado la vida a una de las hermanas del conde, y este le guardaba la más profunda gratitud.

Cuando se corrió la voz de que el doctor Wickson había llegado al baile, todos quisieron ver de cerca a este hombre tan célebre. Sus prodigiosas curaciones habían despertado tanto revuelo en París que, incluso después de diez años, el recuerdo aún no se había desvanecido.

Los bailes cesaron y los bailarines se apretujaron a su paso. Él sonrió sutilmente y caminó entre la multitud con un altivo aire de triunfador. El conde le presentó a Édile, a la que saludó con afectada cortesía, y luego se dirigió al salón de juego.

Habían dispuesto las mesas en un elegante invernadero que se abría a los salones, el cual había sido construido por encargo del conde para su querida Édile. Los jugadores estaban instalados tras los macizos de rododendros, camelias y azaleas; la otra parte del invernadero había sido reservada para los bailarines, y de tanto en tanto se veía pasar, por entre el follaje inundado de luz, una elegante pareja que acudía en búsqueda de un poco de reposo y frescor en medio de aquella primavera artificial.

Wickson se situó en una mesa de juego. Mientras se inclinaba para sentarse, no

pudo reprimir un leve grito de dolor.

—¿Le pasa algo, doctor? —le preguntó su contrincante, que no era otro que nuestro viejo amigo, el procurador del rey, señor de Ribeyrac.

—Dios mío, sí —respondió el inglés, sacudiendo la cabeza—; tengo un fuerte dolor en los riñones. ¡Ah!, señor, nosotros los médicos sanamos a nuestro prójimo; pero cuando se trata de sanarnos a nosotros mismos, ¡somos los más ignorantes!

Vi las hojas de un macizo de rododendros estremecerse ligeramente tras el doctor. Maximilien estaba en su puesto. Yo volví al salón. Mi amigo, el señor Robert Cernay, acababa de llegar. Estaba en el centro de un grupo de damas que parecían muy animadas. Algunas jovencitas se habían unido al grupo y se escuchaban exclamaciones en todas direcciones.

—Una historia de ladrones... ¡Oh!, es fascinante... ¡Cuéntenos!

—No —dijo alegremente Robert en su defensa—; eso perturbaría su sueño durante al menos diez noches seguidas.

—Pero, señor... —replicó una hermosa muchacha de pelo rubio—, es mi madre quien lo pregunta.

—Sí, sí, señor, cuéntenos... —dijo mi prima corriendo—. Las muchachas están un poco cansadas, y sería un encantador interludio.

—Sus deseos son órdenes para mí, condesa —respondió Robert a la pequeña soberana—. Comienzo mi historia sin demora.

—¡Ah! —exclamó el coro jubiloso.

Y todos aquellos bonitos ojos brillaron de placer, pues las historias de ladrones eran populares entre las damas.

XV

Pero al menos, señoritas —comenzó Robert—, no esperen una historia de ladrones de opereta con sombreros puntiagudos adornados con plumas, botas blandas y bigotes encerados. Mi hombre —pues la banda estaba compuesta por un solo hombre—, lo juro, no tenía la menor poesía.

»Era un individuo rudo, muy vulgar, una especie de oso enfurecido envuelto en una capa adornada con pieles. Su rostro estaba oculto por una gruesa bufanda y un sombrero calado hasta los ojos.

»El jueves pasado paseaba por la rue de l'Université; eran alrededor de las diez de la noche. A mi espalda escuchaba desde hacía un tiempo un paso fuerte e irregular, cuando de pronto sentí que me cogían por el brazo.

—No te muevas, ni grites pidiendo ayuda —dijo rápidamente en voz baja—; sería inútil, y además no quiero hacerte daño.

Traté de liberarme, pero la poderosa mano del desconocido aferraba mi brazo como un tornillo.

—¡Tengo un pequeño favor que pedirte! —continuó el extraño individuo—. Sé quién eres, sé que tienes una gran fortuna y no te negarás a prestarme quinientos francos.

—¡Maldito! ¿Qué te crees? —repliqué al ladrón, que yo tomé por alguien escapado de la cárcel de Bicêtre—. ¿Te parece que llevo esa cantidad encima?

—¿Y este reloj de quinientos francos que compraste ayer en el Palacio Real? ¿Y este broche de diamantes de mil francos que tu tía Ursule te regaló por Año Nuevo?

Me quedé de piedra, «Es un bromista», me dije a mí mismo, «que pretende divertirse a mi costa».

—No tienes tiempo que perder —prosiguió enérgicamente. No quería más que quinientos francos en un principio, pero ya que te muestras obstinado, debes darme el broche o el reloj.

Escuché el ruido de un carruaje que se acercaba.

—No voy a darte ni un céntimo —dije resueltamente—; y si no te esfumas de inmediato, llamaré a la policía.

—¡Oh! ¡La policía! —me respondió con una gran carcajada—. Hace tiempo que la conozco, y antes de que acuda en respuesta a tus gritos, te habré estampado contra el pavimento. Ya ves que no estoy bromeando. ¡Obedece!

El carruaje se acercaba al trote. Mi agresor echó una mirada de preocupación a sus espaldas. Soltó mi brazo. Entonces vi el destello de la hoja de un puñal, pero antes de que hubiera tenido tiempo de levantarlo contra mí, le di un golpe de hombro tan violento en el pecho que el coloso cayó rodando sobre las piedras del enlosado

que bordeaban la acera. Dejó escapar una terrible maldición; creo que le rompí los riñones.

En ese momento, el coche pasó quemando el pavimento e hizo un afortunado desvío que me permitió alejarme rápidamente del lugar de combate.

Un estallido de risas alegres siguió a la historia de mi amigo. Todos le felicitamos por su valentía y la serenidad que había demostrado en tan difícil circunstancia.

En medio de este coro de alabanzas se escuchó de pronto la áspera y discordante voz de una anciana cubierta de joyas a quien la historia parecía haber provocado una extraordinaria impresión.

—¡Es espantoso! —gritó, acercando una botella de sales aromáticas a su larga nariz—. ¡Un asesino en las calles de París!... ¡Rue de l'Université, señor, es donde yo vivo!... ¡Oh, Dios mío! ¡No osaré salir de mi casa!

Nos las arreglamos para calmar a la anciana, que parecía estar al borde de un ataque de nervios. Las danzas se reanudaron tras una breve interrupción y el baile pudo proseguir con renovada animación.

Me dirigí hacia el invernadero. En el umbral del último salón me reencontré con Maximilien Heller.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Hace trampas horriblemente —me respondió en voz baja.

Seguidamente se apresuró a invitar a la señora de Bréant, con el fin de que no reparase en su prolongada ausencia.

Entré en el invernadero. En torno a la mesa de juego vi a tres o cuatro hombres de pie, inmóviles, con los ojos intensamente fijos en el tapete verde. Me uní a los curiosos. Después de diez minutos, el inglés estiró su larga mano hacia el gran montón de oro a su izquierda y lo hizo desaparecer con una flema imperturbable. Su oponente se puso en pie. Estaba terriblemente pálido. Le oí susurrar al oído del doctor Wickson:

—Tendré el honor de devolverle el resto mañana al mediodía.

Los espectadores se miraron sorprendidos. Uno de ellos dijo:

—Ya es la quinta partida que pierde. Ese médico diabólico ha ganado contra todos hasta el momento.

No obstante, Wickson posó sus pequeños ojos grises —que brillaban como ascuas— sobre los hombres que le rodeaban. Y con una voz que delataba el orgullo del triunfo, exclamó:

—Vamos, señores, ¿quién ocupa su lugar? ¡Confío en que no me dejarán ganar así toda la noche y que alguno de ustedes me pedirá la revancha!

Hubo un momento de vacilación en el grupo.

—¡Veamos! —repitió el doctor—. ¿Quién se sienta frente a mí?

—¡Yo! —dijo una voz apagada.

Todos se apartaron y apareció Maximilien Heller.

Se le veía muy pálido, con el ceño fruncido y los ojos lanzando un oscuro fuego. Pude ver en él, en aquel momento, al hombre febril y salvaje que apareció ante mí el día que le conocí.

El elegante bailarín había dejado paso al vengador de Louis Guérin.

El inglés frunció ligeramente sus gruesas cejas rojas, y escondió tras una sonrisa —que trató de afectar amable— la sorpresa y la ira que sentía.

—Espero, señor —dijo—, que sea lo suficientemente afortunado como para superar la mala suerte que ha perseguido hasta ahora a estos señores.

Maximilien permaneció en silencio, y lanzó a su adversario una mirada fría y penetrante a la que él respondió con un guiño en el que pudo leerse una cierta inquietud.

Entonces el filósofo tomó las cartas entre sus afiladas manos, las repartió, las examinó cuidadosamente y las contó tranquilamente una a una.

Una sombra atravesó la frente del doctor Wickson. Los espectadores se miraron entre sí, no sin cierta sorpresa.

—Le toca dar a usted, señor —dijo Maximilien secamente, tendiendo las cartas a su adversario.

Los testigos de esta extraña escena eran jugadores consumados; sus corazones se habían endurecido hacía mucho tiempo y se habían vuelto casi insensibles ante las conmovedoras emociones del juego. No obstante, la visión de estos dos hombres —luchando tan fría y silenciosamente, cruzando sus miradas como dos cuchillas brillantes—, era estudiada y observada con la misma atención y sangre fría que si se tratase de dos atletas dispuestos a enfrentarse, ofreciendo así un espectáculo singularmente emocionante.

Esta lucha duró un cuarto de hora que nos pareció un siglo. Los adversarios parecían de fuerza similar. Cada uno tenía cuatro puntos. Finalmente Maximilien dijo con una sonrisa y sin perder de vista al inglés:

—¡El rey! ¡He ganado!

El doctor Wickson se sobresaltó violentamente en su silla. Un suspiro de alivio se escapó del pecho de todos los presentes, y aquellos que habían apostado recobraron sus ganancias, no sin felicitar calurosamente a Maximilien Heller.

El filósofo se inclinó y, volviéndose hacía su oponente, dijo:

—¿Quiere una revancha, señor?

—No, gracias —replicó el médico indio levantándose—. Había dicho que jugaría hasta que perdiera. Ahora puedo retirarme.

En ese mismo instante vimos llegar al conde de Bréant, que parecía muy preocupado.

—¡Ah! —dijo, al ver que nos retirábamos de la mesa de juego—, me alegra que

renuncien a esas malditas cartas, mis queridos amigos. He sabido que el señor L. ha perdido una suma considerable, y venía a pedirles que pusieran fin a un ardor que temía que tuviera, lo confieso, consecuencias fatales.

El doctor Wickson se inclinó al oído del señor de la casa.

—Tranquilícese —dijo en voz baja—, soy yo quien ha ganado esa suma. Quería darle una pequeña lección a ese atolondrado, Pero puede confiar en mi delicadeza; no se repetirá.

El conde de Bréant estrechó con efusión la mano del honesto inglés.

—Dígame —continuó este—, ¿quién es ese joven alto y pálido que se dirige hacia el salón?

—Es un chico encantador, según parece. Nos ha sido presentado por el primo de mi esposa.

—¡Ah!, ¿y su nombre...?

—Su nombre... ¡a fe mía! No puedo recordar su nombre...

El doctor Wickson siguió a Maximilien con la mirada; su expresión era aterradora.

XVI



enamos. Era muy tarde, de modo que la mayoría de las bailarinas y los bailarines ya se habían marchado. No quedaban más que los intrépidos, aquellos que gustan de ver la salida del alba.

Durante la cena, el doctor Wickson atrajo la atención de todos con su brillante conversación. Inicialmente relató una cacería de tigres a orillas del Ganges, y las extraordinarias aventuras que había vivido en un viaje emprendido por los desiertos de Australia.

Más tarde, apasionó al auditorio con las historias sobre los Pieles Rojas. Fenimore Cooper, autor de muchas historias sobre los indios americanos, estaba entonces muy en boga y todo el mundo sentía interés por los Sioux, los Pawnee y los Delaware; el doctor era escuchado con tanta atención que todas las demás conversaciones privadas cesaron repentinamente.

En medio de un silencio solemne, no se oía más voz que la del inglés. Luego, tras una serie de transiciones que sería demasiado largo enumerar, relató ese tipo de historias que hacen tan felices a los parisinos... sobre el señor Fulano de Tal, la señorita Esto-y-Aquello, la señora Una-cosa-y-la-Otra... Ese diablo de hombre parecía saberlo todo, y se podía vislumbrar, por sus hábiles reticencias, que sabía todavía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me pareció una especie de conde de Saint-Germain. Había visto todos los países, conocido a todos los hombres célebres de los cinco continentes, e incluso parecía —y esto era más extraordinario aún—, que había vivido en varios países al mismo tiempo.

Como por encima de todas las cosas le gustaba hablar de sí mismo y sus hazañas, no tardó en referirse a las famosas curaciones que efectuaba.

La atención de los oyentes se redobló.

—Sí, señoras y señores —dijo levantando la voz—. Estoy seguro de que podría decirles qué enfermedad padecen y, al mismo tiempo, indicarles un remedio, simplemente sosteniendo la mano de uno de ustedes durante un minuto entre las mías.

—¡Increíble! ¡Increíble! —Se escuchó gritar por doquier.

Estaban a punto de pedirle al médico que les hiciera una demostración cuando Édile, quien prefería las notas de la orquesta a la voz del doctor y el cotillón a una conferencia médica, se levantó para dirigirse hacia los salones, y fue seguida por todos.

Mientras el baile se reanudaba, se había formado un numeroso corrillo alrededor del médico indio.

Todos querían saber el mal que les aquejaba y probar un poco de aquellos polvos invisibles que tenían tan prodigiosos efectos.

El inglés se prestó con sumo gusto a cumplir el deseo que le requerían.

—¡Oh!, señor —dijo en tono doliente la anciana de las joyas—. Si usted descubre el mal que me aqueja, le proclamaré el mejor médico del mundo.

—La recompensa es demasiado preciosa —respondió galantemente el doctor—, para que no trate de merecerla.

La gran dama se sonrojó y le tendió su delgada mano al inglés.

El doctor pareció reflexionar durante unos segundos.

—Sí, está usted muy enferma, de hecho.

—¿Verdad que sí, señor?

—Sí... —repitió el doctor—. Sufre un malestar general, sin que los síntomas determinen su origen positivamente.

—Eso es, señor, eso es.

—Palpitaciones en el corazón.

—¡Oh! ¡Sí!

—Bueno, yo la curaré —prosiguió el inglés con un aplomo imperturbable.

Se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño paquete de papel blanco.

—Tome estos polvos dos veces al día —dijo—. En una semana su dolor habrá desaparecido.

Édile se aproximó al grupo.

—Vamos, señoras —dijo con su alegre voz, mientras aplaudía con sus pequeñas manos—. Estos señores las reclaman. ¡No es un baile para leer la buena ventura!

El conde de Bréant dirigió a su esposa una tierna mirada que tenía la intención de ser un reproche por la irreverencia con la que hablaba sobre la ciencia de su invitado. Pero Édile fingió no verlo, y le dio la espalda tan gentilmente que este feliz marido no pudo dejar de pensar que tenía la mujer más encantadora del mundo.

—Excúseme, señora —dijo el doctor Wickson, acercándose a ella con una pretenciosa sonrisa—. Mi humilde ciencia ha perturbado su deliciosa fiesta. Confío en que pueda concederme su perdón a fin de que, en mis largos viajes por otros continentes, no cargue con el doloroso recuerdo de haberla disgustado.

Le tendió la mano.

—Mire qué hermoso anillo de diamantes lleva la señora de Bréant en el dedo —me susurró Maximilien—, y con qué ojos lo mira el doctor Wickson... Ella se niega a darle la mano. ¡Bien! Sabia decisión.

No pude contener la risa ante la idea del filósofo, y pensé que en ese momento sus prejuicios le cegaban un poco.

—Son las tres de la mañana —le dije—. ¿No es hora de pensar en retirarse?

—Vamos a esperar unos minutos más —dijo, sin perder de vista al médico indio—. Habrá sin duda un desenlace a todo esto, y quiero verlo.

La predicción de Maximilien pronto iba a hacerse realidad.

De repente se oyó un grito penetrante; todos se volvieron hacia el lugar del que provenía el chillido, y pudieron ver a la anciana de las joyas agitando sus largos y delgados brazos, y abriendo y cerrando los ojos con espanto.

—¿Qué ha pasado? —se le preguntó por doquier.

—¿Qué?... Ah, señora, perdí mi pulsera... ¡Perdida!... ¡Perdida!... Se ha soltado de mi brazo, ha caído bajo el asiento... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Hace media hora todavía la llevaba puesta!

—¡Cálmese! —dijo Édile, que había acudido al escuchar el alboroto—. Los criados la encontrarán mañana y le será devuelta.

—¡Oh, no la apreciaba por su valor económico!... ¡Era un recuerdo!

—¡Eso no es cierto! —me dijo mi maliciosa prima en un susurro, acercándose.

Una hermosa dama, de opulentos hombros y brazos de una blancura cegadora, se aproximó en ese momento a Édile. Parecía muy preocupada.

—Querida, estoy realmente angustiada —dijo en voz baja—. Ya conoce ese anillo de brillantes que mi marido me regaló hace tres días... Creo que lo he perdido al quitarme el guante. ¿Sería tan amable de pedir a sus criados que lo busquen mañana y me lo devuelvan?

—¡Oh, Dios mío! —gritó una señorita—. Yo también he perdido mi pulsera.

—¡Mi broche! —exclamó otra joven.

—¡Mi reloj! —gritó un hombre robusto que había pasado la noche en la recepción.

Mi pobre primita se tornó lívida de la impresión.

—He aquí el desenlace —dijo el filósofo, tomando mi brazo—. Retirémonos sin perder un minuto.

El doctor Wickson se había escabullido sigilosamente.

En el vestíbulo nos encontramos con el conde de Bréant, quien reprendía a su mayordomo.

—Figúrese —dijo estrechando mi mano—. ¡Han desaparecido cinco cubiertos de plata y no ha sido posible encontrarlos!

Salimos a toda prisa del desvalijado palacete y subimos a un carruaje que partió al trote.

Maximilien Meller no dijo una palabra durante el viaje. Parecía sumido en una profunda reflexión, y yo respeté su silencio.

Cinco minutos más tarde, se apeaba a la entrada del callejón que bordeaba el hotel Renard Bleu, y que comunicaba por una puerta baja con el jardín de la mansión de Bréhat-Lenoir.

XVII



El día siguiente, durante la sobremesa recibí la siguiente carta:

«Mi querido doctor,

Partimos esta noche a las ocho para Bretaña.

Esta mañana, el señor Bréhat-Kerguen me miró en varias ocasiones con una atención que me pareció de mal agüero. Luego, después de ordenarme que subiera a su habitación, me sometió a un nuevo interrogatorio, no menos detallado ni menos minucioso que el anterior. Salí airoso con el mismo decoro, es decir, fingiendo siempre la misma necesidad.

¿Tendrá algún tipo de sospecha? Me siento más inclinado a creer lo contrario después de que, a raíz de tales preguntas, me anunciara que iba a tomarme a su servicio definitivamente y que tenía que estar preparado para salir esa misma noche hacia su castillo en Bretaña.

Lamento mucho no poder despedirme personalmente, pero mi amo me vigila con extrema cautela, y me resulta imposible salir.

Usted siempre ha sido muy benevolente con mis “rarezas”, por lo que me creo autorizado a pedirle un nuevo servicio.

No sé cuánto tiempo durará mi ausencia. Tal vez nunca volvamos a vernos, de modo que le nombro mi albacea. Le lego todos mis documentos y mis libros. Si muero, queme mis manuscritos sin leerlos. En especial me gustaría que hiciera desaparecer la pila de papeles que le he mostrado — ubicados a la izquierda, en mi cuarto—, y que contienen la historia de mi triste vida.

¡Adiós de nuevo! Le escribiré a menudo para mantenerle al corriente de todo lo que haga y todas mis averiguaciones.

Le pido que me advierta igualmente de cualquier novedad que llegue a su conocimiento.

Atentamente,

Maximilien Heller».

Permanecí algún tiempo pensativo tras leer esta nota escrita con mano firme. Apenas lograba comprender el singular propósito que guiaba al filósofo al seguir los

pasos del criminal. ¿Qué secretos esperaba descubrir? ¿No era más sencillo y menos peligroso denunciarle ante la justicia y dejar que esta se encargara de desentrañar el misterio y desenredar la madeja?

Una empresa tan peligrosa, ¿no podía malograrse bruscamente? Este disfraz, esta simulación constante me parecía por encima de toda capacidad humana. El señor Bréhat-Kerguen podía sorprenderle un día con las manos en la masa, concebir la más mínima sospecha, y acabar con su vida. Estaba a su merced en aquel lejano castillo en Bretaña, y el asesino no recularía ante la idea de un asesinato para salvaguardar su impunidad. Con Maximilien muerto, todo aquel andamiaje de pruebas tan laboriosamente construido sucumbiría con él, y Louis Guérin acabaría en la horca.

Para cumplir con los deseos que me había expresado Maximilien, me dirigí hacia su buhardilla, empaqueté una enorme cantidad de libros y manuscritos, y ordené que los trasladaran a mi casa. Así mismo, aparté la pila de papeles que contenían sus *Memorias* y las deposité en un cajón de mi escritorio.



SEGUNDA PARTE



I

Para la prosecución de la historia, le cedo la palabra a Maximilien Heller, quien casi cada día me enviaba el diario de su vida y la crónica de sus observaciones. Conservé aquellas cartas y ahora las publico en orden cronológico y sin alterar una sola palabra, pues creo que dan una idea exacta del carácter de este extraño filósofo.

«Chartres, 17 de enero

Partimos ayer a las ocho de la tarde. Hacía un tiempo horrible. Los truenos rugían con tanta furia que no pude pegar ojo en toda la noche. El señor Bréhat-Kerguen alquiló la berlina e hizo que ocupara el asiento junto al suyo. No me quita los ojos de encima en ningún momento. Ayer mismo, tuve que ingeniármelas para echar al correo las palabras que le había escrito. Esta mañana, mi señor, que parecía exhausto, se echó en la cama del albergue y aproveché para escribirle apresuradamente, temiendo que despertara a cada instante.

No me responda antes del 25 de este mes. Deberá dirigir sus cartas a la oficina central de correos de Loc-ahr —próximo a Locnevinen—. Encontraré el modo de anticiparme y retirarlas.

Desearía saber, en primer lugar, si el doctor Wickson se encuentra aún en París y si se han producido nuevos robos tan audaces como los sufridos en casa de la señora de Bréant.

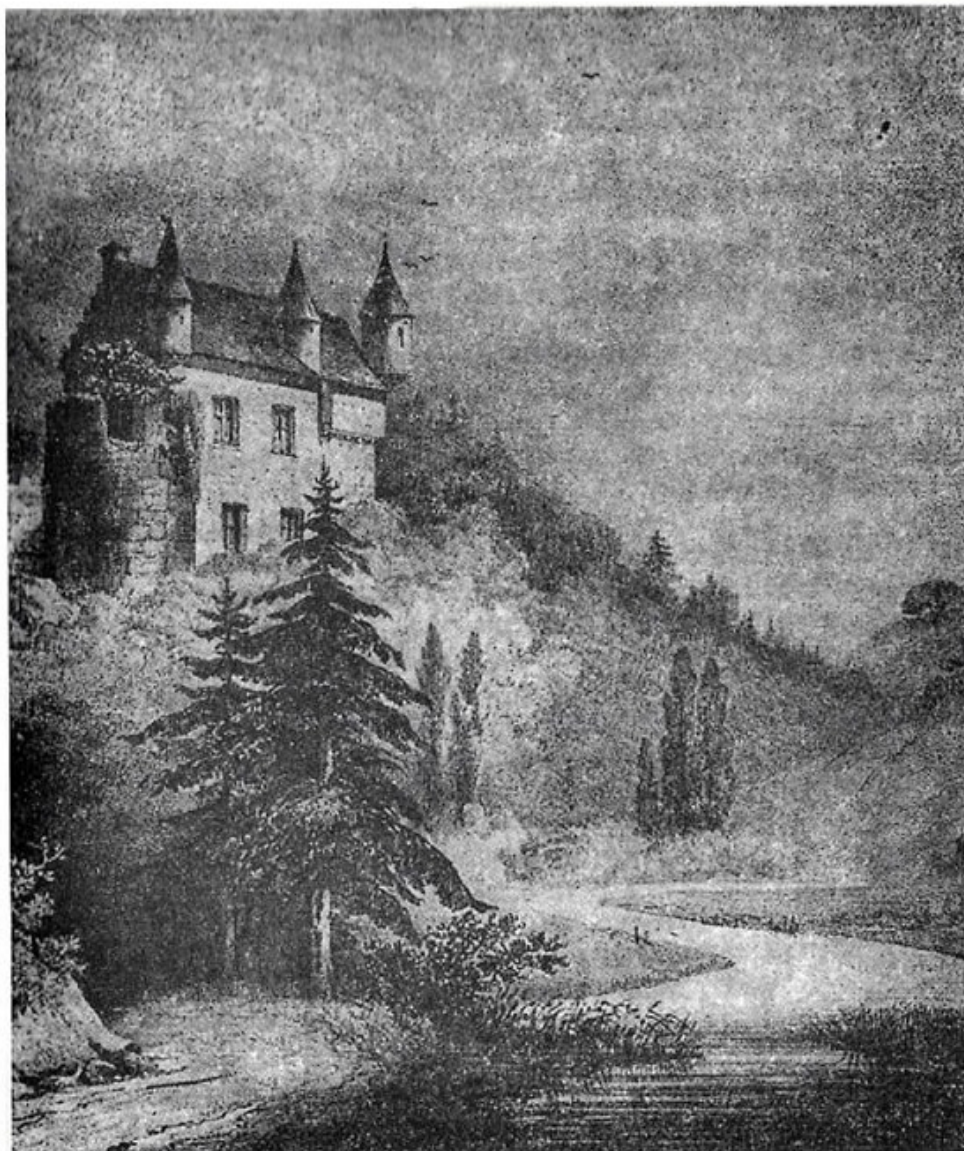
A este respecto, cuando vea a su encantadora prima, dígale que calme sus inquietudes. Los cinco cubiertos de plata que fueron sustraídos, así como los anillos, brazaletes, relojes, etc., de sus invitados, serán devueltos a sus legítimos propietarios antes de...».

La carta terminaba bruscamente. Sin duda, el señor Bréhat-Kerguen se había despertado en ese momento y Maximilien no tuvo tiempo de terminar su epístola.

Recabé la información solicitada por el filósofo. El doctor Wickson había abandonado París y nada se había mencionado sobre otros robos o ataques nocturnos.

«Kerguen, 22 de febrero

... El castillo de Kerguen linda con un gran bosque de abetos, a dos leguas de la aldea de Loc-ahr. Es una antigua construcción ruिनosa, con elevados muros, ennegrecidos por el paso de los siglos y perforados por pequeñas ventanas cuyos cristales azulados están engarzados en plomo.



Esta centenaria residencia tiene algo de fantástico y siniestro. Diríase que se asemeja a una tumba que se eleva en medio del sombrío follaje de los abetos.

Reina un silencio sepulcral. Llegamos por la noche, a través de un camino que la nieve había socavado.

Mi señor se apeó en primer lugar; golpeó la cancela en repetidas ocasiones mientras profería graves injurias —las únicas palabras que le oí

pronunciar durante nuestro viaje—. Un lugareño medio dormido apareció para abrirla.

Era el jardinero, una especie de idiota que no comprende más de tres o cuatro palabras en francés y que parece subyugado con la obediencia pasiva de una bestia.

Atravesamos el enorme jardín y llegamos a un pequeño patio mal pavimentado, al fondo del cual se alza, sobre algunos peldaños, la puerta de entrada de este sombrío castillo.

En el momento en que el señor Bréhat-Kerguen puso el pie en el patio, escuchamos un sordo gruñido procedente del rincón más oscuro del mismo.

Mi amo se volvió bruscamente.

—¡Ah! ¡Ah! Jacquot, ¿estás despierto? —dijo, lanzando una risotada—. Está bien, muchacho, reconoces a tu amo y quieres darle una afectuosa bienvenida. ¿Cómo estás, viejo camarada?

Y pronunciando estas palabras se aproximó al rincón de donde provenían los gruñidos de una fiera salvaje. Distinguí entonces, en medio de aquella oscuridad, una enorme alambrada que cerraba aquella zona del patio y, tras ella, una masa marrón que se movía pesadamente.

Escuché el ruido ensordecedor de una puerta de hierro y, al avanzar algunos pasos, pude ver a mi señor dentro de aquella especie de jaula abrazando tiernamente a un oso gigantesco.

El animal emitía pequeños aullidos de placer.

Aquella sorprendente escena duró aproximadamente un minuto.

—¡Hum! —masculló mi señor tras abandonar a su salvaje amigo—. Jacquot es un buen muchacho cuando se le conoce... pero si alguien, aparte de mí, osara acercarse, lo devoraría con sus magníficos dientes.

Aquellas palabras parecían dirigidas a mí. Pero como no tenía intención alguna de arrimarme a Jacquot, su amenaza no me intimidó.

El señor Bréhat-Kerguen subió los peldaños de la escalinata y se despidió del jardinero, quien residía en una pequeña y ruinosa casa ubicada junto a la cancela del jardín.

Introdujo en la cerradura una gigantesca llave; la puerta giró sobre sus goznes, chirriando, y volvió a cerrarse con un estruendo que hizo temblar los decrepitos muros.

El propietario del castillo sacudió su encendedor y alumbró un farolillo suspendido en la pared.

Nos hallábamos en un largo corredor, al fondo del cual se divisaban los peldaños de una gran escalera de piedra.

—¡Sígame! —dijo el señor Bréhat-Kerguen rudamente.

Subimos dos plantas. La distribución de este antiguo castillo tiene, a mi modo de ver, una extraña disposición. A cada lado del rellano se extienden

dos estrechos corredores, sobre los que se despliegan simétricamente distanciadas las puertas de las habitaciones. Tal parece un antiguo convento con sus sombríos pasillos y sus celdas.

—Esta es su habitación —me dijo el señor Bréhat-Kerguen, empujando una de esas pequeñas puertas bajas y haciéndome pasar a un cuarto húmedo y mal amueblado—. Encontrará la leña en ese rincón.

Dirigió la luz de su farol hacia mi rostro y sus diminutos ojos grises me examinaron con atención.

—Está usted a mi servicio —dijo, enfatizando cada una de sus palabras—. Estará presto a obedecerme en cualquier momento del día y de la noche. Su trabajo, por cierto, no será extenuante... Pero le prohíbo expresamente que ponga un pie fuera de los muros del jardín. Me concedo un derecho sin límites sobre su persona; si violara usted mis preceptos le castigaré con mis propias manos. Por lo demás, si usted me obedece en todo, si me complace, recibirá una recompensa que, este bien seguro de ello, nadie podrá igualar.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, su mirada me pareció aún más clara y penetrante. A continuación, me dio la espalda con un brusco movimiento y se marchó.»

II

«Kerguen, miércoles noche



demás del jardinero, de quien ya le he hablado y que parece haberse quedado en la niñez, el señor Bréhat-Kerguen tiene a su servicio a una anciana ama de llaves que no habla ni una palabra de francés. Mi señor come en exceso y bebe aún más. Su vino, por cierto, es excelente.

Tras el almuerzo, que tomó al mediodía, se encerró en sus aposentos del primer piso. En su ausencia, dediqué mi tiempo a dar un paseo por el jardín, bien florido y plantado de soberbios frutales en espaldera.

Mientras cruzaba el parterre, contemplé a Jacquot tendido a lo largo de su jaula, calentándose bajo el tibio sol de enero.

Es un magnífico oso negro que parece dotado de un gran instinto feroz. Tenía entre sus enormes garras un enorme pedazo de carne sanguinolento, que devoraba con una avidez que podía dar lugar a ciertas reflexiones.

Al verme pasar, levantó su pesada cabeza y emitió un sordo gruñido.

Paseé durante una hora por el jardín, intentando encontrar, en vano, el modo de hacerle llegar las cartas que pretendía escribirle cada día.

Aquella caminata al aire libre me sentó muy bien. Mi cabeza ardía y la brisa del norte, que soplaba con violencia, me refrescó.

Cuando regrese a París comenzaré con los baños de agua fría.

Aproveché aquella hora de paseo para inspeccionar meticulosamente la distribución de este sombrío castillo. Conté ocho ventanas en su fachada. No me resultó difícil reconocer la ventana de mi habitación porque, para facilitar mis pesquisas, había tenido el cuidado de dejarla abierta. Era la tercera por la derecha.

Según lo que pude sonsacarle al viejo jardinero, creí comprender que los aposentos del propietario del castillo se localizaban justo encima del cuarto que me había sido asignado.

Delante de la fachada se alza un hermoso abeto noruego que, en su elevada altura, alcanza la ventana ojival de mi habitación.

Hice un recorrido por el castillo, pero, en el ala sur, todos los postigos estaban cerrados. Parecía que aquellas habitaciones jamás habían sido ocupadas.

Me disponía a entrar de nuevo en la fortificación cuando mis ojos se

vieron atraídos por un objeto brillante que subía lentamente a lo largo del muro del huerto. Debería usted saber que tengo el sentido de la vista extremadamente desarrollado.

Me aproximé lentamente a lo largo de la espaldera, a fin de descubrir aquel nuevo misterio. En aquel lugar del jardín hay un hermoso vivero de aguas límpidas cuyos bordes tocan sobre el muro, que en aquel punto se encuentra un poco deteriorado.

Permanecí alrededor de cinco minutos observando.

De repente, las aguas del vivero se agitaron violentamente, círculos ondeantes corrieron unos detrás de otros y pude ver una magnífica trucha que, saliendo de su elemento, subió a lo largo de la pared a fuerza de sacudidas que hacían resplandecer sus escamas.

No crea que le estoy contando una historia fantástica; en breve le desvelaré la explicación de tan singular fenómeno.

La trucha yacía suspendida sobre el criadero por una fina cuerda y, cuando la recorrí con la mirada, advertí en lo alto del muro dos pequeñas y delgaduchas manos que tiraban del cordel y del pescado.

Avancé sigilosamente y, poniéndome de puntillas, aferré las manos del desconocido pescador entre las mías.

Un débil grito de espanto retumbó al otro lado del murallón y, al instante, surgió de entre las piedras cubiertas de musgo la aterrada y embarrada figura de un niño de unos doce años con los cabellos de un color rubio cenizo.

—No me haga daño, señor —me dijo el muchacho en un pésimo francés y con voz suplicante—. ¡Le prometo que no lo volveré a hacer!

—¡Ah! ¡Pequeño furtivo, te pillé! ¿Qué diría el señor Bréhat-Kerguen si supiera el modo en que pescas sus truchas?

Pero como necesitaba tener de aliado a aquel muchacho, que parecía dotado de gran inteligencia, no me mostré irritado ni utilicé un tono brusco. Él, con una perspicacia insólita en los niños, pronto se percató de que no era yo un ogro presto a devorarlo.

Así pues, la expresión de terror dibujada en su rostro desapareció de repente, dando paso a un inocente desconcierto.

Me miró durante algunos segundos, y acto seguido me preguntó bruscamente:

—¿Es la primera vez que visita la aldea?

—Sí.

—¿Es usted amigo del señor Bréhat-Kerguen?

—No exactamente.

—¿Quién es usted, entonces?

—Intenta adivinarlo.

Liberé sus manos. Se agachó unos centímetros, posó sus sonrosadas

mejillas sobre sus puños cerrados, y me miró sorprendido de pies a cabeza con unos grandes ojos azules.

—¿Que quién es usted? ¡*Ma doué!*^[16] No lo sé. ¿Ha venido con él desde París?

—Sí.

—¡Ah! ¿Es usted parisino, entonces?

Me miró con mayor atención. Parecía estar buscando en su cerebro la respuesta a aquel misterio que tanto le intrigaba.

—Escucha —le dije con tono serio—, pareces un buen muchacho; te diré quién soy. El señor Kerguen me empleó a su servicio en París como ayuda de cámara y me ha traído con él. Sabrás que mi señor tiene unas ideas un poco... singulares...

—¡Ah! ¡Lo sé! —exclamó riendo con tono burlón.

—Pues bien, figúrate que me ha prohibido salir del jardín. ¿Por qué? No lo sé. Será uno de sus caprichos. Ahora bien, necesito ir al pueblo. ¿Podrías hacer tú el encargo en mi lugar?

Deslicé en su mano una pequeña moneda de plata que hizo que sus ojos se abrieran como platos.

—¡Palabra de Jean-Marie! —exclamó absolutamente convencido—. Pídame lo que usted quiera, que lo haré.

—Ten... ¿ves esta carta? Necesito que vayas al pueblo y la eches al correo sin que nadie te vea.

Sus gestos indicaron aún mayor desconcierto. Probablemente creía que el servicio que requería no guardaba proporción con la principesca recompensa que había recibido por anticipado.

—Pero eso no es todo. Necesito que me prometas que no revelarás a nadie del pueblo mi presencia aquí.

Sacudió la cabeza enérgicamente en señal de asentimiento.

—También quiero que me prometas que vendrás cada día a este mismo lugar para que te haga nuevos encargos.

—¡Oh! —me dijo con su gesto malicioso. No tema... soy muy puntual.

—Si quedo contento contigo te dejaré pescar, sin delatarte, las truchas del caballero, y además, te daré todas las semanas una moneda de plata como esta. Pero, ¡ay de ti, si me traicionas! Se lo contaré todo a mi señor.

Sonrió con ligero aire triunfal:

—¡Le doy mi palabra de honor!... No le traicionaré, puede contar conmigo... Sin embargo —añadió, tras un momento de reflexión—, no le prometo venir cada día. A veces mi madre me envía a vigilar a nuestra vaca, allí en aquella colina y está demasiado apartada como para alejarme del prado. Sobre todo porque Morena es muy lista. Si viera que me ausento, se comería las coles del padre Le Goalou como ya hizo una vez... Pero esos

días, le enviaré en mi lugar a la pequeña Rose —mi hermana gemela—; cumplirá bien sus encargos, no tema, ¡y sin decir nada a nadie!... Somos como dos gotas de agua: la reconocerá fácilmente.

Le entregué mi carta —la que está fechada el día 22—. La ciñó a su cinturón, y a continuación envolvió en un gran pañuelo cubierto de hierba fresca las truchas que había pescado.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró contemplando su botín—. ¡El viejo Ruk se lleva hoy una buena ración!

—¿Quién es el viejo Ruk?

—Nuestro vecino. Es muy viejo y está enfermo... Cuando la pesca va bien, la compartimos y le damos la mitad.

Me maravilló la candidez de aquel niño, quien contemplaba el tributo jornalero que obtenía del vivero del propietario del castillo como un bien legítimamente adquirido.

—Pero —agregó, sacudiendo su bonita cabellera rubia— en invierno, ¿ve?, no hay nada que hacer... nada, excepto la pesca... siempre pescado... ¡Ah! En verano es diferente; ¡hay fruta! Mire, ¿ve allí, en aquel rincón, ese robusto árbol inclinado contra el muro?... Es un peral... ¡Oh! ¡Y qué peras! ...

Y mientras pronunciaba esas palabras, se le inflaron las mejillas y brillaron de gozo sus ojos.

—¿Y cómo haces para cogerlas?

—Con una vara puntiaguda... Las hago caer al suelo y luego las pincho.

—¿Nunca bajas al jardín?

—¡Oh! No, en absoluto... Le explico..., por el día está el viejo jardinero, que me detesta y me ha dicho que sí me pilla me arrancará las orejas; y de noche... está... ¡Jacquot!

La voz del niño tembló ligeramente al pronunciar las últimas palabras.

—¡Ah! Sí... el oso... ¿Es muy fiero?

—¿Si es fiero? ¡Ah, *ma doué!* —exclamó Jean-Marie—... Lo sueltan cada noche cuando el señor se encuentra en el castillo, y él merodea por el jardín gruñendo... y gruñendo... Algunas veces se le escucha desde el pueblo. Una noche, el perro del viejo Ruk saltó al jardín y echó a correr tras él, y eso que el perro del viejo Ruk era enorme como un becerro, ¡pues bien! Jacquot le esperó y le devoró. ¡Imagínese qué me haría a mí!

—¿Hace mucho tiempo que el señor Kerguen tiene a ese malvado animal?

—¿Qué? ¿Si hace mucho tiempo?... ¡Ah! Creo que sí; Jacquot es viejo. Mi madre me ha contado la historia a menudo. Hace diez años, durante las fiestas del patrón de Loc-ahr, vino un hombre grande y corpulento acompañado de Jacquot, al que hacía dar vueltas alrededor de la plaza. Por lo

visto su señor vio a este hombre... y quiso comprarle el oso... ¿entiende?... Le hizo venir hasta el castillo con Jacquot y por la noche el hombre regresó al pueblo, sin su bestia, mostrando a todo el mundo las monedas de oro que había recibido del señor... Comentó por todas partes que estaba feliz de haberse desembarazado de Jacquot porque resultaba muy costoso alimentarle... y que con ese dinero viviría el resto de sus días... Pero parece ser que el animal no era tan feroz en un primer momento... Fue el señor quien le convirtió deliberadamente en una fiera peligrosa. Le pegaba y no le daba de comer.

—Sin embargo, parece que Jacquot se muestra afectuoso con el señor Kerguen.

—¡Oh! No hay riesgo de que dañe al señor, ni siquiera al jardinero... Tienen un secreto para eso... lo agarran, no sé de qué modo, por la piel del cuello, cerca de la oreja... algo así, mire, y...

De repente el muchacho interrumpió su discurso, puso velozmente sus peces bajo el brazo y desapareció tras el muro.

Esta precipitada fuga fue motivada por la aparición del anciano jardinero al fondo del parterre.

Disimulé mirando con indiferencia los peces que retozaban en las aguas del vivero; el viejo idiota pasó por mi lado sin sospechar nada en absoluto.

Me había liberado de un gran peso y una tremenda inquietud; y pensaba ahora, complacido, que podría mantener correspondencia con el exterior a espaldas de mi señor.»

III

«Kerguen, jueves

Dudo si tendré fuerzas para terminar esta carta. Estoy agotado: la fiebre me devora. Pero, a pesar de esta extrema debilidad, los acontecimientos que se han sucedido son demasiado importantes como para demorarme en el envío de mi exposición.

No se trata únicamente del deseo de satisfacer su curiosidad lo que me lleva a escribirle. Estas cartas están destinadas a servir de prueba de la acusación, en el caso de que yo muera. Además, si pasaran tres días sin que usted recibiera noticias mías, deberá entregar inmediatamente mis cartas al juez de instrucción, revelándole todo cuanto sabe hasta el momento y todo cuanto pueda averiguar.

Pero es preciso que comience el relato de los acontecimientos ocurridos en la noche de ayer. Disculpe la incoherencia de mi carta: la pluma tiembla entre mis dedos y apenas puedo conexionar mis ideas; la cabeza me arde, y me veo obligado a tomarme algunos momentos de reposo antes de escribir cada una de las frases.

Ya me encontraba indispuesto la noche pasada: la fiebre me abrasaba cruelmente, no podía posar mi cabeza sobre la almohada sin padecer insufribles dolores.

Me levanté y abrí la ventana: un viento glacial me heló la frente y sentí un gran alivio. Apoyé los codos sobre el alféizar y caí en una especie de semisomnolencia durante la cual tuve una espeluznante pesadilla. Sentía como si me trituraran la cabeza a golpe de martillo.

¿Cuánto tiempo permanecí en ese estado? No lo sé; me sacó de aquel angustioso sueño un extraño ruido que parecía provenir de una de las habitaciones ubicadas en el ángulo izquierdo del castillo.

La fiebre, sin duda, confirió a mi sentido del oído una agudeza extraordinaria.

Escuché una especie de murmullo. Eran dos voces que hablaban con cierta excitación; pero una de ellas se escuchaba con más fuerza, dominando el silencio de la noche.

Abrí la puerta con precaución y avancé algunos pasos por el corredor...

No me había equivocado: la habitación que conformaba el ángulo del castillo a mi derecha estaba habitada; un hilillo de luz se filtraba por debajo

del umbral de la puerta.

Avancé de puntillas con la esperanza de cazar al vuelo alguna de las palabras de aquella conversación nocturna. Pegué mi ojo al agujero de la cerradura, pero la llave estaba puesta y no pude distinguir a los interlocutores.

Se hizo el silencio.

Al cabo de unos segundos, se rompió este por el sonido de una voz que reconocí como la del señor Bréhat-Kerguen.

—Te repito —hablaba velozmente y con voz firme—, te repito que no puedes quedarte aquí... ¿Por qué motivo? No te importa y no tengo intención de decírtelo... Pero es absolutamente necesario que te vayas mañana por la noche... Te alquilaré una habitación en Rennes y me esperarás allí. Después huiémos juntos a Inglaterra.

—¡Tú quieres matarme! —exclamó sollozando una voz que, para mi sorpresa, resultó ser la de una mujer—. ¡Enferma como estoy, no soportaría el viaje!

—Enferma o no, es preciso que te marches, ¿lo entiendes? —respondió con dureza la otra voz—. Es necesario... sabes que no bromeo y que cuando digo una cosa, debe hacerse.

—Espera solo ocho días... en ocho días quizá esté muerta y podrás desembarazarte de mí... o bien me habré curado y podré acompañarte.

—¡Diablos! ¡Si pudiera esperar ocho días, no te forzaría a partir mañana! Pero es preciso que en ocho días estemos muy lejos de aquí. Me han descubierto en París... He dado algunos golpes que han hecho que los sabuesos de la policía tengan la mosca detrás de la oreja: no me preocupa que me atrapen... Solo necesito el tiempo justo para recoger el dinero y largarme. No puedes quedarte aquí, ¿lo entiendes?... No necesito explicarte por qué... pero no puedes. Tienes que ocultarte, y deprisa... o si no... ya sabes lo que te espera, porque tu situación no es mejor que la mía.

—¡Solo intentas asustarme!... ¿Cómo te va a encontrar aquí la policía? Tú mismo has dicho que han arrestado a otro en tu lugar.

—Sí, pero tal vez no tarden en descubrir su error. Creo que tengo a uno de sus sabuesos tras mis pasos, y mi filosofía ha sido siempre huir a la menor señal de alarma. Es mi última palabra: o partes mañana por la noche hacia Rennes, o sabes que no dudaré en deshacerme de ti si te niegas a obedecerme.

—¡Ah! ¡Miserable! ¡Serías capaz de matarme después de lo que he hecho por ti!

—¿Por mí? ¿Crees que te debo algo? Me parece que tú saliste muy beneficiada... y sin riesgo alguno por tu parte... en cambio yo...

Se hizo un silencio durante el cual oí al señor Bréhat-Kerguen pasear por

la habitación con paso agitado.

De repente se detuvo.

—¿Y bien? ¿Has decidido ya?

—¡Mira por dónde! Estoy harta de obedecerte siempre... ¡Mátame! ¡Oh! ¡Estoy enferma! No puedo ni dar un paso, ¿cómo quieres que te siga? ¡Mátame, lo prefiero! Además, un día u otro te pescarán y prefiero morir aquí que en la guillotina.

—¡Me pescarán! —respondió el otro con ironía—... ¡Ja! ¡Ja! ¡Aún tengo buenos dientes para roer las mallas de la red! Sí, tal vez me atrapen si te quedas aquí... y a ti también... pero si me obedeces, en ocho días —el tiempo de recaudar gran parte de la herencia—, iré a buscarte a Rennes y nos largaremos a Inglaterra... ¡Ni siquiera el diablo podrá encontrarnos allí!

Comprendí que la conversación estaba tocando a su fin: regresé con cautela a mi habitación y me acosté en la cama, no sin antes tomar la precaución de envolverme la cabeza con un gran pañuelo.

En efecto, al cabo de cinco minutos escuché en el corredor el torpe paso del señor Bréhat-Kerguen. Abrió lentamente la puerta de mi habitación y dirigió la luz de la lámpara sobre mi rostro.

A continuación se retiró sin hacer el menor ruido.

IV

«Kerguen, jueves

Esperé algunos minutos hasta estar seguro de que había regresado a sus aposentos y que ya no volvería. Entonces me levanté, a pesar de que en aquel momento la fiebre seguía aumentando y mi padecimiento era atroz.

Por fin vislumbraba el desenlace de esta tenebrosa historia y, a punto como estaba de llegar a buen puerto, hice increíbles esfuerzos para no sucumbir.

Avancé por el corredor apoyándome en las paredes, encorvado como un viejo.

Mi cuerpo entero tiritaba de frío, y mi cabeza ardía como un brasero incandescente.

Finalmente alcancé la puerta y golpeé dos veces los sólidos listones.

No obtuve respuesta y, pegando la oreja al agujero de la cerradura, creí escuchar en el interior de la habitación una respiración sibilante y entrecortada.

Llamé de nuevo; se escuchó un profundo suspiro... pero eso fue todo.

En aquel instante sentí que me abandonaban las fuerzas. Crispé los dedos contra las molduras de la puerta para no caer.

Me pareció, en mi febril alucinación, que los pasos del asesino resonaban en los sombríos corredores y que iba a sorprenderme descubriendo su secreto.

¡Su secreto estaba ahí, en esa habitación a la que no podía entrar! Una vez cruzado el umbral haría confesar a su cómplice y desentrañaría por fin el misterio.

“¡Quizá”, me dije reuniendo mis fuerzas en un esfuerzo supremo, “podría derribar esta puerta que se yergue ante mí como un obstáculo infranqueable! Pero el ruido llamaría la atención del asesino, y yo sucumbiría a punto de alcanzar la meta de esta ardua misión”.

Sentí el delirio de la locura invadir mi cabeza; mi mente estaba confusa, un sudor frío inundaba mi frente.

¡Oh! ¡Qué horrible momento! Si sobrevivo a tanto sufrimiento jamás podré olvidar tan angustioso trance.

Una idea obsesiva se apoderó de mí: entrar en aquella habitación. Pero,

¿cómo?

Me apoyé contra el marco de la puerta y, sujetando la cabeza entre mis manos, me esforcé en concentrar mis ideas. Aquellos instantes de reflexión me hicieron recobrar la calma.

Regresé lentamente a mi habitación, y allí me hice con una vela y una navaja que podía servirme para abrir la puerta de la misteriosa cómplice del asesino. Después me adentré de nuevo en el corredor y me detuve ante la puerta.

Enseguida advertí que la cerradura estaba cerrada con una doble vuelta de llave; imposible abrirla. Tampoco disponía de la posibilidad de desatornillar los pernos que la aseguraban a la maciza puerta de roble, pues estaba atornillada desde el interior.

Una dolorosa desazón se apoderó de mí. Apoyando una mano contra la húmeda pared del corredor, regresé lentamente a mi habitación con la cabeza gacha, y me encerré en ella.

Me acosté inmediatamente, aún vestido, en la cama. Pero el estado de sobreexcitación en que me encontraba me impidió disfrutar del reposo que tanto necesitaba. Mi mente no podía apartarse de aquella habitación —a solo unos metros de distancia de la mía— en la que yacía, sin duda agonizante, la mujer que poseía aquellos terribles secretos que yo ardía en deseos de conocer.

Las palabras intercambiadas entre aquella desconocida mujer y Bréhat-Kerguen se habían grabado profundamente en mi memoria. Las repasé lentamente, meditando cada una de ellas. Por desgracia eran insuficientes para dar sentido a mi investigación.

Sin embargo, aquellos escasos instantes de conversación me habían aportado una certeza. Bréhat-Kerguen era un sesudo villano cuyo reciente fratricidio no era, probablemente, la primera de sus tentativas; además, tenía un cómplice del que quería deshacerse a cualquier precio... Y aquí, una idea terrible pasó por mi mente:

“Ha insistido”, pensé, “en que ella abandone el castillo inmediatamente; la infeliz se ha negado. ¿Vacilaría ante la idea de cometer un crimen para comprar su eterno silencio? Aparentemente, nadie sospecha de su existencia... La impunidad del asesino está garantizada... ¡Dios mío! ¡La matará esta noche, quizá!”.

“¡La matará esta noche!”.

¿Puede usted imaginar la angustia que se apoderó de mí ante semejante reflexión? ¡En pocas horas, instantes quizá, aquel único y preciado testimonio se ahogaría en sangre!

Pasaron tres horas. No obstante mis esfuerzos, y a pesar de haber tomado una considerable dosis de opio, el sueño no había logrado cerrar aún mis

párpados. Permanecí acostado sobre la cama, que parecía en llamas, mientras los escalofríos febriles que recorrían mi cuerpo me hacían tiritar. Mis ojos continuaban abiertos...

Giré la cabeza lentamente hacia un enorme reloj de plata suspendido sobre el cabezal de mi cama: marcaba las dos en punto de la madrugada.

De repente —¿se trataba de una alucinación?—, me pareció escuchar en el largo corredor un leve murmullo. Sin duda sería algún murciélago que batía sus alas contra el muro —pensé—... Pero no... el ruido persistía: parecían pasos humanos.

Me levanté, no sin dificultad. Me acerqué a la puerta de mi habitación y, conteniendo el aliento, agucé el oído. En efecto, alguien caminaba por el corredor. El paso amortiguado y extremadamente lento del paseante nocturno se aproximaba poco a poco. Lo escuché claramente pasar ante mi puerta... luego se alejó.

Aquel ruido, casi imperceptible, tenía un ritmo y una uniformidad que me impresionaron. Bréhat-Kerguen no caminaba de ese modo; su paso era irregular: ya le he dicho que arrastra levemente la pierna izquierda. Pero, si no era el señor del castillo quien se paseaba a aquella hora intempestiva de la noche, ¿de quién se trataba?

Dominado por una ardiente curiosidad, y sin pensar en los riesgos que mi imprudencia podía ocasionarme, abrí lentamente la puerta y me adentré en el corredor.

A la derecha, del lado donde se encontraba aquella misteriosa habitación a la que inútilmente había intentado acceder algunas horas antes, todo permanecía sombrío y silencioso. Giré entonces hacia la izquierda: esto es lo que vi. Al final del angosto corredor, una gran sombra oscura destacaba sobre un fondo luminoso. Aquella figura avanzaba lentamente, rígida como un espectro.

Necesitaba esclarecer aquel extraño misterio a cualquier precio. Desde el día que entré al servicio del señor Bréhat-Kerguen, llevo siempre encima, como medida de precaución, un par de pistolas de bolsillo. Las cargué y avancé —intentando amortiguar el ruido de mis pasos— hacia la sombra que se alejaba.

Caminaba velozmente; pronto me encontré a pocos metros de la aparición. Entonces, armoniqué mi paso con el suyo, redoblando las precauciones para que no advirtiera mi presencia.

No puedo expresar la emoción que me embargó desde el principio de esta misteriosa aventura. Aquella aparición, aquel espectro errante vagando por los sombríos corredores de este viejo castillo, cobijo de un asesino, tenía un no sé qué de fantasmagórico y sobrenatural. ¿Acaso alguna de sus víctimas regresaba, terrible e implacable como el remordimiento, para

sentarse a la cabecera del asesino y atormentar su sueño?

La sombra continuó avanzando con paso lento y acompasado. Había llegado al final de aquel largo corredor. Advertí entonces, gracias al resplandor que se proyectaba delante de ella, los primeros peldaños de una pequeña escalera de piedra que parecía adentrarse en la maciza muralla.

Di algunos pasos para aproximarme a ella, a fin de ver la dirección que había tomado.

En ese momento, un funesto imprevisto hizo que mi pie tropezara contra uno de los barrotes del corredor, desprendido por el paso del tiempo.

“Estoy perdido”, pensé con pavor.

En efecto, al escuchar el ruido, el paseante nocturno se giró bruscamente; el candil que tenía en la mano me iluminó de pies a cabeza.

Me detuve, con ambas manos sobre las culatas de las pistolas, decidido a vender cara mi vida si, como creía, aquel desconocido personaje era uno de los cómplices del asesino. Pero, ¿cuál fue mi sorpresa?

La sombra permaneció inmóvil, silenciosa, ante mí; parecía no haber advertido mi presencia. Avancé algunos pasos y me acerqué a ella.

Comprobé entonces que aquel ser, casi fantástico, era una mujer de elevada estatura, de marcadas y duras facciones; llevaba un madrás colorido en la cabeza; largos rizos canosos caían sobre sus hombros; un holgado chal grisáceo la cubría por entero. Su tez era pálida como la de un muerto; sus ojos, abiertos como platos y permanentemente clavados en el techo, carecían de expresión y movimiento; su boca, cerrada, dibujaba una sonrisa espeluznante.

Retrocedí aterrorizado. No había duda: ¡era ella!; la moribunda que tres horas antes había mantenido con Bréhat-Kerguen aquella misteriosa conversación de la cual había podido extraer alguna que otra palabra. ¡Era la cómplice de sus crímenes, la que atesoraba todos sus secretos!

Me precipité hacia ella decidido a amedrentarla con mis amenazas, a arrancarle, quisiera o no, las verdades que albergaba en su seno como una terrible custodia. Creí que permanecía así, inmóvil y agarrotada, porque el terror había paralizado sus fuerzas; qué fácil me resultaría, a la postre, aprovechar el terror que mi visión le inspiraba, para hacerle confesar sus crímenes y los de su cómplice.

Pero cuando acerqué mi rostro al suyo, cuando percibí la inmutabilidad de sus ojos, la lívida palidez de sus labios crispados, el húmedo sudor que empapaba sus sienes; cuando vi aquel pecho descamado que parecía abandonado por el soplo de la vida, la verdad se me apareció en todo su esplendor.

¡La infeliz sufría un ataque de sonambulismo!

Sujetaba con ambas manos un candil contra su pecho. De pronto, una de

sus manos cayó con un brusco movimiento —instintivo, por así decirlo—, y aferró mi muñeca, que quedó aprisionada como en una prensa. Sin embargo, no me miraba; sus ojos continuaban alzados. ¿Cómo había notado mi presencia? En aquel momento, sus labios se distendieron dejando escapar un débil hálito. Creí que iba a hablar: acerqué mi oído a sus labios pero su boca se cerró de nuevo. De repente se volvió y, sin retirar su mano de la mía, reanudó su lenta marcha interrumpida por un instante.

Hice acopio de todo mi valor y la seguí con determinación, sin intentar liberar mi brazo que, sometido a aquella horrible opresión, me dolía intensamente.

Avanzó hacia la estrecha escalera en la que algunos momentos antes había escuchado los primeros pasos. Descendimos por ella; conté veinticinco escalones hasta que llegamos a un rellano en el que se detuvo mi extraña acompañante. Entonces, se volvió nuevamente hacia mí murmurando ininteligibles e incoherentes sonidos. Comprendí que nos encontrábamos en la primera planta del castillo. Se extendía ante nosotros un largo corredor cuyo final se perdía en la oscuridad de la noche.

Entonces, la sonámbula soltó mi brazo, posó un dedo sobre sus labios, como pidiéndome que guardara silencio y tomó la delantera. La seguí de nuevo... tenía el corazón en un puño. ¿A dónde quería llevarme? Yo sabía que los aposentos de Bréhat-Kerguen se hallaban en esa misma planta y que la puerta de su habitación daba a ese mismo corredor. ¡Si llegara a escuchar el ruido de nuestros pasos! ¡Si, saliendo precipitadamente de su alcoba, me viera junto a la mujer que poseía el secreto de sus crímenes!... ¡No existe angustia más mortífera que la sospecha de un peligro que acecha, que se presiente, que puede surgir en cualquier momento bajo nuestros pies!

Durante aquellos instantes no respiré, no viví, todo mi intelecto se concentraba en un único pensamiento; mis ojos intentaban perforar la espesa niebla; mi oído escuchaba en alerta, a través del profundo silencio de la noche, por si percibía algún ruido procedente del fondo del corredor al que cada uno de nuestros pasos nos acercaba.

De pronto, la sombra que perseguía se detuvo de nuevo. Se volvió hacia mí, haciéndome señas para que me aproximara a ella. Obedecí. Luego, posó su esquelético dedo sobre una puerta de roble que se distinguía de las otras por las esculturas naïf —de algún artista de tiempos remotos—, que la adornaban...

No comprendí el significado de aquel gesto, ni por qué mi guía misteriosa se había detenido ante aquella puerta. Sabía que en aquella zona del castillo había habitaciones desiertas, deshabitadas desde hacía mucho tiempo y que el anciano jardinero utilizaba para guardar las frutas y legumbres en invierno.

Mi acompañante pareció advertir mi confusión. Murmuró posando de nuevo su dedo en la puerta:

—¡Está ahí!... ¿Tienes miedo, acaso? ¡Venga... tiene el sueño profundo!

¿De qué hablaba ella en su sueño? ¿Era el propietario del castillo quien ocupaba aquella habitación? Le pregunté en voz baja, muy lentamente y articulando cada palabra:

—¿Es Bréhat-Kerguen quien duerme ahí?

—Sí —respondió ella.

Y vi sobre sus labios apretados la misma sonrisa espeluznante que ya había apreciado anteriormente.

Entonces, introdujo suavemente en la enorme cerradura de hierro forjado una oxidada llave, la giró sin hacer ruido y empujó la puerta, que se abrió de par en par.

—¡Ven! —dijo.

La seguí; ella cerró la puerta de nuevo.

La habitación en que mi asombrosa guía me introdujo era una sala de medianas dimensiones, con mucha altura; las paredes estaban revestidas con tapicerías de personajes, a las que el paso del tiempo y la humedad habían carcomido los colores. El aspecto de aquella estancia me impresionó profundamente. Evidentemente, estaba habitada. Al fondo se alzaba una amplia cama con un dosel sostenido por columnas, cuyas cortinas estaban cerradas. A poca distancia de esta, un sillón con un gran respaldo sobre el que se encontraban tiradas de modo desordenado algunas prendas de hombre. Un poco más lejos, frente a la ventana en la que había suspendido un pequeño espejo de tocador, un lavamanos soportaba una pila llena de agua y jabón; sobre el velador del centro, una voluminosa gorra de piel de nutria y una fusta de caza. Sobre la prominente chimenea, donde dos leños ennegrecidos yacían sobre un grueso montón de cenizas, reposaba un fusil de pedernal^[17] de dos cañones. Finalmente, sobre una mesita de noche ubicada junto a la cama, había un candelero de cobre con la vela a medio consumir y, a su lado, un periódico abierto.

Sin vacilar, la sonámbula se dirigió hacia la cama, candil en mano. Retrocedí instintivamente y permanecí en la sombra. Una indecible angustia se apoderó de mí, temblaba de emoción y ¿por qué no decirlo?, ¡tenía miedo! Sí, ante la idea de que ese hombre —que debía tener el sueño ligero de los asesinos— se despertara de pronto, encontrándose frente a aquella desdichada mujer; ante la idea de la terrible escena que tal vez contemplaran mis ojos, me sentí invadido por un terror desgarrador. Sin embargo, estaba decidido a quedarme. La curiosidad dominaba sobre la emoción; deseaba presenciar, testigo invisible, aquella entrevista nocturna entre dos criminales. Esperaba escuchar, finalmente, de sus bocas, las terribles revelaciones que

debían poner punto y final a mis peligrosas aventuras.

Se aproximó a la cama, y retiró suavemente las cortinas cuyas anillas chirriaron sobre los rieles oxidados; a continuación se inclinó sobre la almohada; parecía como si escuchara.

Arrastrado por un impulso de curiosidad irreflexiva, estiré la cabeza hacia aquel lado. ¡Oh! ¡Sorpresa! La cama estaba vacía. Las sábanas y las mantas estaban revueltas; la almohada apoyada contra la pared.

Fui junto a mi misteriosa acompañante, que permanecía inmóvil, inclinada sobre el durmiente imaginario. Observé entonces, con gran estupor, que las sábanas de la cama estaban acribilladas de agujeros y desgarrones; diríase que durante largos años habían servido de pasto a legiones de ratas.

La mujer se enderezó lentamente y acercándose a mi oído:

—Está dormido —murmuró—... El brebaje que le hicimos tomar ha hecho efecto.

A continuación, aferró bruscamente mi mano e, indicándome el hueco de debajo de la cama, que tenía bastante altura, me dijo:

—Escóndete ahí, debemos darnos prisa.

La verdad, la terrible verdad comenzaba a ver la luz. Hice lo que me ordenaba; me tendí en el suelo junto la cama. Entonces, tomó de nuevo el candil que había depositado sobre la mesita de noche, lo escondió bajo el mantón que envolvía su cuerpo y se retiró a uno de los oscuros rincones de la habitación.

Algunos instantes después, me reuní con ella y le dije:

—¡Hecho!

—¿Ya? —replicó, exhalando un profundo suspiro.

Se acercó una vez más a la cama; pasó su mano enflaquecida sobre las mantas y, posándola en el lugar donde creía que debía estar el pecho del durmiente, esperó ansiosa, inerte.

—Sí —dijo, por fin, con voz siniestra—. Está muerto... ¡Es terrible! Es más efectivo que una puñalada... No deja rastro, ¿verdad?

Aquellas palabras salieron de su boca entrecortadas, jadeantes. La infeliz parecía abrumada por una enorme carga. Un escalofrío agitó todo su cuerpo.

Finalmente me dijo, apretando mi brazo entre sus dos manos de hierro:

—Ahora... tenemos que hacerle desaparecer... tú ocuparás su lugar... y yo seré tu mujer... ¡Seré rica!

En ese momento mis ojos cayeron sobre el periódico abierto que estaba en la mesita de noche. Me deshice suavemente de la opresión de aquella mujer y aproximé el periódico a la vela.

Tenía fecha del 25 de enero de 1836. Nosotros estábamos a 25 de enero de 1846.

Y lo comprendí todo. Aquella misteriosa escena en la que yo acababa de

interpretar un papel era, sin duda, la repetición del drama vivido diez años antes, tal día como hoy, en aquella misma habitación, junto a la misma cama.

¡Hacía diez años que el señor Bréhat-Kerguen había muerto, asesinado por un audaz criminal que había osado tomar su nombre, su fortuna e incluso sus rasgos faciales!

Esa mujer había sido cómplice del crimen y se había convertido en la esposa del asesino.

¿Recuerda usted que durante la autopsia del infeliz banquero de rue Cassette, el administrador, el señor Prosper, nos dijo que el señor Bréhat-Kerguen se había casado con su sirvienta?

He sabido después que aquella mujer se llamaba Yvonne.»

V

«Locnevinen, posada de L'Écu-de-France Viernes, once de la noche

Me vi obligado a interrumpir mi última carta, ya bastante extensa. Los acontecimientos de la noche del miércoles me debilitaron en exceso. Ayer apenas pude sacar fuerzas de flaqueza para arrastrarme hasta el muro del jardín y entregar mi carta a Jean-Marie.

Estoy encantado con mi pequeño mensajero; me parece un muchacho muy inteligente a la par que discreto. Le entregué una nota para el jefe de correos, en la cual expreso mi autorización a este funcionario para que entregue al portador de la misma las cartas que vayan dirigidas a mí. Por otra parte, creo que no permaneceré mucho tiempo en este lugar. Mi misión está tocando a su fin y, vivo o muerto, me volverá a ver usted muy pronto.

Pero es preciso que retome mi relato donde lo dejé.

La sonámbula, tras el simulacro del crimen, me arrastró velozmente fuera de la habitación y después cerró la puerta con doble vuelta de llave.

Caminaba ahora con paso ligero, tan deprisa que apenas podía seguirla. Subió la pequeña escalera encastrada en la pared y, cuando alcanzó el último escalón, se detuvo bruscamente; acercándose a mí, murmuró con voz ahogada:

—¿Lo entiendes?... ¿Lo entiendes?... Nos persiguen... Nos han visto... ¡Estamos perdidos!

Luego reanudó su carrera, encorvada, temblorosa, con los ojos desorbitados. La seguí hasta su habitación, donde se encerró. Una horrible expresión se dibujó en su lívido rostro. Finalmente se acostó, cerró los ojos y subió a la altura de su boca las mantas que mordía violentamente.

Permanecí algún tiempo de pie junto a su cama, observándola con atención. Muy pronto se calmó su respiración, la palidez de su rostro desapareció; comprendí que había caído en un sueño natural. Dejé que discurrieran los minutos; después, posando mi mano sobre su hombro, la sacudí con fuerza para despertarla. Abrió los ojos y se incorporó con un brusco movimiento. Al percatarse de mi presencia, reaccionó con un gesto de terror indescriptible. Creí que estaba a punto de gritar; rápidamente puse mi mano en su boca y le dije con tono firme:

—No se le ocurra hablar, ni pedir auxilio... es inútil; su vida está en mis manos...

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ahogada, mirándome con ojos desorbitados.

—¡Soy su juez!

Se estremeció violentamente.

—Conozco su pasado —continué con tono inflexible—, conozco su crimen. Sé que en la noche del 25 de enero de 1836 asesinó a su señor.

—¡No! ¡No! ¡No fui yo! —gritó protestando—... ¡Fue él!

—Sí, sé que no estaba sola en la habitación del señor Bréhat-Kerguen; sé que tiene un cómplice. Dígame su nombre.

Se pasó la descarnada mano por la frente cubierta de un sudor frío.

—¿Su nombre? —susurró con voz exánime—... Espere, déjeme que recuerde... se llama...

No pudo terminar la frase. Sus brazos se agarrotaron entre convulsiones; se desplomó sobre la almohada, con la cabeza hacia atrás. Creí que había muerto. En efecto, ni rastro de respiración que meciera su pecho; su cuello y manos estaban helados. Sin embargo, acercando mi oído a su corazón, creí escuchar un débil latido. Supuse entonces que se encontraba presa de esa terrible enfermedad nerviosa llamada catalepsia.

Retrocedí y me apresuré a abandonar la habitación. Después de todo, ¿qué necesidad tenía de que me revelara el nombre del asesino? ¿Acaso no lo había adivinado ya? ¿Acaso no intuía que solo un hombre era capaz de concebir aquel enmarañado de crímenes, de desplegar a un tiempo semejante audacia y destreza? Así pues, me retiré; pero cuando me disponía a regresar a mi habitación, creí escuchar en el corredor aquel paso irregular que tan bien conocía y que únicamente poseen los viejos marineros o los viejos presidiarios.

¡Era él! ¡Volvía para rematar a su víctima!

¡La fuga era imposible! Eché una mirada a mi alrededor buscando un lugar donde ocultarme.

Finalmente, me deslicé detrás de uno de los amplios cortinajes de la ventana. Eran muy tupidos; sin duda, para impedir que la luz de la habitación se advirtiera desde el jardín. Recordará usted que de ese mismo modo descubrí los ardides del doctor Wickson.

Al mismo tiempo que la cortina se cerraba de nuevo, la llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió lentamente.

El asesino parecía muy agitado. Tenía el rostro pálido y el ceño fruncido. Su peluca gris, colocada al revés, dejaba entrever un largo mechón de cabellos negros como el ébano.

Se aproximó a la cama con paso lento y, levantando la pequeña lámpara que llevaba en la mano, observó detenidamente el rostro de aquella anciana mujer.

Su frente se iluminó de repente y exhaló un profundo suspiro. La creía muerta, sin duda, y aquella muerte le ahorraba un nuevo crimen.

Tomó su mano helada, la alzó para dejarla caer nuevamente. Apoyó la oreja contra su pecho de mármol.

A continuación, se enderezó lentamente sin dejar de observar a su cómplice y, con una macabra sonrisa, salió amortiguando el ruido de sus pasos.

Cuando se volvió pude distinguir con claridad una larga aguja sobresaliendo de la bocamanga de su batín que brillaba a la luz del candil.

VI



Al día siguiente, el terrible propietario del castillo quiso que le sirviera el desayuno. Aunque agotado por los acontecimientos de la noche anterior, obedecí, por miedo a levantar sus sospechas.

Mientras comía, me miró de reojo en varias ocasiones: su penetrante mirada parecía querer adentrarse en los más secretos recovecos de mi alma.

Cuando estaba a punto de levantarse de la mesa, llamaron a la puerta.

Fui a abrir. Era Yves, el viejo jardinero, que traía una carta dirigida al señor Bréhat-Kerguen. Eché una ojeada a la dirección y vi que la carta procedía de Rennes.

Mi señor la abrió ansiosamente. En ese momento me coloqué a su espalda, y pude ver en la parte inferior de la carta una larga firma y unas iniciales indescifrables que me parecieron las de algún notario.

Leyó dos veces aquella epístola con la mayor de las atenciones; luego, se levantó lentamente y se dirigió hacia la puerta.

Cuando se encontró conmigo, clavó su mirada en la mía con cierta indecisión. Pensé que iba a dirigirme la palabra, pero probablemente pensó que era mejor guardar silencio, pues me dio la espalda bruscamente y salió.

Entonces me arrastré hasta el muro del jardín para entregarle a Jean-Marie la carta que le había escrito por la mañana.

Cuando regresé de aquella expedición, que debió durar más de media hora y que terminó por consumir toda la energía de la que me había provisto, encontré al viejo jardinero contemplando a Jacquot con aire melancólico.

Me aproximé suavemente. No me escuchó llegar.

—¡Pobre animal! —murmuró, mientras sujetaba a aquella bestia feroz por un anillo de oro que perforaba su velluda oreja—. ¡Cuánto sufrirás estos tres días!... ¡El señor me ha prohibido darte de comer hasta su regreso!

—¿Cómo? —dije yo, mientras apoyaba una mano en el hombro de aquel buen hombre—. ¿El señor Bréhat-Kerguen se ha ausentado?

El viejo idiota lanzó un grito desmedido.

—¡Ah, *ma doué!* —chilló, liberándose de mi mano—. ¡El señor me ordenó que no le dijera nada a usted! De lo contrario, ¡el bastón... el bastón!

Y huyó, levantando un brazo hacia el cielo, y llevándose el otro al hombro, como si hubiera sentido el anticipo del terrible castigo que le había sido prometido.

La verdad se manifestó ante mí en todo su esplendor. La carta recibida aquella mañana exhortaba a mi señor a presentarse inmediatamente en Rennes para rematar, probablemente, las cuestiones de la herencia.

Había partido precipitadamente, a escondidas, y había prohibido que se me comunicara su ausencia, por miedo a que, viéndome libre para actuar, me consagrara a una investigación más minuciosa y quebrantara la prohibición de abandonar el castillo.

Su prodigiosa perspicacia le ha revelado quien soy, no hay duda.

Pero entonces, ¿por qué me ha traído con él? ¿Por qué duda en desembarazarse de mí; él, que no hubiera vacilado en asesinar a aquella desgraciada que había sido su esposa si la *muerte* no se hubiera encargado de ahorrarle ese crimen? Es algo que no alcanzo a comprender.

Un sordo gruñido de Jacquot interrumpió mis reflexiones.

El oso se paseaba en su jaula; con el hocico bajo y el pelo erizado, gruñía con aspecto hambriento.

Recordé entonces la revelación que el viejo jardinero acababa de hacerme de forma involuntaria. El señor le había prohibido dar de comer a Jacquot hasta su vuelta.

¿Acaso pretendía a su regreso prepararle una comida a su gusto? Esta conclusión no me pareció en absoluto tranquilizadora, por lo que resolví no dejar ayunar a Jacquot durante mucho tiempo.

El oso se había alzado sobre las patas traseras y sacudía su enorme cabeza mientras me miraba con sus pequeños ojos que nada tenían de tiernos.

Avancé algunos pasos hacia la jaula.

El movimiento de su cabeza se aceleró... y sacó sus patas a través de los barrotes, como si quisiera darme un temible abrazo.

El anillo de oro que tenía incrustado en su oreja estaba ahora al alcance de mi mano.

Lo agarré con fuerza y pasé mi dedo, tal y como lo había hecho el jardinero momentos antes.

Bien pronto la ferocidad del oso pareció desvanecerse.

Cerró los ojos con mimosa expresión, se dejó caer sobre sus patas y se tendió a mis pies.

Ahora sabía cómo amansar a Jacquot: un punto a mi favor.

¡La ausencia del señor me concedía al menos tres días de libertad! Disponía, por tanto, de más tiempo del que necesitaba para dedicarme a las pesquisas que tenía planeadas.

Sin embargo, me encontraba tan débil en ese momento que decidí postergar la misión hasta el día siguiente.

Todo cuanto pude hacer fue subir los dos pisos y acostarme en la cama.

Ni siquiera tuve fuerzas para ir a la habitación de la enferma y asegurarme de que la muerte no había reemplazado al sueño cataléptico.

Eran entonces las tres de la tarde.

Caí en un profundo sueño del que no desperté hasta las cinco de la madrugada del día siguiente.

La fiebre había disminuido; mi mente estaba lúcida; un extraordinario vigor había insuflado vitalidad a todo mi cuerpo. Supongo que la esperanza de una inminente resolución del misterio había favorecido mi recuperación.

Esperé con impaciencia a que despuntara el día. Cuando los primeros pálidos y fríos rayos del sol de invierno se filtraron a través de los brillantes ventanales cubiertos de escarcha, me levanté y me vestí velozmente.

Mi primer cometido fue visitar la habitación donde yacía la cómplice del bandido... La misma calma y glacial apariencia, el mismo silencio, la misma imperturbabilidad. Salí de aquella cámara y bajé al patio.

VII

Jacquot ya estaba despierto, y se hacía escuchar con los quejidos propios de un oso que se había acostado la noche anterior sin haber cenado. Busqué en la fresquera una gran loncha de carne y se la tiré. Me lo agradeció con un gruñido de alegría y comenzó a devorarlo con avidez.

Estaba decidido a entrar en los aposentos del asesino, ya que esperaba encontrar allí el cuerpo del delito, prueba tangible sin la cual la justicia casi nunca se atreve a actuar.

No podía fantasear con la idea de entrar por la puerta porque tenía una cerradura secreta y se había llevado la llave.

Quise probar suerte a través de la ventana.

Ya le he dicho, creo recordar, que delante de la casa se alza un gran abeto noruego, cuyas frondosas ramas rozan la fachada y cuya cima se eleva hasta la ventana de mi habitación.

Subí al árbol sin grandes dificultades, pues sus ramajes estaban muy próximos los unos a los otros y sus rígidas ramas formaban una especie de escalera bastante practicable.

Así llegué al primer piso. Pegué mi rostro contra la ventana que supuse era el dormitorio del señor del castillo. Pero, desgraciadamente, las cortinas estaban corridas y tan bien cerradas que me fue imposible distinguir el interior de la pieza.

Sin embargo, aquella decepción no me desalentó, y me puse a cavilar sobre el medio más seguro de entrar en la habitación sin dejar rastro de un asalto.

Mientras estaba sumido en mis meditaciones, encaramado sobre mi árbol como un nuevo Robinson, levanté por casualidad los ojos al cielo y advertí a la izquierda de aquella ventana otra pequeña abertura, cuadrada, que parecía dar luz a un gabinete contiguo al dormitorio.

Trepé un poco más por el árbol, hasta que mis ojos pudieron zambullirse en el tragaluz. Pero la cortina de hojas era tan espesa que no logré distinguir nada. Aparté las ramas que impedían pasar la claridad del sol y miré de nuevo.

Trascurridos algunos instantes, y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, me di cuenta de que, en efecto, no había errado en mis previsiones. Aquella pequeña ventana iluminaba un gabinete de alrededor de dos metros cuadrados. Incluso me pareció divisar sobre la pared izquierda

una gran mancha negra, que correspondería a la puerta comunicante entre el gabinete y el dormitorio.

Pronto llamó mi atención otra mancha blanquecina que resaltaba en un oscuro rincón, y que parecía adoptar una forma extraña e imprecisa. Parecía una inmensa tela de araña.

Era un esqueleto.



Aquella visión redobló mi entusiasmo y proporcionó nuevo alimento a mi curiosidad. Quería entrar a toda costa en aquel búnker misterioso. Tras algunos minutos de reflexión, concebí un plan que me permitiría irrumpir sin dejar vestigios de mi paso.

Corté con mi cuchillo una de las ramas resinosas del abeto, la que me pareció más seca, y le prendí fuego batiendo mi encendedor. A continuación, até fuertemente a mi lado aquella antorcha encendida.

La ventana se componía de cuatro pequeños cristales engarzados con plomo.

Acerqué la hoja de mi cuchillo a la antorcha y la puse al rojo vivo; luego, apliqué el filo contra el plomo que sellaba uno de los cristales.

Finalmente, y después de numerosos intentos infructuosos, vi caer el panel de plomo, totalmente desprendido, sobre el alféizar de la ventana.

Cogí el cristal con precaución y lo deposité sobre un saliente de la fachada.

Ejecuté aquel trabajo con la habilidad de un ladrón consumado. Pasé mi mano por la abertura y giré, no sin dificultad, el oxidado pestillo que aseguraba el contramarco de la ventana.

Esta se abrió, y un olor penetrante —semejante al que emana de un panteón fúnebre— sacudió mi olfato.

Tomé mi antorcha de resina y, deslizándome por aquel ventanuco, pronto me encontré en un gabinete más largo que ancho cuyas paredes desnudas rezumaban humedad.

Me dirigí en primer lugar hacia el esqueleto que había llamado mi atención. Era el de un hombre de elevada estatura con una sólida osamenta. Al examinarlo detenidamente, me sorprendieron particularmente sus pies. Eran muy largos y su hueso superior, desviado, formaba una prominencia muy ostensible.

Recordaré que hice la misma apreciación cuando, el día de la autopsia, levanté el sudario que cubría los pies del señor Bréhat-Lenoir.

Esta coincidencia me impresionó. Calculé la altura exacta del esqueleto y continué mi investigación.

No observé, sobre las paredes, la menor fisura que pudiera hacerme suponer que ocultaran algún escondrijo. Estaban revestidas de un cemento endurecido cuya superficie estaba perfectamente unida.

Cuando terminaba de inspeccionar los muros de aquella húmeda cripta, mi pie tropezó contra algo. Bajé la antorcha hacia el suelo inmediatamente y vi que, con la punta del pie, había levantado ligeramente una de las baldosas rojas que pavimentaban el panteón. Me arrodillé y pude levantar fácilmente la loseta con los dedos.

Habían practicado un profundo y estrecho agujero del que extraje un saco de cuero largo y fino, sellado con un cierre corredera. Encontré varios objetos en su interior. A continuación los enumeraré. Esta simple lista le dará una idea de la importancia de mi descubrimiento:

1. Una caja de herramientas de disección de fabricación inglesa. A pesar de mi absoluto desconocimiento en la materia, me pareció que estaban admirablemente confeccionadas.
2. Un estuche de cuero rojo, de forma circular, que contenía cinco agujas muy finas y resistentes con una mancha oscura en su punta. La parte inferior de este estuche era desmontable. Ahí encontré un pequeño frasco de cristal lleno de un denso líquido oscuro.
Coloqué cuidadosamente el estuche en mi bolsillo.
3. Cinco cubiertos de plata con las iniciales C. B. sobre una corona de conde.
4. Un anillo con un soberbio brillante.
5. Un reloj de oro con una inicial muy ornamentada y coronada

por un yelmo de caballero.

No encontré más joyas. Sin duda, el asesino únicamente se llevó aquellas que no pudo vender en París sin arriesgarse a ser descubierto, y probablemente pensaba deshacerse de ellas en Inglaterra.

Había sido más afortunado en mis investigaciones de lo que hubiera esperado inicialmente. Este último descubrimiento suponía el hilo conductor que seguramente me guiaría a través de aquel laberinto de crímenes. Y, aunque aún no conocía la totalidad de sus tortuosas avenidas, sabía, al menos, cuál era el punto final, lo que me permitía entrever con cierta claridad las diversas etapas del camino.

¡Qué extraño! Acababa de alcanzar mi objetivo, tan ardientemente deseado y, sin embargo, el inesperado resultado de mis pesquisas me había dejado prácticamente frío e insensible.

Me pareció, en aquella hora triunfal, que las deducciones que me habían conducido al desenlace habían llegado a mi cabeza de forma natural y sin esfuerzo; ¡perdí el recuerdo del tremebundo trabajo, de las horas de insomnio y sufrimiento que me había costado aquella encarnizada persecución de la verdad!»

VIII

«Kerguen, sábado, cinco de la tarde

Jean-Marie me ha entregado esta tarde la carta en la que me anuncia que el doctor Wickson ha desaparecido de la capital, y que no hay noticia de que se hayan producido nuevos ataques nocturnos en su adorable ciudad de París.

No me sorprende en absoluto: sabe bien por qué.

Le agradezco muy sinceramente su prueba de amistad y la preocupación que muestra por mi salud. ¡Ay! Como le he dicho, esta energía que me impulsa es totalmente superficial y, cuando la obra a la cual me he consagrado toque a su fin, sucumbiré, sin duda, bajo el yugo de tantas fatigas.

Esta carta será, probablemente, una de las últimas que le escriba. Espero la llegada del propietario del castillo para esta tarde; la trampa está montada para esta noche, y en cuanto caiga en manos de la justicia, partiré hacia París.

Retomaré mi relato donde lo dejé ayer.

Cuando mi investigación concluyó, bajé de mi árbol con el estuche de las grandes agujas en mi bolsillo, y subí a mi habitación.

Rasqué la punta de las agujas que, como sabe, estaba untada con una materia oscura que se convirtió en polvo; a continuación, vacié el frasco que contenía aquel líquido terrible y lo lavé concienzudamente.

Cuando terminé esta operación, tomé un poco de hollín que diluí en agua y sustituí el sutil veneno que contenía el frasco por este inofensivo líquido. Asimismo, unté con él la punta de las agujas.

Entonces bajé y volví a entrar por la misma arriesgada vía en aquel fúnebre panteón.

Coloqué de nuevo todos los objetos en el bolso de cuero y lo oculté en su escondrijo; luego, encajé la pequeña baldosa que tapaba el agujero.

Me serví una vez más de mi cuchillo incandescente para soldar de nuevo el cristal en el armazón de plomo y, cuando este tedioso trabajo concluyó, efectué mi descenso a través de las frondosas ramas del abeto.

Eran las doce y media del mediodía. La hora de mi cita cotidiana con Jean-Marie.

Encontré a mi pequeño bretón muy ocupado. El agua del estanque se

había congelado, y él lanzaba piedras para romper el hielo que le estaba privando de su botín diario.

—Buenos días, señor Pierre —gritó con su voz argentada—. ¿Ya no está enfermo?

—No, mi querido niño, agradezco tu preocupación. Estoy mucho mejor. ¿Qué? ¿No va bien la pesca hoy?

—¡Ah! ¡Es una verdadera desgracia! —exclamó con despecho, pasándose la mano por su tupida cabellera rubia—. Este hielo es más duro que las piedras. Fíjese, resbalan sobre él sin llegar a romperlo... El viejo Ruk está muy enfermo y si no le llevo algo de comer podría morir... ¡Pobre hombre!

Cacé al vuelo aquella indirecta súplica a mi generosidad.

Le di una moneda de plata para el viejo Ruk y otra para él. Esa prodigalidad de nabab hizo que lanzara una exclamación de sorpresa y que sus ojos centellearan de alegría.

Le entregué mi carta recomendándole la más absoluta discreción.

A continuación le pregunté:

—¿Sabes cuánta distancia hay de aquí a Locnevinen?

Locnevinen es la capital del distrito.

El muchacho reflexionó algunos segundos.

—¡Por supuesto! —respondió—. Nunca he estado allí... pero me han dicho que se encuentra a más de dos leguas y media, casi tres.

—¿Sabes si hay algún cochero en el pueblo que pueda llevarme?

—¿Cómo? ¿Quiere salir del castillo?

—Sí, el señor me ha dado dos días de descanso y me encantaría visitar la ciudad.

—¿Quiere partir inmediatamente?

—Sí.

—Espere... Hay un carpintero de carruajes que tiene un cabriolé y un buen caballo. Es él quien lleva al señor Kerguen cuando le urge partir. Pero el carpintero se marchó justamente ayer al mediodía a la ciudad y aún no ha regresado... ¡Ah! También está el padre Claude, que tiene un caballo para su molino... pero no dispone de coche.

—No importa, me las arreglaré con el caballo.

—Puedo ir a preguntarle, si usted quiere.

—No, iré contigo. ¿Vive muy lejos el padre Claude?

—A menos de media hora de aquí... a la entrada del pueblo.

—De acuerdo... espérame al final de la alameda de castaños; me reuniré contigo en diez minutos.

Aquella carrera a través de la saludable campiña bretona, y la agradable conversación de mi guía, terminaron por disipar los últimos restos de la

enfermedad que la noche anterior me había atormentado tan cruelmente.

El padre Claude no puso ninguna objeción a alquilarme su caballo durante una jornada. Su molino no funcionaba porque el río estaba helado y al molinero, imagino, no le disgustó la idea de que me hiciera cargo de la manutención de su bestia durante veinticuatro horas.

Hice que me indicaran la ruta exacta y el mejor hotel de la ciudad y, gracias a las férreas patas de mi caballo, en tres horas llegué a la hostería de L'Écu-de-France, ubicada en la plaza de Locnevinen.

Ordené que me sirvieran de prisa y corriendo el desayuno, pues desde la mañana no había probado bocado, y más tarde le pedí al posadero que me indicara dónde se encontraba el tribunal de primera instancia.

El anfitrión me señaló en la plaza un monumento cuadriforme, con los muros ennegrecidos por el paso del tiempo.

—Es allí, señor —me dijo—. Verá usted una espada a dos manos que se utilizaba para cortar las cabezas antes de que se inventara la guillotina.

Agradecí al hostelero la reseña histórica y me dirigí al tribunal, donde solicité hablar con el juez de instrucción.

El señor Donneau, juez de instrucción perteneciente al tribunal de Locnevinen, es un hombre joven, de apenas treinta años. Su viva y brillante mirada revela energía e inteligencia; sus modos destilan cortesía. Se percibe a simple vista que emplea, en la complicada profesión que ejerce, altas dosis de refinamiento y determinación.

—Señor —le dije sin más preámbulos, tomando asiento junto a su escritorio—, sin duda habrá oído hablar, una quincena de años atrás, de los audaces crímenes cometidos en París por una banda que comandaba un cierto señor *Boulet-Rouge*.

—Desde luego, señor —respondió el joven magistrado, que pareció un tanto sorprendido ante mi pregunta—. El caso armó un gran revuelo por aquel entonces, y yo, más que nadie, conozco los detalles, pues mi padre presidió los procesos.

Me dijo su nombre y, en efecto, recordé que el magistrado que presidió la sesión donde dio comienzo mi carrera profesional se llamaba Donneau.

—Entonces, señor —respondí—, ya que usted conoce el caso, sabrá que el cabecilla que lideraba a esos bandidos con una habilidad prodigiosa consiguió esquivar a la policía.

—En efecto; incluso se llegó a pensar que había sido asesinado por su propia banda.

—Pues bien, señor, he venido a informarle de que ese hombre aún vive y a ofrecerle la posibilidad de que le atrape.

El juez de instrucción me miró estupefacto.


Comencé entonces el relato que ya usted conoce, desde la visita a

domicilio de la noche del 3 de enero del señor Bienassis a la habitación de Louis Guérin, hasta el registro que efectué en el gabinete secreto del asesino.



Mientras hablaba, el magistrado me miraba con esa expresión de ingenua sorpresa que muestran los niños cuando su abuela les narra un maravilloso cuento de hadas.

IX

uando terminé de desplegar ante sus ojos el cuadro tenebroso y sobrecogedor de mi lucha contra aquel hombre, el señor Donneau estrechó mi mano emocionado y me expresó todo el interés que le había inspirado mi sorprendente odisea.

El joven magistrado no podía disimular la alegría que experimentaba al emprender, al inicio de su carrera, una campaña que prometía estar coronada de éxitos contra un bandido tan célebre y temible.

Preveía la repercusión que tendría aquel caso, y saboreaba el anticipo de la gloria que salpicaría su nombre.

—¿Y está usted seguro de que regresará mañana? —me preguntó tras un instante de reflexión.

—Es exactamente el tiempo necesario para ir a Rennes y volver, y no creo que se entretenga mucho por el camino.

—Usted conoce mejor que yo sus costumbres y la disposición del castillo. ¿Qué plan considera mejor para atraparle sin derramar una gota de sangre?

Le expuse en pocas palabras las conclusiones a las que había llegado tras maduras reflexiones, y que a mi juicio eran más seguras y rápidas.

Las aprobó rápidamente, y me dijo que quería conducir él mismo una empresa de tal envergadura.

Me acompañó con fuertes apretones de mano e innumerables felicitaciones; aquellas que se dirigen a un hombre a quien vamos a deber nuestra fortuna.

Repicaban las seis en la antigua iglesia de la ciudad cuando salí del despacho del juez.

La noche era tan sombría que apenas se podían distinguir las oscuras puertas de las casas y sus inclinados tejados. Juzgué más prudente no regresar aquella noche al castillo de Kerguen. Los caminos eran malos y temía perderme y caer en alguna zanja, en medio de aquella densa oscuridad.

Así pues, me dirigí a la hostería de L'Écu-de-France e hice que me sirvieran la cena, sin olvidarme de encomendar el caballo del padre Claude a los buenos cuidados del posadero. Después me encerré en mi habitación para escribirle a usted.

Finalmente me acosté, extenuado, y me dormí con un sueño muy agitado.

Por la mañana, a las ocho, galopé a toda la velocidad que podían resistir

las pequeñas patas de mi caballo en el trayecto de Locnevinen a Kerguen. Cerca de la aldea encontré a Jean-Marie, quien lanzó un grito de alegría al verme y, alzando en brazos a su pequeña hermana que le acompañaba, le dijo que me deseara un buen día.

Bajé del caballo y llevé al niño aparte.

—Vas a subir conmigo al caballo —le dije—; y cuando lleguemos al castillo, se lo llevarás al padre Claude.

Obedeció y se acomodó conmigo en la silla. Durante el trayecto le dije:

—Jean-Marie, pronto abandonaré la aldea. Como siempre has mostrado mucho celo e inteligencia a la hora de ejecutar las comisiones que te he encargado, quiero, antes de irme, dejarte un recuerdo. Pero necesito que cumplas una nueva misión para mí. Escúchame atentamente, y recuerda bien lo que te voy a decir. Te quedarás esta noche, desde las nueve hasta la medianoche, en la colina de Lavandières; llevarás contigo un cuerno de buey y, cuando veas una luz en la ventana del castillo que está justo encima del gran abeto, soplarás el cuerno con todas tus fuerzas y en repetidas ocasiones.

El niño se giró sobre la silla y me miró con la boca y los ojos abiertos.

—Sabes que exijo de ti la mayor de las discreciones. Así que prométeme que harás lo que te pido sin decirle nada a nadie.

Soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡*Ma doué!* ¡Qué ideas más raras tiene usted! —exclamó—. Pero dije que haría lo que me pidiera, así que puede contar conmigo. Pediré prestado a Eudes Riou su gran cuerno que con buen tiempo, se escucha a una legua de distancia; a las nueve me escabulliré por la ventana del establo, ganaré el cercado de Lavandières y desde allí observaré de cerca el castillo. No tema, tengo buena vista y divisaré la luz perfectamente.

Llegamos al final del paseo de castaños.

Me apeé del caballo de un salto y deposité a Jean-Marie en el suelo.

—Toma —le dije—. Dale esto al padre Claude por el alquiler de su caballo y quédate lo otro para ti. Si haces bien lo que te he dicho antes, te recompensaré con diez monedas de plata iguales a esa.

Dejé al niño estupefacto, deshaciéndose en agradecimientos y manifestaciones de devoción, y me adentré en el castillo.»

X

«Locnevinen, domingo

*Tribunal de Primera Instancia de Locnevinen
Despacho del juez de instrucción.*

Anoche hubo una tormenta terrible. El viento soplaba con violencia y los copos de nieve, empujados por el huracán, entraban por la ventana y me golpeaban el rostro.

Eran las siete de la tarde cuando me senté en mi puesto de observación.

Mis ojos finalmente se acostumbraron a la oscuridad y pude distinguir, a través de la cortina de nieve y oscuridad la verja del jardín.



Jacquot vagaba en torno a la casa emitiendo siniestros alaridos. Afortunadamente, tuve la oportunidad de robar otro gran pedazo de carne y se lo arrojé para calmar su furia.

El tiempo pasaba lentamente. Cada minuto parecía un siglo, y una terrible angustia comenzó a apoderarse de mí.

Repasé en mi interior el plan que había urdido para atrapar al bandido, y encontré desafortunadas todas mis disposiciones. Temí fracasar y que el asesino escapara de nuevo a la justicia.

Si se hubiera ido para no volver jamás... Si este viaje no fuera más que un ingenioso ardid para desviar las sospechas de que se sabía objeto...

Tal vez, en lugar de tomar el camino de Rennes, había tomado el de Brest. ¡Tal vez, mientras yo esperaba para atraparlo en su guarida, se escapaba en un barco que lo llevaría más allá del océano!

Todas estas reflexiones surgieron en mi mente e hicieron parecer más largas y crueles las horas de espera.

Dieron las diez...

De pronto me pareció ver, a través de una espesa oscuridad, una luz tenue y vacilante avanzando lentamente, dibujando una estela luminosa en la nieve del jardín.

Miré más detenidamente asomándome a la ventana; la luz había desaparecido.

“He tenido una alucinación”, pensé yo. Y exhalé un suspiro de desaliento.

No obstante, mis ojos no se apartaron del lugar en el que había visto desaparecer el rastro luminoso. Me pareció que, en ese punto, la oscuridad era más densa. Distinguí un gran punto negro en la nieve, que luego pareció dividirse en dos.

“Tiene un cómplice”, me dije. “¡Todo está perdido!”.

El prolongado aullido que llegó poco después hasta mis oídos me tranquilizó. Ese cómplice no era otro que Jacquot, que iba a presentarle sus respetos al amo.

En efecto, pronto vi que la luz de la linterna comenzaba su sorda marcha de nuevo. Franqueó la puerta del patio y se dirigió hacia el oscuro rincón donde se encontraba la jaula del oso.

“Quiere asegurarse de que se han llevado a cabo sus órdenes”, pensé, “y de que Jacquot ha ayunado realmente estos tres días”.

Finalmente, la luz siguió avanzando siempre con la misma lentitud y la misma cautela hacia la casa, y escuché cómo la puerta del castillo se cerraba suavemente.

Entonces tomé la lámpara que había escondido tras las cortinas de mi cama y la levanté tres veces, estirando el brazo fuera de la ventana.

Esperé unos minutos. Mi corazón latía rasgándome el pecho.

“Espero que Jean-Marie esté en su puesto”, me dije, repitiendo la señal.

Un bramido quejumbroso resonó en mitad del fragor de la tormenta. Provenía de la colina de Lavandières.

El mismo sonido sordo y prolongado se escuchó cuatro veces más.

Entonces, desde lo alto de mi elevado observatorio, vi una bengala roja trazar en el aire una estela luminosa, a una legua del castillo. Era la señal convenida con el juez, quien esperaba el momento indicado en un hotel de

Loc-ahr.

Cerré la ventana y apagué mi lámpara.

No obstante, quería estar seguro de que era el bandido quien acababa de entrar en el castillo; de modo que salí de mi habitación, caminando a tientas a lo largo de la pared en la oscuridad, para escuchar algún posible ruido en sus dependencias.

Justo en el preciso momento en que, llegado el final del pasillo, puse un pie en la escalera, se escuchó el sonido de una puerta cerrándose en la primera planta, y al mismo tiempo escuché, en el silencio de la noche, el sonido de unos pasos lentos y desiguales.

Por suerte para mí, había tomado la precaución de quitarme los zapatos y pude regresar a mi habitación sin hacer ruido.

Me metí en la cama, subí las mantas hasta la barbilla, y fingí que dormía.

Alrededor de un minuto más tarde, el caminante nocturno pasó sin detenerse ante la puerta de mi habitación, y abrió lentamente la de su cómplice.

Algún tiempo después, oí que salía del cuarto de la *muerta*.

A continuación introdujo suavemente una llave en mi cerradura, abrió la puerta, se acercó a mi cama, y sentí la luz de su sorda lámpara resbalar sobre mis párpados cerrados.

Caminó durante unos minutos por mi habitación, mientras parecía hacer una búsqueda exhaustiva. Después escuché cerrarse la puerta y pensé que se había ido. No obstante, por mucha atención que presté, me fue imposible percibir el sonido de sus pasos en el corredor.

Reinaba un profundo silencio, únicamente interrumpido por las ráfagas de viento.

Me quedé quieto, acostado, por temor a que tuviera el capricho de regresar.

De repente, sentí una mano resbalar bajo las mantas, mi pie derecho fue aprisionado como un tornillo, y al mismo tiempo sentí un agudo pinchazo en el talón.

Lancé un fuerte grito y me desmayé.

XI

Aquel desfallecimiento, causado por la sorpresa que había experimentado, y que explica el estado nervioso que se había apoderado de mí hacía dos horas, me salvó la vida; pues el asesino, al verme pálido e inánime, me creyó muerto y abandonó el cuarto.

Cuando volví en mí, mi primer impulso fue correr hacia la puerta y atrancarla fuertemente.

Después miré la ligera herida que había recibido en el talón. Algunas gotas de sangre se escapaban de ella, mezcladas con un líquido amarronado que reconocí como la mezcla inocua de ceniza y agua con la que había reemplazado el terrible veneno.

Armé mi par de pistolas y las metí en mi bolsillo. Estaba decidido a disparar al asesino en la cabeza si regresaba, incluso a pesar de robarle de este modo al juez Donneau la gloria de capturar con vida al célebre bandido.

Mi reloj marcaba las once. Hacía una hora que había dado la señal. Se aproximaba el momento de la lucha definitiva entre el asesino y quien él pensaba que había sido su víctima. Me estremecí de impaciencia; me pareció que el señor Donneau se retrasaba.

Abrí la ventana con infinitas precauciones y escuché atentamente por si, en medio del fragor del huracán, no se sentía bien la señal que debía anunciarme la presencia del juez y sus acólitos.

Pasaron quince minutos.

Finalmente, cuando el viento comenzó a rugir con menos fuerza, me pareció escuchar un suave y prolongado silbido que en un principio tomé por el último suspiro de la tormenta.

Pero el silbido se repitió en tres o cuatro ocasiones, cada vez con más intensidad. Provenía del lado del jardín donde estaba el vivero. No cabía duda alguna: ¡eran Donneau y sus hombres!

Saqué una de las sábanas de mi cama y la retorcí con premura con el fin de conseguir una sólida cuerda.

Até esta cuerda improvisada a la barra de hierro de mi ventana, y me dejé deslizar a lo largo del muro hasta que sentí a mi alcance una de las largas ramas del abeto. Me aferré a esta rama y até firmemente, lo más cerca posible del tronco del árbol, el otro extremo de la sábana. Construí de este modo un puente colgante entre el árbol y la ventana.

Entonces descendí a lo largo del abeto y me dirigí a toda prisa al muro del jardín.

Un terrible rugido me detuvo a mitad de camino. Era Jacquot, que yacía bajo un macizo de arbustos y que, levantándose a medida que me aproximaba a él, bloqueaba mi camino.

Traté de hablarle dulcemente, pero el oso estaba molesto por haber sido despertado de su sueño, y respondió a mis adulaciones irguiéndose sobre sus patas traseras y avanzando hacia mí, para mantenerme a su temible alcance.

Cuando estaba a medio metro de mi pecho, pasé rápidamente la mano sobre el grueso pelaje de su frente y tomé el anillo que atravesaba su oreja.

La bestia emitió un gruñido de rabia ahogado, cayó pesadamente sobre sus cuatro patas, y se echó al suelo.

En ese momento sentí una inmensa gratitud hacia el asesino por la extraordinaria forma en que había domado a Jacquot. Se había convertido en un dócil cordero. Pasé mi cinturón por el anillo de su oreja y lo até fuertemente a la base de un arbusto.

Jacquot lanzó aún un pequeño gruñido, que pareció un suspiro de resignación, y se tendió cuan largo era sobre la nieve.

Me apresuré entonces en mi carrera hacia el muro del jardín. Algunas piedras se habían desprendido de sus cavidades de cemento, de modo que pude alzarme hasta la cima de la pared.

—¿Está ahí? —pregunté en voz baja.

—Sí —me respondió una voz que reconocí como la del joven juez—. ¿Podemos entrar?

—No tenemos tiempo que perder. ¡Entren ya!

Al cabo de un minuto, el juez de instrucción y los cinco oficiales que le acompañaban habían escalado la pared y se encontraban reunidos cerca del vivero.

—Muy bien —exclamé cuando los vi al completo—. Síganme en silencio y agachados.

Caminamos a lo largo del muro hasta que el castillo se presentó ante nosotros de perfil; luego nos deslizamos en línea recta hasta la esquina del edificio que estaba más próxima a nosotros. De esta manera, resultaba imposible que alguien pudiera descubrirnos desde las ventanas de la fachada. Luego continuamos a lo largo del muro hasta llegar al pie del gran abeto. Allí nos detuvimos y conversamos en voz baja.

Se acordó que yo actuaría de guía para el pequeño grupo y comencé la escalada en primer lugar, seguido por el juez y sus valientes policías que, para esta peligrosa misión, se habían quitado las espadas y solo traían sus pistolas.

Ascendimos muy lentamente y con la mayor precaución.

Cuando llegué a la altura del primer piso, frente a la ventana del asesino, dicha ventana se abrió bruscamente.

Apareció en bata, con la cabeza envuelta en un pañuelo, y acodado en la barra del balcón mientras fumaba su pipa tranquilamente.

Su rostro estaba a tan solo unos metros del mío. Me escondí tras el tronco del árbol que, por suerte, tenía las ramas muy tupidas.

La tormenta había cesado, y un silencio solemne había reemplazado al rugido del viento. Si, en ese instante, alguno de nosotros, vencido por la fatiga, se hubiera resbalado de la rama en la que se encontraba sujeto, nuestra empresa habría resultado vana.

La brisa levantó una de las cortinas de la ventana, y pude ver, gracias a una vela encendida sobre la mesa, varios instrumentos de disección y una pequeña rueda de piedra gris.

El doctor Wickson preparaba algunos trabajos anatómicos, y de inmediato adiviné cuáles eran los dos temas seleccionados para sus experimentos.

Tan pronto como terminó de aspirar las últimas bocanadas de tabaco que debían otorgarle a su mente la tranquilidad necesaria para disfrutar de sus importantes ocupaciones, sacudió sobre la barra del balcón las cenizas de su pipa y cerró la ventana.

Reanudé la subida y cinco minutos más tarde alcancé mi puente aéreo; examiné cuidadosamente las sujeciones del mismo y, una vez comprobadas, me aseguré de que era lo suficientemente sólido como para permitir el paso de mis seis compañeros.

—¡Uf! —me dijo el juez saltando a la habitación a mi espalda—. ¡Nos hemos escapado por los pelos!

Los ojos del joven magistrado brillaban de placer. Había algo extraordinario y caballeresco en todo aquello que parecía seducirle.

Nuestros agentes formaron un círculo alrededor de nosotros, y yo encendí sus farolillos recomendándoles girar el haz de luz de los mismos hacia sus pechos.

Esta advertencia no fue vana, pues pronto escuchamos los pasos del asesino en el corredor. Ya no se tomaba siquiera la molestia de ahogar el ruido que hacían sus zapatos sobre las baldosas.

Puse mi mano sobre el brazo del juez. Su corazón latía con fuerza, pero su rostro expresaba la misma firmeza y determinación.

—Él mismo caerá en la trampa —le dije en voz baja—; ni siquiera tendremos que ir a acosarle en su guarida.

Pero el ilustre médico pasó ante la puerta de mi habitación sin entrar en ella, y se dirigió, siempre cojeando, hacia la de su cómplice.

Abrí entonces con premura mi puerta, que había tenido la precaución de atrancar, y avanzamos sin hacer ruido por el corredor.

Coloqué a los hombres en dos filas, abarcando de este modo todo el

ancho del corredor; y el señor Donneau y yo nos pusimos a la cabeza.

De repente un chillido agudo, terrible, salió de la habitación de la muerta; se escuchó un ruido de pasos apresurados, y vimos al asesino a la carrera con los ojos desorbitados y los brazos extendidos: y tras él, el pecho desgarrado y cubierto de sangre de una mujer de gran estatura que no tuve ningún problema en reconocer.

—¡Deténgase! —exclamó el señor Donneau en voz alta.

Boulet-Rouge se sobresaltó y se detuvo en seco.

Habíamos dirigido hacia él el haz de nuestros faroles, y se nos apareció a plena luz. No obstante, el asesino se había recuperado rápidamente de la conmoción que le había causado la resurrección de Yvonne. Se cruzó de brazos y sus ojos no expresaron temor alguno.

Pareció preguntarse si no podría forzar ese muro humano y escapar por la fuerza.

Pero sin duda pensó que la lucha sería muy desigual. Caminó hacia nosotros, y dirigiéndose hacia mí, dijo con ironía:

—¡Vamos! Hoy es el día de las resurrecciones. ¡Perdí la partida, señor Prefecto, y debo pagar!

Con afectada cortesía me tendió una de sus largas manos, mientras con la otra se quitó la peluca gris y, alzándose en toda su altura, nos observó con mirada tranquila y orgullosa.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años aproximadamente, de cabello muy rizado y negro, y duras facciones, aunque de gran belleza y cuerpo atlético.

Se le colocaron las esposas sin que opusiera la menor resistencia.

No obstante, la moribunda se había arrastrado tambaleándose hasta él y, aferrándose a su hombro, gritó, en el delirio de la locura:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Era un horrible espectáculo.

—¡Aparten de mí a esta mujer! —exclamó con voz ahogada *Boulet-Rouge*, sacudiendo los hombros para escapar de su opresión.

Ordené a dos agentes que se ocuparan de Yvonne y la llevaran hasta su cama con cuidado.

Entré tras ellos en la habitación. La cama estaba deshecha y las mantas arrastraban por el suelo. En el piso brillaba una hoja de acero: se trataba de un escalpelo.

Tan pronto como la enferma fue tendida en la cama, me acerqué a examinar su herida. El bisturí había penetrado superficialmente en el pecho, pero el dolor había sido tan intenso como para despertar de nuevo a Yvonne del sueño cataléptico en el que había caído hacía tres días.

Lavé la herida y le puse una compresa de agua fría.

El pulso de la enferma era más tranquilo. La excitación y el delirio habían dado paso a un estado de debilidad y abatimiento.

Cuando me reuní de nuevo con el juez, le encontré realizando un registro en la habitación que el bandido había ocupado durante los últimos diez años.

Esta habitación, muy espaciosa, estaba completamente adornada con tapices oscuros. Al fondo se elevaba una gran cama cuadrada y, bajo la cama, se encontró un baúl muy voluminoso que contenía varios disfraces y pelucas entre las cuales reconocí los cabellos rojos del doctor Wickson.

Este extraño individuo se había dejado caer en un gran sillón de cuero, y había invitado con un gesto cortés a los agentes que le rodeaban a tomar asiento junto a él.

A todas las cuestiones que le dirigió el señor Donneau, opuso el más obstinado de los silencios.

El juez me pidió que le indicara en qué lugar se encontraba el escondite. Levanté la tapicería, y le mostré una puerta de madera de roble maciza oculta bajo el papel pintado. Como el acusado se negó a facilitarnos la llave de la puerta, el juez ordenó usar la fuerza para arrancarla de sus goznes.

Cuando la puerta cedió bajo los golpes de los agentes, entramos en la guarida del asesino.

Levanté la baldosa móvil y saqué el gran saco de cuero negro en el que se encontraban los diversos artículos que ya le he mencionado con anterioridad. Únicamente faltaban en la colección la botella de veneno curare y la caja de disección.

Seguidamente el señor Donneau ordenó llevar el esqueleto al centro de la estancia y, dirigiéndose hacia *Boulet-Rouge*, dijo con impaciencia:

—¿Quiere responder de una vez a mis preguntas y decirme cuánto tiempo lleva el esqueleto en esta tumba?

El bandido levantó la cabeza.

—Se lo diré —respondió—; es el esqueleto del señor Bréhat-Kerguen. Lo diseccioné y lo preparé yo mismo, procurándole a Jacquot una excelente comida. No hay una sola pieza de alambre, todos los ligamentos son naturales. ¡Ah! ¡Es un excelente trabajo de anatomía!

Hizo una pausa, y luego continuó, dirigiéndose a mí.

—Le sorprende, ¿verdad, señor Prefecto? Mi confesión, quiero decir. Está acostumbrado a tener que lidiar con personas a las que se ve obligado a arrancar las palabras una a una. Bien, ahora responderé a todas sus preguntas. Le daré toda la información y los detalles que requiera... Estoy dispuesto. Además, no tengo nada que ocultar; todo lo que hice, bien hecho está... ¡Y estoy cansado de la vida! Mi padre siempre dijo que moriría en la horca. ¡Diablos! Mejor allí que en cualquier otro lugar. Morir sobre un estrado, entre los aplausos de la multitud, es menos vulgar que desaparecer

en tu propia cama. ¿Quiere saber cómo conseguí entrar aquí, cómo fui a París para recoger la herencia de mi querido “hermano”, cómo conseguí que se encontrara el arsénico en su cuerpo y tuve el honor de jugar una partida de cartas en casa de la condesa de Bréant? ¡Haga sus preguntas, y yo las responderé!... Pero admitan que he jugado bien, y que si la Prefectura no me hubiera arrojado a su *mejor hombre*, ¡yo tendría el futuro más dulce del mundo!

Se había levantado y había recitado estas palabras con un énfasis que me recordaba a la charlatanería del doctor Wickson.

Entonces el juez me pidió que le mostrara la habitación donde había tenido lugar el crimen. Le conduje inmediatamente. Nos seguía *Boulet-Rouge*, escoltado por los cinco agentes que iban tras él. Había tomado la llave de la estancia de las manos de Yvonne; en el momento en que abrí la puerta, y tan pronto como el asesino pudo ver que la habitación —después de diez años— continuaba tal cual estaba la noche del asesinato, fue incapaz de evitar un estremecimiento; su mirada se turbó, y murmuró:

—Ella me dijo que lo había ordenado todo y que había perdido la llave.

—Entonces, ¿es aquí —preguntó el señor Donneau— donde mató al señor Bréhat-Kerguen?

Boulet-Rouge no respondió, y se limitó a hacer un gesto afirmativo.»

XII

«Locnevinen, lunes



bandonamos el castillo de Kerguen a las seis de la mañana de ayer. El señor Donneau quiso llegar a Locnevinen antes de que despuntara el día, con el fin de no excitar la curiosidad de los buenos habitantes de Loc-ahr.

Cruzando el jardín para ganar la avenida nos reencontramos con Jacquot, que emitía sordos gemidos al pie del árbol al que había estado atado toda la noche. No podía moverse, pues cualquier movimiento que hiciera podría desgarrar su oreja. Tenía una penosa expresión que pareció enternecer a *Boulet-Rouge*.

El prisionero pidió a los agentes que le acompañaban que se detuvieran un instante para que pudiera despedirse de su viejo camarada.

—Adiós, mi pobrecito Jacquot —dijo, desatando el cinturón que encadenaba el oso al árbol—. ¡Adiós, muchacho mío!... Tu amo no se encuentra en buena compañía, ¿eh? ¿Qué quieres? ¡Tenía que haber un final y este era el más natural!... No puedes comprenderlo, ¿verdad?, porque tienes la fortuna de ser una criatura que carece de la capacidad de razonar. Me van a cortar el cuello un día u otro, mi viejo camarada, y cuando esté subiendo al cadalso, tú estarás divirtiéndote a los curiosos de algún circo. ¡Estarás bien cuidado, bien alimentado y hasta te darán pasteles! ¿Ves lo afortunado que eres de no ser una criatura que pueda razonar?

Yo también me había detenido, con las manos en los bolsillos, para contemplar aquella emocionante escena, mientras el señor Donneau tomaba la delantera para asegurarse de que el coche y los caballos de los agentes estaban preparados para partir.

Boulet-Rouge lanzó una rápida mirada a su alrededor; a continuación se inclinó sobre Jacquot, que continuaba tendido en la nieve, y, alzando repentinamente los puños sujetos por las esposas de acero, asestó un golpe terrible sobre el dorso del animal, al tiempo que gritaba:

—¡Ataca, Jacquot! ¡A por ellos! ¡Véngame!

El oso lanzó un alarido de dolor; sus ojos arrojaron chispas de un fuego siniestro y, alzándose sobre sus patas traseras, se precipitó hacia mí.

Afortunadamente, tenía las manos sobre la culata de mis pistolas. Las saqué de mis bolsillos con un rápido movimiento y, en el momento en que la

bestia feroz iba a estrujarme entre sus terribles zarpas, las descargué a quemarropa sobre su grueso pelaje.

Jacquot rodó por el suelo, fulminado, sin proferir ningún gruñido.

Boulet-Rouge se incorporó lanzando un terrible juramento y retomó su marcha con paso ligero.

Al escuchar la doble detonación, el señor Donneau se volvió. Corrió hacia mí preguntándome con inquietud si estaba herido. Por toda respuesta, le señalé el cadáver del oso.

Los bravos agentes quedaron tan aterrados ante aquella rapidísima escena, que parecían no escuchar los vehementes reproches del juez de instrucción ante su condescendencia hacia el prisionero.

En la puerta del jardín encontramos los caballos de los agentes y el carruaje enganchado que había traído el señor Donneau.

El magistrado me hizo subir y tomar asiento junto a él. Dispuso al prisionero entre los cinco policías. Una cuerda pasada bajo el brazo de *Boulet-Rouge* estaba sólidamente fijada a las sillas de los dos caballos más fuertes, y los hombres tenían orden de disparar contra él si intentaba escapar.

La pequeña tropa avanzó al paso mientras nosotros, el señor Donneau y yo, tomamos la delantera con nuestro destartalado cabriolé.

Cuando llegamos a las primeras casas de Loc-ahr, le comuniqué al juez mi deseo de detener el carruaje.

Me apeé ante la humilde cabaña cubierta de paja en la que vivía mi pequeño Jean-Marie, y deslicé a través de una de las grietas de la puerta algunas monedas de oro envueltas en mi corbata.

Después de agradecer de aquel modo al pobre muchacho la ayuda inteligente y fiel que me había prestado en mi delicada aventura, subí de nuevo junto al magistrado quien, a lo largo del trayecto, no dejó de hablar de nuestra importante captura y de enumerar todos los halagos que aquel éxito inesperado le reportaría por parte de sus jefes.

Dos horas más tarde entramos en Locnevinen.

Pedí que se detuvieran ante el albergue de L'Écu-de-France. Al despedirme del señor Donneau, le insistí en que me informara de la llegada del prisionero y le solicité que me permitiera asistir al interrogatorio.

El juez me aseguró que sería un verdadero placer satisfacer mis deseos.

—A ese respecto —añadió—, podemos tomarnos algún tiempo de descanso, pues el detenido no llegará a la prisión de la ciudad antes de dos horas y no podré interrogarle hasta que no se celebre la audiencia, esto es, hacia la una de la tarde.

Se despidió para dirigirse hacia el tribunal.

Me hundí en el sillón y no tardé en caer en un profundo sueño, pues estaba exhausto.

XIII



Algunos golpes en mi puerta me sacaron de aquel aletargamiento. La audiencia había terminado y venían a buscarme de parte del juez de instrucción, quien consentía —según el deseo que le había expresado— mi asistencia al interrogatorio de *Boulet-Rouge*.

Cuando llegué al gabinete del magistrado, el interrogatorio ya había comenzado. El señor Donneau estaba impaciente por finalizar lo más pronto posible la instrucción de aquel grave asunto, que supondría un gran empujón a su incipiente carrera.

Dos agentes hacían guardia en el corredor que conducía a la oficina del magistrado. Otros dos habían acompañado al prisionero al despacho del juez. La fuerza y habilidad poco comunes de *Boulet-Rouge* habían motivado aquellas extraordinarias precauciones.

Cuando entré, el señor Donneau me saludó amigablemente con la mano. El prisionero se levantó de modo solemne, y volviéndose hacia mí:

—Le debo mil excusas —dijo con esa afectada cortesía que constituía uno de los rasgos más destacables de su carácter—. Le tomé en un principio por un agente de la Prefectura. Acabo de saber que es usted un aficionado que disfruta de la caza al hombre, como otros disfrutaban de la caza de animales salvajes. Desde que lo he sabido, le considero el hombre más prodigioso que jamás haya conocido, y me arrepiento sinceramente de mi idea de hacerle morir devorado por Jacquot... ¡Pobre Jacquot!... ¡Ah! No ha sido tarea fácil atraparme. Los más astutos fracasaron... ¡aun siendo veinte contra mí!

El acusado fue interrumpido por el juez de instrucción, a quien ese discurso comenzaba a impacientarle y ansiaba llegar a un interrogatorio que le prometía curiosas revelaciones.

Ordenó a *Boulet-Rouge* que tomara asiento.

—Usted le ha prometido a la justicia —dijo— que no ocultaría ninguno de sus crímenes y que confesaría el nombre de todos sus cómplices. ¿Se ratifica en ello?

—Perdón, señoría —respondió el acusado con una gran sangre fría—; le he prometido la historia de mi vida, eso es cierto. En cuanto a los nombres de aquellos que usted llama cómplices, me será muy difícil enumerarlos. Por otro lado, aunque tuviera bastante memoria para recordarlos a todos, sus prisiones no serían lo bastante grandes para encarcelar a todas las personas que, directa o indirectamente, me han ayudado en mis planes.

»Mi lista comenzaría por el Gobernador General de las Indias, quien me honró con su amistad tras mi fuga de Cayenne^[18], y concluiría con la señora condesa de Bréant, en cuya residencia tuve el honor de jugar una partida de *écarté* con el señor.

Me limitaré, pues, a narrarles sucintamente los principales episodios de mi vida. Me ceñiré a relatar los puntos más destacados, dado que cuento con dejar los detalles para mis memorias, las cuales publicaré durante mi estancia en prisión... siempre y cuando no se me pase por la cabeza la idea de fugarme de nuevo.

Les ahorraré el trabajo de hacerme preguntas —continuó el detenido, que definitivamente se deleitaba con los discursos largos, lo cual demostraba su gran habilidad a la hora de interpretar con admirable perfección el papel del taciturno Bréhat-Kerguen—. Les esbozaré rápidamente el cuadro de mis primeros años para llegar a lo que más parece interesarles en todo este asunto; esto es, mi entrada en el castillo del viejo lobo de Kerguen y mi expedición a París en busca del testamento de su hermano.

Tras este preámbulo el acusado comenzó su extenso relato, el cual se alargó hasta las siete de la tarde.

No expondré todos los detalles. Los periódicos los publicarán, sin duda, durante el proceso, y entonces comprobará la audacia y sangre fría de este hombre que cometió todos esos crímenes monstruosos sin caer en manos de la justicia.

Nos confesó que su ruina ha sido su amor por la anatomía.

Con veinticinco años fue enviado a Cayenne acusado de asesinato. En el momento de su detención no había más que pruebas insignificantes contra él, y se había dictado una orden de sobreseimiento a su favor cuando fue descubierto —en su habitación— el brazo de la víctima diseccionado con un arte extraordinario.

En este último crimen, que probablemente le costará la vida, si yo no hubiera vislumbrado en la oscuridad del gabinete el esqueleto del señor Bréhat-Kerguen no habría investigado allí y, por tanto, no habría descubierto el saco de cuero; la herida que me hizo en el talón durante la noche del viernes hubiese resultado mortal... y, por consiguiente, su impunidad hubiera continuado asegurada.

Cuando el juez de instrucción le expresó su extrañeza ante el hecho de que un hombre tan astuto como él hubiera conservado una prueba incriminatoria como la del esqueleto de su víctima, respondió:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué quiere usted que le diga? Pensé muchas veces en deshacerme de él... En una ocasión incluso lo llevé hasta el estanque para ocultarlo en el fondo del agua... Pero lo consideraré una debilidad, ¡una cobardía indigna de mí!... Y además, ¡estaba tan admirablemente preparado!

Era una verdadera obra de arte que me gustaba contemplar a menudo. ¡No hubiera podido desprenderme de él! ¡Era el trofeo de mi fulgurante victoria sobre la policía; no solo por haber escapado a sus garras —yo, que había sido acorralado como una bestia salvaje; yo, el bandido a quien habían puesto precio a su cabeza—, sino por haberme instalado en un castillo feudal y vivir como un gran señor!

A continuación, nos confesó los medios por los cuales había podido escapar, diez años antes, del activo hostigamiento de la policía; cómo sus conocimientos en medicina, adquiridos en las Indias donde se había refugiado tras su evasión de Cayenne, le habían permitido interpretar dos veces en diez años el rol del doctor Wickson, el cual le había abierto las puertas de los salones de París y había despistado a los sabuesos que iban tras él.

Es un hombre extraordinariamente dotado pero, por encima de todo, la audacia y la sangre fría son sus mayores habilidades. Porque —usted bien puede juzgar por lo que sabe de él— se ha mostrado en todo momento más intrépido que distinguido.

Posee un gran talento para la narración y se deleita con su lenguaje vivo y colorido.

Le escuchamos con la misma atención que en sus salones de París se escucha a un explorador que ha regresado de sus lejanos viajes, y que sabe insuflar a sus aventuras un encanto incomparable. Relata sus crímenes con la mejor buena fe del mundo y parece vanagloriarse de ellos.

Si no fuera por los agentes que le acompañaban y las esposas que le encadenaban, diríase que se trataba de uno de nuestros amigos que viene a contarnos sus aventuras de ultramar y las peripecias de un largo y peligroso viaje, y no un acusado que se encuentra bajo el yugo de un cargo capital y cuya cabeza estaba destinada al cadalso.

Esta naturaleza extraña y fuerte me interesa en extremo, y ahora que la vida del desgraciado Guérin está a salvo, casi desearía que *Boulet-Rouge* escapara al último suplicio. ¡Sería una verdadera lástima que un hombre de semejante carácter terminara bajo la cuchilla de la guillotina como un vulgar asesino!

Extraje de su interrogatorio los hechos que se relatarán directamente en lo que un día será llamado *El Caso Bréhat-Lenoir*, y le envió a la carrera un sucinto resumen.

Las confesiones que realizó sobre el asesinato del señor Bréhat-Kerguen confirmaron punto por punto las revelaciones de Yvonne.

Le pregunté, a este respecto, por qué la noche del jueves había presionado a su cómplice para que abandonara el castillo y huyera a Rennes, y por qué, tras su negativa, tomó la determinación de asesinarla.

—¡Ah! —respondió—. Porque sospechaba que usted había venido conmigo para espiarme y descubrir mis secretos. Aunque, a decir verdad, usted no me provocaba ningún temor. Estaba convencido de que no podría sonsacarle información alguna a ese viejo idiota que, por cierto, nada podía contarle, pues siempre me ha tomado por su verdadero dueño y señor.

Pero sí temía a Yvonne. Ya sabe usted que las mujeres son muy dadas a los remordimientos, a los ataques de nervios. Si hubiera sabido de su presencia en el castillo —y el desenlace de esta historia me ha demostrado que mis sospechas estaban fundadas—, podría haberla hecho hablar. Esa es la razón por la cual decidí enviarla a Rennes y el por qué, ante su negativa, resolví matarla.

—Pero entonces, si había descubierto usted quién era yo, ¿por qué no se deshizo de mí del mismo modo en que decidió hacerlo con Yvonne?

—Se lo diré. Cuando usted se presentó ante mí, en París, le tomé por un verdadero campesino, tan ignorante como inofensivo; estaba usted magníficamente disfrazado. Acepté de buen grado sus servicios, dado que debía colocar de nuevo cada cosa en su lugar en la habitación del difunto. No quise encomendarle esa tarea al señor Prosper, pues recelaba de sus chismes y su curiosidad; y, por otro lado, un joven diplomático con quien me había enfrentado dos días antes en la rué de l'Université, me había dañado fuertemente los riñones y no podía agacharme.

Así pues, le tomé a mi servicio con la idea de enviarle de vuelta a casa cuando abandonara París.

Pero le reconocí aquella noche en casa de la señora de Bréant... ya sabe... cuando se sentó frente a mí... reconocí sus ojos, cuyo extraño brillo me había impresionado. Resultaban verdaderamente temibles aquella noche. Tanto que, cuando me sentí observado con aquella atención, cuando vi sus largos dedos contar las cartas una a una... ¡Casi sentí miedo! ¡Sí, miedo! ¡Yo, *Boulet-Rouge*! ¡Y no osé hacer trampas!... ¡Yo, que no me tembló el pulso al hacerlas delante de las narices del señor de Ribeyrac, procurador del rey!

Comprendí entonces que tendría que vérmelas con un complicado adversario y, para desviar su investigación, concebí un plan audaz; demasiado audaz, quizá, porque debería haber previsto las consecuencias. Decidí llevarle conmigo a Bretaña y no quitarle los ojos de encima ni por un instante, hasta que tuviera la certidumbre de que era usted un terrible enemigo empeñado en mi captura. Bien pronto tuve esta certeza gracias a un millón de pequeños detalles aislados que me demostraron, a pesar de la perfección de sus disfraces, que el traje de criado le pegaba a usted tanto como a mí el bicornio^[19] de un policía.

Le tomé por un agente asalariado de la Prefectura: eso fue lo que me

perdió. Debería haberme percatado de que un *empleado* de la *Rue de Jérusalem*^[20] jamás habría dado prueba de semejante audacia y habilidad. Una habilidad que me pareció tan extraordinaria que planeé, una vez aquí, seducirle con proposiciones mil veces más brillantes que aquellas que, en mi opinión, podía ofrecerle la policía. Lo tendría así pegado a mi persona, a mis planes, y le emplearía en una vasta empresa que había proyectado —para la cual necesitaba a un hombre como usted— y que debía poner en ejecución tan pronto recibiese la herencia. Este era mi plan. Quería asociarle a mi fortuna... sentía cierta simpatía por usted... y me decía que, después de todo, estaba usted en mis manos y podría hacerle desaparecer ante la menor sospecha.

Fue entonces cuando recibí la carta del señor Berteau, notario, que me conminaba a ir a Rennes para arreglar las cuestiones de la herencia. Partí precipitadamente, aprovechando un momento en que no me vigilaba. Le advertí insistentemente al viejo Yves que pretextara que me encontraba encerrado en mis aposentos, enfermo, y que no le hiciera saber de mi ausencia. ¿Cómo consiguió hacer hablar al idiota? No lo sé...

A mi regreso visité en primer lugar el gabinete que usted conoce. Descubrí sobre las baldosas rojas la huella de un pie que no era mía. Encolerizado y sorprendido, decidí asesinarle.

¡Ah! ¡Demostró ser un genio de nuevo cuando limpió mis agujas y puso no sé qué jugo de regaliz en lugar de mi veneno! Si se hubiese limitado a coger el estuche habría sido su ruina, pues, al no poder emplear mi arma predilecta, hubiese recurrido al puñal, ocasionándole una herida mucho más severa que un simple pinchazo.

XIV



hora es preciso que relate a la justicia —interrumpió el señor Donneau—, cómo se le ocurrió la idea de asesinar al señor Bréhat-Lenoir y de qué modo ejecutó su plan.

—Es muy simple —respondió el acusado con su flema habitual—. Leí en los documentos del difunto Bréhat-Kerguen que tenía un hermano inmensamente rico que vivía en París. No hace mucho tiempo encontré algunas acaloradas cartas que evidenciaban la tensa relación entre los dos hermanos. Por una de ellas supe que el señor Bréhat-Lenoir había jurado desheredar al bretón. Pero encontré esos papeles y cartas hace tan solo tres meses, aproximadamente. Hasta ese momento siempre había creído que aquel a quien había suplantado no tenía familia.

Busqué aquellos documentos durante nueve años en todos los rincones y recovecos del castillo, y finalmente los descubrí escondidos detrás del espejo de Venecia que se encuentra en la sala de las armaduras.

Pronto tomé una decisión. En aquel momento no me preocupaba ser desheredado, sino los millones que necesitaba para comenzar el gran negocio del que ya les he hablado y del cual quería hacer partícipe al caballero. Así pues, partí hacia París con el fin de buscar el testamento que expoliaba a aquel a quien había usurpado la identidad. Una vez eliminado el testamento, heredaría sin dificultad.

Me favorecían las circunstancias, ya que ese viejo zorro de Kerguen jamás había salido de su castillo y nadie conocía su aspecto. Podía pues hacerme pasar por él fácilmente. Y además, siempre se me ha dado bien, al igual que al caballero, el arte del disfraz. Tengo casi la misma talla que el difunto. Su enorme y despeinada peluca y su cara avinagrada me resultaban fáciles de imitar y, como jamás decía una palabra, no tuve que esforzarme en imitar el tono de su voz.

Una vez en París, pasé alrededor de ocho días estudiando los lugares que frecuentaba y las costumbres del señor Bréhat-Lenoir. Aunque retirado de los negocios, acudía diariamente a la Bolsa, de dos a cuatro de la tarde, como mera distracción.

Compré un traje de comisionista y, con un periódico bajo el brazo, artísticamente confeccionado con alfileres fingiendo ser un voluminoso paquete, me presenté en la puerta de su casa sobre las tres de la tarde.

Aproveché un momento en el que el señor Prosper se había ausentado para dar mi golpe, pues no me fiaba del pequeño administrador.

Únicamente encontré a Guérin, quien, con las manos en los bolsillos, merodeaba ante el umbral de la puerta.

—¿El señor Bréhat-Lenoir? —pregunté.

—No está —respondió el ingenuo campesino, saludándome con una aparatosa reverencia.

—Sé de sobra que no está —respondí con una carcajada—. Se lo he preguntado para cerciorarme de que esta es su residencia. Él mismo me ha enviado. Me abordó en la esquina de la plaza de la Bolsa... junto al marchante de vinos, ya sabe usted... y me encargó que le trajera este paquete y lo depositara sobre la chimenea de su habitación. ¿Querría indicarme dónde se encuentra la habitación? El paquete pesa y hay un gran trecho desde la plaza de la Bolsa hasta la rue Cassette.

Guérin subió conmigo y me introdujo en los aposentos de su señor, pues tenía la llave.

Posé mi supuesto paquete sobre la chimenea.

—¡Ah! —dije, volviéndome bruscamente como si hubiera recordado algo de repente mientras registraba los bolsillos de mi traje—. Esta es una carta que su patrón me ha dado para que la lleve a la dirección indicada sin perder un solo instante... Parece urgente... ¡Venga, apresúrese! No puedo encargarme personalmente porque tendría que desviarme mucho de mi camino... Vamos, rápido, le digo... ¡o el señor Bréhat-Lenoir se enfurecerá!

Le di un pequeño empujón y bajó precipitadamente las escaleras de dos zancadas.

Lo primero que hice fue acercarme a la ventana para comprobar si podría huir por ella en caso de peligro. Pero estaba provista de sólidos barrotes. No podía considerarla como una vía de escape.

A continuación, arrugué el papel que se suponía representaba la envoltura de un paquete y lo eché al fuego; luego, me tendí bajo la cama a la espera de que se presentara el momento oportuno.

El señor Bréhat-Lenoir se acostó a las nueve de la noche. Le escuché reprender a Guérin por haber osado entrar en su habitación a pesar de su expresa prohibición. Este balbuceó una excusa en la cual las palabras carta y paquete se repetían constantemente; pero como el banquero no había dado orden alguna referente a la carta o al paquete, arremetió violentamente contra su criado y juró que al día siguiente lo pondría de patitas en la calle.

Una hora más tarde, el señor Bréhat-Lenoir recibió la terrible herida de la cual ustedes conocen sus efectos, fulminantes como los de un rayo.

Una vez muerto, salí de mi escondite y comencé a registrar su escritorio.

Lo abrí, dejando deliberadamente pruebas de que había sido forzado. Mi intención era fingir un robo.

Encontré el testamento en un compartimento secreto; lo quemé en aquel

mismo instante. Después eché algunos polvos de arsénico en una taza que había sobre la mesa y volví a esconderme bajo la cama.

¡Ya ven que mi plan estaba hábilmente concebido!

Y ya conocen la escena que se sucedió a la mañana siguiente. Me escabullí en medio del tumulto. Acudió tanta gente a la casa que nadie se percató de mi presencia.

—Su relato no es del todo exacto —afirmé, cuando el detenido dio por concluida la narración de sus proezas—. Me tomaré la libertad de completarlo.

Hizo un ademán de sorpresa, y me lanzó una mirada en la que creí advertir cierta inquietud.

—En verdad —proseguí—, ha olvidado contarnos que, temiendo ser descubierto, usted entró en la casa por la noche y salió por la mañana, no por la puerta que da a la rue Casette, sino por la pequeña entrada del jardín que conduce a la rue de Vaugirard rodeando el hotel Renard Bleu.

—He dicho que no ocultaría nada a la justicia y no lo he hecho —respondió el acusado con cierta expresión sombría.

—Excepto el nombre de uno de sus cómplices, *Petit-Poignard*, quien le alojó en su casa y le ofreció así la posibilidad de entrar sin ser visto en casa de Bréhat-Lenoir.

El criminal me miró profundamente sorprendido.

—Mire —continué, poniendo ante sus ojos el fragmento de carta encontrado detrás de su baúl por el señor Prosper—, ¿reconoce estos signos?

—¡Pero es usted un mago! —exclamó *Boulet-Rouge* palideciendo—. ¿Quién le ha dado este papel? Lo busqué durante dos horas, creí que lo había quemado... ¿Cómo fue a parar a sus manos? ¿Y cómo ha conseguido descifrarlo?

—Hasta los más complicados jeroglíficos pueden interpretarse —respondí—. Debería haber tomado la precaución de, al menos, cambiar sus signos. La clave la descubrió hace diez años el señor V..., quien hizo arrestar a sus primeros cómplices.

—¡Definitivamente, la suerte está en mi contra! —murmuró *Boulet-Rouge* con voz sorda—. Le escribí a un viejo amigo —continué, volviéndose hacia mí como si sintiera la necesidad de justificar el reproche de torpeza que le había lanzado—; me vi obligado a emplear mis antiguos signos. Llamaron a la puerta en el momento en que terminaba mi carta y olvidé ese *papel de trapo*^[21]. Creo, más aún, estoy seguro de haberlo echado al fuego. ¿Cómo lo ha encontrado?

La prosecución del interrogatorio no hizo más que confirmar todas mis conjeturas y no reveló nada que usted no sepa.

No obstante, es preciso que añada que Yvonne murió al día siguiente del arresto de *Boulet-Rouge*, y que fue enterrada en secreto al pie de una haya, en uno de los rincones más apartados del jardín.»



EPÍLOGO





quí termina el relato de Maximilien Heller.

Las páginas que siguen tal vez carezcan de interés para aquellas personas que únicamente buscaban en este libro entretenerse durante algunas horas, y que juzgan que el desenlace de esta historia tan verídica ha satisfecho sobradamente su curiosidad. No obstante —tras haber asistido a los prodigiosos esfuerzos de este joven por salvar, aún a riesgo de su propia vida, la cabeza de un inocente, y de consignar al verdadero culpable al justo castigo de la ley; tras haberle perseguido, podría decirse incluso paso a paso, en la peligrosa aventura a la que se consagró con tan insólita valentía; tras haberle acompañado en sus objetivos durante la lucha; tras haberle aplaudido en la hora de su éxito— es posible que aquellos de mis lectores que se han interesado por mi desdichado amigo, tal vez se sintieran dichosos de conocer qué fue de Maximilien Heller, el *Misántropo*.

Y eso es lo que intentaré explicar a continuación en pocas palabras.

A su vuelta a París, el señor Heller me envió un mensaje para anunciarme su regreso y pedirme que le visitara: sentía, así me lo transmitió, el deseo de hablarme a la mayor brevedad posible.

Puede adivinarse fácilmente mi premura en aceptar su invitación. Dos horas después de haber recibido su carta, me encontraba subiendo los seis pisos del elevado edificio de la colina de Saint-Roch, en cuya cima se encaramaba la buhardilla del filósofo.

Comenzaba a anochecer.



Encontré a Maximilien exactamente en la misma posición que aquella famosa tarde en la que, un mes antes, lo visité por vez primera. Estaba reclinado en su gran sillón delante de la chimenea en la que se consumían dos tizones. Una vela ardía a su espalda, sobre la mesa. Únicamente faltaba su gato para completar la puesta en escena. Sin duda, había aprovechado la ausencia de Maximilien para buscar un amo más receptivo y una vivienda más confortable.

Naturalmente, dediqué mis primeras palabras a felicitar al filósofo por el extraordinario coraje del que había dado sobrada prueba, así como por el feliz resultado de su empresa. Me respondía apenas con monosílabos entrecortados diríase que le hice recordar algún asunto olvidado desde hacía largo tiempo cuyo recuerdo le importunaba. No me sorprendió demasiado este extraño recibimiento, conociendo como conocía la extravagante naturaleza de mi amigo. A continuación, me interesé por su salud.

—No mejora —respondió, volviendo levemente la cabeza—... Siempre febril... insomne.

Cogí la vela y la apoyé sobre la chimenea, con el fin de observar con mayor nitidez el rostro del filósofo y hacerme una idea exacta del estado en que se

encontraba.

Comprobé entonces, con una mezcla de sorpresa y alegría, que aquellos treinta días de continuas fatigas, luchas y emociones, lejos de agravar su mal, parecían haber operado un cambio favorable en él. Sus ojos brillaban con más fuerza, y su rostro se veía menos pálido y hundido que la tarde de mi primera visita. No pude evitar hacerle esta observación. Sacudió la cabeza y replicó con insistencia:

—No, no; le aseguro que no estoy menos enfermo que hace un mes. Dice usted eso para tranquilizarme, para suavizar mi situación... Es inútil, doctor, no me hago ilusiones; sé mejor que nadie cuán grande es mi sufrimiento.

Pensé: «Es en vano que intentes disimular, misántropo gruñón; siento que has renacido a la vida».

Maximilien retomó la palabra:

—Discúlpeme si le he importunado, doctor, pero me encontraba demasiado débil para hacerle una visita... y, por otro lado, no quiero que se sepa de mi presencia en París. Esto es lo que quería pedirle: ¿sería tan amable de devolverme, lo antes posible, los papeles que le confié antes de mi partida? Me gustaría organizarlos.

—Los tendrá aquí mañana mismo —respondí.

—Gracias.

Sacó entonces una cartera roja del bolsillo de su batín, y pareció dudar un instante; luego me dijo, tendiéndome un fajo de papeles amarillentos:

—Ese pobre diablo que está en prisión... ya sabe... Guérin, se encontrará sin duda en la más absoluta de las miserias. Entréguele, se lo ruego, esta pequeña suma...

—¡Ah! ¡Maximilien! —dije, estrechándole la mano con fuerza—, ¡qué bueno es usted!

Mis palabras parecieron causar una viva impresión en él.

Frunció el ceño, se revolvió en su sillón, y murmuró enfurruñado:

—No, no soy bueno... ¡soy justo, eso es todo! La sociedad de los hombres, en la cual me veo obligado a morar, ha causado a ese desgraciado un daño inmenso... Me considero responsable, en cierta medida, de ese error colectivo... y trato de repararlo dentro de mis posibilidades. ¡Mi acto es bien simple, la verdad, y me sorprende que provoque en usted tal arrebató de admiración!... Además, tengo mucho dinero, mucho más del que necesito para vivir. ¡No hay mérito alguno, me parece, en deshacerme de algo que para mí es absolutamente inútil!...

Al escuchar aquella declaración pronunciada con tono brusco, no pude evitar sonreír. Saben ustedes que los médicos, observadores por deformación profesional, terminan adquiriendo la habilidad de captar las cosas al primer golpe de vista, lo que les permite sondear los males del alma tan profundamente como aquellos del cuerpo. Me parecía que, en aquel momento, Maximilien carecía de aquella franca sinceridad que siempre ha sido el sello distintivo —y al mismo tiempo, el honor— de los *Alcestes*^[22].

Ciertamente, estaba forzando su naturaleza y utilizaba un lenguaje que su corazón

seguramente desmentía. No era así como hablaba tan solo un mes antes. Entonces, sus palabras eran amargas, insensibles, incisivas. Se notaba que su alma estaba ulcerada en sus más profundos recovecos, que despreciaba a la humanidad por sus vicios, sus errores, y que involucraba a todos sus semejantes en el «Odio acérrimo» que rugía en el fondo de su corazón. Ahora, su tono era forzado, declamatorio. Y, al escucharle, me vino instintivamente a la cabeza un malísimo actor de provincias que, interpretando *El Misántropo*^[23], inflaba sus mejillas y arremetía, con patadas y puñetazos, contra los muebles del escenario. En vano, Maximilien Heller, obedeciendo a ese minúsculo sentimiento de amor propio del que hasta las más aguerridas índoles sufren su prieto yugo, intentaba disimular la íntima revolución que se había desatado en él. En balde intentaba aparentar que seguía conservando, en toda su rudeza, aquella primera apariencia sombría y escéptica bajo la cual se me había presentado anteriormente: su juego no logró engañarme. Sus sufrimientos, las desgracias que ignoraba, quizá alguna grave injusticia de la cual había sido víctima, habían vertido antaño en su alma el veneno del odio y la desesperación.

Pero, gracias a Dios, ¡había encontrado el antídoto para ese veneno! ¿Cómo, frente a la gloriosa y consoladora obra que acababa de cumplir, podía dudar de la generosidad del hombre? ¿Cómo, ante el éxito con el que Dios había recompensado sus nobles esfuerzos, podría despreciar la omnipotencia y la bondad de la Providencia?

Hay una ley psicológica, a la cual todos los hombres están sometidos, que nos inclina a juzgar al universo según el restringido mundo en que vivimos, y nos lleva a contemplar a nuestros semejantes a través del prisma de nuestros propios defectos y virtudes. Nuestra mirada está constantemente fijada sobre ese espejo secreto, encerrado en nuestro espíritu, y es en base al reflejo de nuestra propia imagen que juzgamos al resto.

¡Y bien! Me resultaba obvio que viéndose tan importante, tan noble, tan apuesto en el espejo de su corazón, Maximilien estaba obligado a reconciliarse con los hombres y con Dios. Ensalzándose a sí mismo ante sus propios ojos, había ensalzado a la humanidad entera.

Nos miramos en silencio durante algunos minutos. Luego, Maximilien se puso en pie, dio algunos pasos por la habitación y volviendo, se plantó frente a mí y me dijo:

—Sin duda esta será, doctor, la última vez que tendré el placer de verle. Sería un ingrato si no le agradeciera los esmerados cuidados que me ha dedicado, y los servicios que me ha prestado durante este último mes.

—¡Cómo! —exclamé sorprendido—. ¿Abandona París?

—No —respondió con triste sonrisa—; al contrario, me enraizaré aquí más profundamente...

Comprendiendo que yo esperaba una explicación a sus enigmáticas palabras, continuó:

—Tengo la firme intención de evitar convertirme en un espectáculo durante el

inminente proceso. No quiero convertirme en un héroe de *Causas célebres*^[24]. Mañana mismo abandonaré esta casa, esta habitación y mi deseo —remarcó estas palabras—, mi deseo es que mis amigos nunca conozcan el lugar de mi retiro.

—Sin embargo, su testimonio es necesario, indispensable para los jueces...

—De ningún modo. Sabe perfectamente que el asesino ha confesado.

—No podrá impedir que su nombre se vea involucrado en este caso, en el cual ha jugado un papel protagonista.

—¿Cómo lo sabe?... Supongamos por un instante que me hubiera presentado ante el señor Donneau, el juez de instrucción, bajo un nombre falso... Solo hay una persona en el mundo que conoce toda la verdad: usted. Le he hecho venir aquí para pedirle que me dé su palabra de honor de que jamás, mientras viva, traicionaré mi secreto.

—Lo prometo —dije estrechándole la mano—. Pero cuando concluya el juicio y el culpable sea castigado; cuando el olvido comience a envolver todo este asunto, ¿permitirá que sus amigos se relacionen con usted? ¿O es un eterno adiós el que debemos intercambiar esta tarde?

Me embargó una intensa emoción al pronunciar estas palabras. Creo que Maximilien se percató de ello y también se sintió conmovido por mi muestra de afecto.

Me devolvió el apretón de manos, y me señaló en un tono excesivamente rudo para que no sonara afectuoso:

—Si el azar quiere que nos reencontremos algún día, será un placer para mí volver a verle.

François Beauchard, apodado *Boulet-Rouge*, fue ejecutado el 25 de marzo de 1846, en la *Barrière de Saint-Jacques*^[25], en presencia de una inmensa multitud.

Algunos meses después de este último y lúgubre episodio del drama objeto de este relato —en la primera quincena de julio—, mientras paseaba por el muelle situado frente a la Casa de la Moneda^[26], creí ver ante los puestos al aire libre de un librero de viejo, anticuario, conquliólogo^[27], etc..., a un personaje de alta estatura, delgado y esbelto, cuyo aspecto me impresionó tremendamente.

Vestía un largo abrigo, un poco raído, que le llegaba hasta los talones y cuyo alzacuello subía casi hasta sus ojos. Un sombrero *bolívar*^[28] protegía, a la sombra de su amplia ala, el rostro del desconocido. A pesar de los esfuerzos por ocultar su figura, no me resultó difícil reconocer a mi viejo amigo, el señor Maximilien Heller.

Bendije al destino que había favorecido nuestro encuentro. Precisamente algunas semanas atrás me había puesto a la búsqueda, recorriendo algunos barrios de París, con la esperanza de encontrarle.

Más tarde se explicarán las razones que me empujaron a intentar retomar, con aquella urgencia, las relaciones con el filósofo.

Sujetaba un libro polvoriento entre sus largos dedos, y parecía examinarlo atentamente. No se percató en absoluto de mi presencia y, para forzarlo a levantar los

ojos del libro, me vi obligado a darle un golpecito en los hombros.

Mi aparición no pareció causar sorpresa ni embarazo en Maximilien Heller. Depositó nuevamente el libro en el expositor del librero de lance, y estrechó mi mano.

—Verdaderamente, doctor —dijo—, me hace feliz comprobar que reconoce a sus viejos amigos...

—Y yo —respondí sonriendo— puedo constatar, no sin cierta amargura, que usted parece haber olvidado a los suyos por completo. Hace algunos minutos que estoy aquí, junto a usted, y...

—Discúlpeme —interrumpió con presteza—, estaba absorto en mis investigaciones.

—Investigaciones filosóficas, sin duda.

—No, no —respondió Maximilien, como si quisiera alejar de su mente un nefasto recuerdo—; he dejado la filosofía aparte. Ahora me ocupo de la historia...

—¡Ah!...

—Sí, he emprendido un trabajo sobre los monumentos históricos de Francia.

—Ese estudio le obligará, sin duda, a realizar frecuentes viajes.

—Sabe usted cuanto me disgusta salir de mi retiro. No tengo alma de viajero, en absoluto. La única excursión que he disfrutado es aquella en la que Xavier de Maistre describe un fascinante itinerario.^[29]

—No obstante, si usted limita sus viajes a las cuatro paredes de su habitación, no creo que se encuentre muy a menudo en su camino distintos puntos de vista que puedan inspirarle en el trabajo que ahora le ocupa.

—Puedo consultar a aquellos que se han tomado la molestia de hacerlo para facilitar mis investigaciones. Yo estudio sus libros.

—Se equivoca, querido amigo —dije, adquiriendo un tono doctoral—; se equivoca usted al sepultarse así en un oscuro retiro. El aire de París no le sienta bien, se lo aseguro. Debería pasar algunos meses en el campo, al borde del mar, al norte o al sur, poco importa... No hay mejor distracción que un viaje y usted necesita distracción. Aunque penosa, recuerdo el excelente efecto que causó en su salud —física y mental— la expedición que realizó hace unos meses a Bretaña.

Hizo un enérgico ademán de negación.

—No intente contradecirme —repliqué alegremente—, pude verlo con mis propios ojos; no puedo expresar con palabras la emoción que sentí ante el feliz cambio que percibí en usted... ¡Venga!, ya que he tenido la fortuna de encontrarle, aprovecharé la ocasión para secuestrarle...

—¿Cómo? —exclamó, retrocediendo con una prontitud que me hizo sonreír.

—En el último año he descubierto en las costas de Normandía una encantadora aldea —encaramada en lo alto de un acantilado—, que tiene por únicos habitantes a pescadores, y cuyo suelo aún virgen no ha sido jamás mancillado por el pie de un burgués parisino. En ella pasé algunos meses —de paz, reposo y bienestar—

indescriptibles. Quiero llevarle allí...

Me percaté de que mi proposición no le disgustaba. Sin embargo, intentó resistirse.

—¡Ni lo sueñe! —dijo, buscando una objeción a mi propuesta—... No, no, es imposible, no puedo interrumpir el trabajo que he comenzado... Apenas he esbozado las primeras luces de la composición y entenderá usted...

—¿Qué le impediría trabajar allí?

—No puedo trasladar mi biblioteca.

—Le ofrezco algo mejor que una biblioteca. A dos leguas del lugar que le he comentado se encuentran las ruinas de un antiguo castillo feudal extraordinariamente singular. Es una suculenta presa sobre la cual nuestros arqueólogos aún no se han abatido y que le proporcionará, estoy convencido de ello, una profusa rapiña de curiosos e interesantes descubrimientos.

—¿Y ese castillo se llama...?

—Castillo de Trélivan.

Pareció rebuscar en sus recuerdos.

—¡Oh! El nombre le resultará desconocido —añadí—; ciertamente, no lo encontrará en ninguno de sus libros. Pero ese desprecio por parte de los historiadores no resta méritos a la antigua edificación, y estoy seguro de que sus minas despertarán su interés.

Mis súplicas fueron tan apremiantes que no pudo rebatirlas ni negarse a mi deseo.

Tres días más tarde, nos hallábamos de camino a Mareilles^[30].

En aquella época, ahora tan lejana, los clubes aún no se habían expandido como una devoradora lepra sobre nuestras hermosas playas normandas y bretonas. Podían recorrerse sesenta leguas al borde de los acantilados sin encontrarse con una de esas antiestéticas carpas perfectamente alineadas, esos abigarrados postes clavados en la misma costa, esos estridentes vestidos tendidos sobre los brezos y algas, que hoy en día revelan en cada oquedad de los arrecifes la nefasta presencia de una *estación balnearia*.

Un burgués parisino no osaría aventurarse más allá de Boulogne^[31] o Saint-Cloude^[32]; únicamente un artista o un amante de las emociones fuertes emprendería un viaje por las costas del Océano y La Mancha.

Llegamos a Mareilles al caer la tarde, con un tiempo magnífico. Hicimos que nos condujeran a la mejor hostería del burgo, que estaba ubicado en un pequeño promontorio, desde el cual podía contemplarse el espléndido panorama de la pleamar.

Nuestra llegada pareció confundir al buen hostelero, que jamás había recibido huéspedes de nuestra condición. Preguntó de dónde veníamos. Le respondí que éramos parisinos.

El simpático normando me miró con aire socarrón y, sacudiendo su canosa cabeza, cubierta con un sombrero de algodón tradicional, exclamó:

—¡Quiá! Paréceme, aunque no'stoy seguro, que'stá intentado burlarse d'un pobre

aldeano... ¿Parisino, usted? D'eso ná. Conozco mu'bien a los parisinos: vi uno hace diez años, y no tenía ná que ver con usted. Los parisinos llevan un gorro picúo com'un campanario, los pelos mu'largos hasta las pantorrillas, traje de *ciertopelo* y una caja enorme a la'spalda.

La perentoria afirmación de aquel buen hombre me hizo sonreír. Seguramente había visto en alguna ocasión a algún *pintorzuelo* en busca de una buena panorámica, y se imaginó que todas las gentes de París vestían con el traje romántico del año 1830. Evidentemente, la correcta y sobria vestimenta típica de mi profesión trastocó sus ideas. Sin embargo, la visión de Maximilien —que entró en aquel momento en la hostería—, con un gran sombrero calado sobre sus largos cabellos, devolvió la confianza al digno hostelero.

—¡En buena hora! —exclamó al verle—... ¡Diablos, usted sí! ¡Usted's un parisino de verdá!

Nos instalamos en un pabellón de viviendas separado de la hostería.

Al día siguiente, antes del desayuno y para abrir el apetito, dimos un largo paseo al borde de los acantilados.

Podría decirse que la Providencia conspiraba conmigo en favor de mi desdichado e interesante amigo. El cielo completamente azul; el sol ardiente y vivificante; el mar desplegando, hasta donde alcanzaba la vista, sus hermosas aguas cristalinas, ribeteadas aquí y allá de un velo blanco o pardo, que corría bajo el soplo de la brisa como una gaviota asustada. La fresca brisa de la mañana nos regalaba el agrio y saludable perfume del mar. Nuestros pechos inspiraban a pleno pulmón aquellas salubres emanaciones de las cuales no parecíamos saciamos jamás.

Observé a Maximilien por el rabillo del ojo, mientras conversábamos sobre botánica, pesca, historia natural y otros temas circunstanciales. Constaté con indescriptible placer la eficacia del tratamiento, que se verificaba en él como una prueba saludable. Su tez, revitalizada por el frío y el cierzo, se había teñido de la fresca tonalidad de la juventud, en la cual, durante largo tiempo, sus mejillas se habían marchitado. Caminaba con grandes y largos pasos. Sus cabellos negros agitados por el viento, sus grandes ojos radiantes de un brillo inusual y alzados hacia el cielo con una expresión que, tal vez, indicaba gratitud, conferían a su original figura un no sé qué de verdadera belleza e inspiración.

En aquel momento experimenté algo parecido a la alegría que debe sentir un buen jardinero cuando algún arbolillo, curvado durante largo tiempo por el devastador soplo del mistral, se yergue lentamente y reverdece.

Durante dos semanas, comenzamos el día con estas beneficiosas excursiones al aire libre. Maximilien me preguntó en varias ocasiones, cada vez que nos disponíamos a emprender la ruta:

—Y bien, doctor, ¿visitaremos hoy las ruinas de su antiguo castillo?

Siempre que me hacía esa pregunta, me inventaba algún ingenioso pretexto para demorar la ejecución de nuestro proyecto. Es fácil adivinar que el almenado castillo

de Trélivan no existía más que en mi imaginación, por lo que me hubiera encontrado en una complicada situación si me hubiera conminado a mostrárselo.

Afortunadamente no fue así, y cada mañana, de común acuerdo, aplazábamos nuestra excursión hasta la jornada siguiente.

Finalmente, un día, a finales de la tercera semana de nuestra estancia en Mareilles, le dije:

—Querido amigo, ¿se siente usted con fuerzas para intentar nuestra expedición a las ruinas de Trélivan? Antes debo advertirle que tendremos que caminar dos leguas para la ida y otras tantas para la vuelta, lo que nos tomará al menos seis largas horas.

—¡En marcha! —respondió, con una alegría juvenil que me maravilló—. ¡Habrá notado que soy un buen caminante y que no me asusta el cansancio!

Así pues, nos pusimos en ruta. Pronto quedará desvelado el final que tenía proyectado para nuestro paseo cotidiano.

Descendimos rápidamente la pendiente en cuya cima estaba ubicada la bella aldea de Mareilles, y, dándole la espalda al mar, nos adentramos en el interior.

Cuando abandonamos Mareilles, divisamos —un centenar de pasos por delante de nosotros— a un menudo campesino que, sin volver la vista atrás, corría con los zuecos en la mano. Maximilien solo se refirió a él para indicar que seguíamos el mismo camino que nuestro pequeño explorador, y que manteníamos constante la distancia entre él y nosotros.

Después de una media hora de marcha ligera, y tras pasar por encantadores y sombríos senderos, por húmedas y floridas praderas hermosas, llegamos a una vereda profundamente encastrada y coronada por un techo de sombras que el sol cubría de doradas lentejuelas.

A la vuelta del camino, divisamos de repente, en medio de un claro del bosque, una granja bastante grande cuyos muros, recientemente blanqueados, resplandecían de luz tras una cortina de hermosos álamos.



El pequeño campesino desapareció tras un frondoso cornejal.

—Vamos —le dije a Maximilien indicándole la granja—; si le parece bien, podemos hacer una parada de algunos minutos. El sol calienta terriblemente hoy; creo que una buena taza de leche no nos vendrá mal.

—Encantado —respondió—; ciertamente, esa granja tiene un aspecto muy seductor.

Atravesamos un patio de tierra batida donde parpaban unos patos enormes y cloqueaban unas hermosas gallinas blancas.

A continuación, subimos los cinco peldaños que conducían a la maciza puerta carcomida de la casa.

En el preciso momento en que posaba la mano sobre la aldaba de la puerta, esta se abrió bruscamente.

Maximilien lanzó una exclamación de sorpresa y retrocedió algunos pasos.

—¡Jeanne! ¡Jeanne! —gritó enseguida una voz de hombre entrecortada—. Ven, rápido... ven, rápido... est'aquí...

En el umbral de la puerta había un hombre de alrededor de treinta años, con el rostro colorado como una peonía, riendo y llorando al mismo tiempo; palmoteaba las manos, girándose alternativamente hacia nosotros y hacia el interior de la casa, y repetía, manifestando la más tremenda de las alegrías:

—¡Jeanne! ¡Te dije qu'iba a venir! ¡Date prisa! ¡Ah! ¡El Señor es misericordioso! ¡Jeanne! ¡Jeanne!

—¡Louis Guérin! —murmuró Maximilien, palideciendo ligeramente.

Después se volvió hacia mí sonriendo y, lanzando un suspiro, me dijo:

—¡Ah! ¡Ahora lo comprendo todo!

Mientras tanto, Louis Guérin —porque era él, efectivamente— había bajado los peldaños de la escalera. Llevado por un impulso de agradecimiento muy natural, el bravo muchacho se había tirado a los pies de Maximilien Heller y, tomando su mano, la besó cubriéndola de lágrimas.

—¡Es usted! —repitió—. ¡Es usted quien m'ha salvao!

—Levántese, amigo mío, levántese. Se lo ruego —dijo Maximilien con voz dulce, agachando sus ojos hacia Guérin; ojos en los que podía leerse una serena sonrisa.

—Vamos, Guérin —intervine—, cálmese y preséntenos a su esposa, por favor.

El campesino se alzó, se enjugó los ojos enrojecidos, franqueó el umbral de la puerta y desapareció en el interior de la casa.

Una vez a solas me volví hacia Maximilien, quien, pensativo, parecía hacer grandes esfuerzos para no dejar traslucir la emoción que sentía.

—¿Y bien? —pregunté.

Estrechó mi mano; a continuación, giró levemente la cabeza y una única palabra, débilmente pronunciada, salió de sus labios:

—¡Gracias!

Guérin reapareció enseguida, acompañado de una lozana y bella campesina de dieciocho años, a la que llevaba de la mano. Ella avanzó hacia nosotros completamente ruborizada y con la mirada clavada en el suelo.

El bueno de Guérin le hizo señas para que se envalentonara y le dirigiera a Maximilien algún cumplido, sin duda preparado desde hacía largo tiempo.

No obstante, Jeanne se mantuvo desconcertada ante nuestra presencia, más sonrojada por momentos, y sin atreverse a pronunciar palabra.

Pero, de pronto, reanudó resueltamente su marcha, avanzó hacia Maximilien y, con un encantador gesto de gracia e inocencia, le ofreció sus lozanas mejillas, sobre las que el filósofo —que puedo jurarlo, se había despojado completamente de su arisca expresión—, depositó dos tiernos besos.

Cuando se aplacó la primera efusión de alegría y agradecimiento del pobre Guérin, le pedí que nos mostrara su pequeña hacienda.

Tomó el brazo de su esposa, buscando apoyo, porque las piernas del bravo muchacho temblaban y, a continuación, nos enseñó sus riquezas: el establo, donde dos hermosas vacas rumiaban impasibles, el corral y sus ruidosos habitantes, la lechería y el lagar, donde un enorme barril esperaba la próxima recolecta de manzanas; en fin, todos sus inestimables bienes, que debía a la generosidad de Maximilien Heller.

Durante todo este tiempo, no dejó de manifestar a mi amigo el más efusivo y emotivo de los reconocimientos. Constantemente interrumpía sus entusiastas descripciones y la relación de sus proyectos de futuro para exclamar:

—¡Y cuando pienso, mi benefactor caballero, que es a usted a quién le debo to'esto! ¡Sin usted, Dios mío, Dios mío! ¿Qué hubiera sido de mí?

Se cubrió la cara con las manos cuando aquel funesto recuerdo de su detención y

de las noches pasadas en prisión volvió a su mente como un terrorífico fantasma.

Y contemplando sus modestas riquezas, viendo la inocente expresión de aquel bienaventurado, tan puro e impetuoso al mismo tiempo, agradecí a Dios desde lo más profundo de mi corazón por haber inspirado a Maximilien Heller semejante acto de sacrificio y generosidad.

Maximilien compartía, sin duda, la emoción que yo sentía, pues su rostro esbozó una sonriente y feliz expresión que jamás había visto en él.

Cuando regresábamos a la granja por un estrecho sendero, el joven campesino y su esposa caminaban ante nosotros con los brazos entrelazados; de pronto, Maximilien se detuvo y aferró mi mano con fuerza. Con una voz profundamente alterada, y, por así decirlo, húmeda de lágrimas, exclamó:

—¡Ah! ¡Amigo mío, cuánto bien me ha hecho! ¡Qué consuelo! Yo también puedo decirle: ¡gracias! ¡Usted me ha salvado!



HENRY CAUVAIN (París, Francia, 1-2-1847 - Lausana, Suiza, 1899) fue el escritor francés creador del personaje, y obra del mismo título, *Maximilien Heller* (1871), y probablemente inspiró el famoso detective Sherlock Holmes creado por Arthur Conan Doyle.

Hijo de un famoso abogado del Tribunal de París, Henry-Alexis Cauvain (1815-1858), que también era periodista. H. Cauvain llevó una doble vida como alto funcionario estatal y escritor. Su carrera como novelista comenzó con *Maximilien Heller*, publicada por primera vez en 1871, que obtuvo un éxito considerable y fue reimpresa repetidamente en años posteriores. La familiaridad del autor con el mundo del derecho surge en cada página: describe la jerarquía judicial y policial, dándole un toque profesional y realista.

Seguidamente publicó una serie de novelas históricas entre las que destacan *Le chariot d'or* (1875), *Le Roi de Gand* (1877) y *Le Grand Vaincu* (1883); y escribió, así mismo, otras novelas de misterio entre las que podemos destacar *Un cas de folie* (1882) y *La Main sanglante* (1886). Es mejor olvidar algunos de sus obras melodramáticas y destacar la pieza teatral *Le procès Féraud* representada con éxito en la Bruselas de 1888.

Cauvain también colaboró de forma esporádica con varios periódicos a lo largo de su vida, aunque su actividad principal siempre fue la de alto funcionario de Hacienda, carrera que concluyó como tesorero general en Annecy y después en Evreux.

Notas

[1] Postura apoyada por Hoveyda, Boileau y Narcejac (1986), que se fundamenta en que existen precedentes de novela policíaca desde las primeras manifestaciones literarias de la historia. Estos autores nos remiten a *Las mil y una noches*, a Arquímedes, al *Edipo* de Sófocles y al *Hamlet* de Shakespeare, para terminar aludiendo, ya en el siglo XVIII, al anónimo chino *Tres casos criminales resueltos por el Juez Di*, que ya han sido comentadas anteriormente. <<

[2] Cornelius, Kay, *Biography of Edgar Allan Poe* in Bloom's BioCritiques: Edgar Allan Poe, Harold Bloom, ed. Philadelphia: Chelsea House Publishers, 2001. p. 31.

<<

[3] El señor Thierry Saint-Joanis dio su autorización el pasado 3 de marzo para la publicación de su respuesta en esta introducción. <<

[4] En la mitología griega, la figura de Prometeo está íntimamente ligada a la humanidad. Desafiando al dios supremo, el celestial Zeus, el titán Prometeo intenta favorecer a los hombres entregándoles el fuego robado a los dioses. En represalia, Zeus encadenó a Prometeo a una montaña del Cáucaso donde diariamente un buitre le devoraba el hígado, que luego volvía a regenerarse. En esa situación permaneció hasta que Hércules le liberó con el consentimiento de Zeus, quien combinaba en su ser la venganza y la compasión. Para que no olvidara su castigo, Zeus convirtió la argolla a la cual Prometeo estaba fijado en la montaña, en un anillo que siempre debería portar el titán. Era la marca de su sujeción. <<

[5] Hugues Nicolas Joseph Lesurques, nacido en el año 1763, fue víctima de uno de los más célebres errores judiciales de finales del siglo XVIII, cometido en el caso del crimen del Correo de Lyon. Debido a una cadena de fatales coincidencias, Lesurques fue condenado a morir en la guillotina. En abril de 1796, el correo de París a Lyon, que llevaba una cantidad significativa de dinero, fue atacado por un grupo de bandidos que asesinaron al cochero y al cartero. Lesurques era un hombre respetable que en aquel abril de 1796 se encontraba en París. Durante el curso de las investigaciones sobre el asesinato fueron imputados cuatro hombres. Uno de los acusados, Couriol, se declaró culpable y proclamó la inocencia de Lesurques, alegando su gran parecido con el verdadero responsable llamado Dubosc. A pesar de esta declaración se mantuvo el veredicto. Tras su ejecución, el juez Daubanton, que conservaba ciertas dudas, retomó la investigación y, finalmente, Dubosc fue condenado como cómplice y ejecutado. Joseph Lesurques fue enterrado en el cementerio de Santa Catalina (hoy desaparecido). En su tumba se podía leer: «Fue víctima del más deplorable de los errores humanos». Después de la ejecución, la esposa de Lesurques perdió la razón. Tras su fallecimiento, sus hijos añadieron a la inscripción anterior: «Ambos mártires en la tierra, están ahora unidos en el cielo». Su hijo se suicidó unos años más tarde, y su único hijo se unió al ejército napoleónico para limpiar el nombre de su padre, muriendo durante la campaña rusa. El caso de Lesurques es a menudo mencionado en los debates sobre la pena capital. <<

[6] Jean Calas (1698-1762) fue un modesto comerciante residente en Toulouse (Francia), conocido por haber sido víctima de un juicio parcial debido a su condición de protestante. En Francia se le considera un símbolo de la persecución por intolerancia religiosa. Según los rumores, Jean Calas habría asesinado a su hijo al enterarse de que pretendía convertirse al catolicismo. El 9 de marzo de 1762, el parlamento de Toulouse sentenció a Jean Calas a morir en la rueda. El 10 de marzo se ejecutó la sentencia y murió clamando su inocencia. Voltaire conoció el caso mientras se encontraba en Ginebra, y para lograr la revisión del proceso publicó en 1763 el *Tratado sobre la tolerancia con motivo de la muerte de Jean Calas*. Finalmente el 9 de marzo de 1765 se reconoció la inocencia de Jean Calas. <<

[7] La prueba de Marsh, llamada así por su inventor, el químico inglés James Marsh (1794-1846), proporciona un método simple para detectar trazas de arsénico tan mínimas que no podrían descubrirse con un análisis ordinario. La sustancia a analizar se coloca en un generador de hidrógeno, y el arsénico presente se convierte en arsenamina (AsH_3), que se mezcla con el hidrógeno. Si el flujo de hidrógeno se calienta mientras pasa por un tubo de vidrio, la arsenamina se descompone, y el arsénico metálico se deposita en el tubo. Cantidades mínimas producen una mancha apreciable. Utilizando la prueba de Marsh se pueden detectar cantidades tan exiguas como 0.1 mg de arsénico o de antimonio. <<

[8] Charenton era un manicomio fundado en 1645 por los Hermanos de la Caridad en Saint-Maurice (Val-de-Marne) en Francia. <<

[9] *Pequeña-Daga*. <<

[10] *Bala-Roja*. <<

[11] *Post scriptum.* <<

[12] El signo, como bien interpreta Maximilien, hace referencia a una moneda de 10 francos denominada «Louis d'Or» (*Luis de Oro*), emitida en Francia desde el reinado de Luis XIII en 1640, y que se acuñó hasta 1792, dado que Luis XVI murió decapitado el 21 de enero de 1793. <<

[13] El nombre de la *Rue Jérusalem* hace alusión a un albergue para peregrinos judíos que viajaban a Tierra Santa. <<

[14] Se refiere al *Musée du Luxembourg*, situado en el número 19 de la *Rue de Vaugirard* en el distrito 6 de París. Fundado en 1750, fue inicialmente un museo de arte ubicado en el ala este del Palacio de Luxemburgo, y en 1818 se convirtió en el primer museo de arte contemporáneo. Como puede apreciarse, el museo está situado en la misma calle del hotel Renard Bleu que se menciona en el texto, de ahí que el empleado del museo se aloje en dicho hotel. <<

[15] El término curare se aplica genéricamente a diversos venenos de flechas de América del Sur. Dichos extractos se hacen con numerosas plantas diferentes, especialmente miembros de las *Menispermaceae* y *Loganiaceae*. A estas puede añadirse el *Anomospermum grandiflora*. Es una sustancia pastosa de color parda que abunda en la cuenca del Amazonas. <<

[16] Expresión bretona que significa: Mon Dieu! (¡Dios mío!). <<

[17] También llamado fusil de chispa. El mecanismo de disparo existente hasta el primer tercio del siglo XIX era la llave de pedernal, que consistía en un martillo con un fragmento de pedernal en su extremo que, al accionar el gatillo del arma, golpeaba una cazoleta de acero, prendiendo una pequeña cantidad de pólvora colocada en un orificio al fin del cañón que transmitía así la deflagración a la pólvora que impulsaba la bala en el interior del cañón del arma. <<

[18] Penal construido en el año 1852 bajo el mandato de Luis Napoleón Bonaparte, ubicado en Cayenne, en la Guayana Francesa. <<

[19] El bicornio o sombrero de dos picos es un sombrero que, en origen, tenía alas anchas recogidas hacia arriba. Internacionalmente se le solía llamar con el nombre francés *chapeau de bras* (sombrero de brazo), ya que, a diferencia del precedente tricornio, el bicornio era fácilmente plegable para ser llevado —cuando se quitaba de la cabeza— bajo un brazo. <<

[20] En la *Rue de Jérusalem* estuvo situado el primer edificio que albergó las oficinas de la Prefectura de Policía de París. Se mantuvo en esta misma ubicación hasta el 24 de mayo del año 1871, fecha en la que el edificio se incendió —durante la «Comuna de París»—, y dicha Prefectura fue trasladada al centro de la ciudad. <<

[21] El papel de trapo se conseguía del siguiente modo: Se maceraban trapos para descomponerlos se cortaban en tiras y se golpeaban con pesados mazos mientras una corriente de agua limpiaba las impurezas. Se mezclaban bien las fibras de la pasta resultante y, una vez escurrida, se cubría con paños de fieltro, se prensaban, secaban, encolaban y volvían a secar. Y así se obtenía la hoja de trapo. <<

[22] *Alceste* (título original en italiano, *Alceste*) es una ópera en tres actos con música de Christoph Willibald Gluck y libreto en italiano de Ranieri de Calzabigi, estrenada en Viena en 1767. Una segunda versión revisada, más conocida hoy en día, fue estrenada en París en 1776. La historia tiene lugar en Tesalia, en época mítica. Acto I: El rey Admeto se halla gravemente enfermo y próximamente morirá. Su mujer Alceste se dirige al templo para consultar a los dioses. El Oráculo dice que el rey morirá salvo que alguien acepte reemplazarlo. Alceste acepta morir en lugar de su amado esposo. Acto II: El pueblo celebra la salvación de su soberano. El rey se entera de que, para ello, otro ha aceptado morir en su lugar, pero no averigua quién es hasta que llega su esposa y el talante entristecido de esta se lo da a entender. Entonces se niega a seguir viviendo si ella tiene que morir, y decide seguirla. Acto III: El pueblo se lamenta de la suerte de Alceste. Llega Hércules, amigo de los esposos, y al enterarse de lo que ocurre, jura que los salvará. Alceste se dirige a las puertas del Hades. Detrás de ella viene su esposo Admeto, para morir en su lugar. Ambos discuten, pretendiendo morir uno en lugar del otro. Llega incluso Hércules, amenazando a los dioses del Averno. Los dioses del Olimpo, conmovidos por el amor conyugal, deciden perdonar a ambos. Al final, Admeto, Alceste y Hércules cantan en el atrio del palacio elogios a Apolo. El pueblo lo celebra. <<

[23] *El misántropo* o *El atrabiliario enamorado* es un drama de Molière escrito en 1666. El autor, enfermo ya de hipocondría y abandonado por su esposa, expresa de la mano del protagonista su desagrado hacia el género humano y la sociedad de la época. <<

[24] Una *cause célèbre* (en plural en el original: *causes célèbres*) es un asunto o incidente que suscita gran controversia —incluso al margen del propio problema— y que alienta el debate público. El término es especialmente utilizado en relación con célebres casos legales. Se trata de una frase francesa de uso común en inglés. La frase se originó en el volumen n.º 37 de *Nouvelles Causes Célèbres*, publicado en 1763. <<

[25] En 1832, la guillotina fue trasladada de la Place de Greve a la Barrière de Saint-Jacques, en las afueras de París, donde se pretendía (no siempre con éxito) que las ejecuciones se llevaran a cabo con mayor discreción. <<

[26] El *Hôtel de la Monnaie*, situado en el distrito 6.º de París, es un edificio del XVIII , obra maestra del arquitecto Jacques-Denis Antoine (1733-1801). Hoy en día aún alberga la Casa de la Moneda y el Museo de la Moneda de París. <<

[27] Aquel que estudia científicamente las conchas de los moluscos, una rama de la malacología. El estudio puede realizarse para entender la diversa y compleja taxonomía de los moluscos, o simplemente para apreciarlas por su valor estético. <<

[28] Sombrero de copa muy ancho. <<

[29] Xavier de Maistre (1763-1852) fue un militar y escritor saboyano. La «excursión» a la que se refiere Cauvain es la obra *Voyage autour de ma chambre* (*Viaje alrededor de mi habitación*) en la que De Maistre cuenta de forma autobiográfica cómo un joven oficial, obligado a permanecer confinado en su habitación durante cuarenta y dos días, describe sus pensamientos, costumbres, muebles, grabados, etc., como si viajara por un país extraño. Esta obra ofrece una parodia amable de la literatura de viajes y anuncia el interés romántico por la expresión de la individualidad. <<

[30] Población y comuna francesa, en la región de Champaña-Ardenas, departamento de Alto Marne. <<

[31] Boulogne-sur-Mer: localidad del norte de Francia, en el Departamento del Paso de Calais, junto al Canal de la Mancha. <<

[32] Ciudad del departamento de Altos del Sena, en la región de la Isla de Francia. Su límite oriental está regado por el Sena, que lo separa de la ciudad de Boulogne-Billancourt. <<